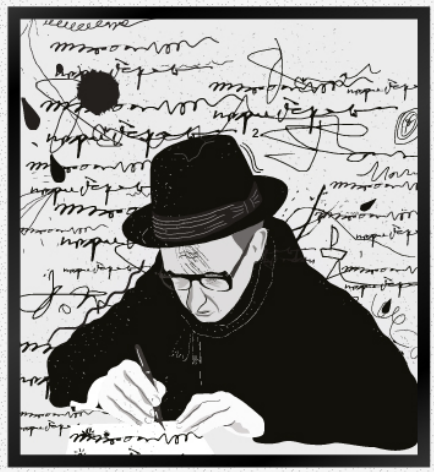
CÕNSPICUOS

Los pelos en la mano

Cuentos de la realidad actual

ROGELIO GUEDEA



Los pelos en la mano. Antología del cuento político y social mexicano reciente

CÕNSPICUOS

Los pelos en la mano. Antología del cuento político y social mexicano reciente (2020)
Rogelio Guedea

D.R. © Editorial Lectorum S.A. de C.V. (2018)
D.R. © Editorial Cõ
Leemos Contigo Editorial S.A.S. de C.V.
edicion@editorialco.com
Cõeditor digital

Edición: Octubre 2020
Imagen de portada: Shutterstock
Diseño de portada: Ana Gabriela León Cabajal
Prohibida la reproducción parcial o total sin la autorización escrita del editor.

Índice

Prólogo

Acólito

Bienaventurados los mansos

Algo que ya no sirve

Los héroes de la generación

Clara circunstancia del tiempo en el lago Chapultepec

La decadencia de la familia Wilde

La vida en otro lugar

Los leones de norte

Picota

Manifiesto por un neocorrido

Salir adelante

Luces azules

Prólogo

La historia de la narrativa mexicana se ha construido a partir de dos vertientes claramente identificadas dentro de la tradición canónica: una que tiene como característica principal retratar la realidad (sobre todo cuando ésta, convulsa, requiere de una atención irrenunciable) y otra que, si bien no indiferente a ella, se interesa por las propias tribulaciones padecidas por el escritor, quien no cree que la literatura tenga que retratar a pie juntillas esa realidad que lo circunda y, en el peor de los casos, lo acecha.

En los últimos dos siglos tenemos, sin intenciones de ser reduccionistas sino didácticos, una serie de acontecimientos históricos que marcaron la obra narrativa de nuestros escritores más emblemáticos: el periodo independentista y de Reforma, en el siglo XIX, y la Revolución Mexicana, La Cristiada y el Movimiento del 68, en el XX, que dieron, dentro de la rama realista, una serie de sugerentes obras capaces de mostrar la historia política, social y cultural de nuestro país. En el siglo XIX, por ejemplo, encontramos novelas ineludibles como *Los bandidos de río frío* (1893) y el *Fistol del Diablo* (1859), de Manuel Payno, el *Martín Garatuza* (1868) de Vicente Riva Palacio, *Tomóchic* (1893) de Heriberto Frías, *La bola* (1887), de Emilio Rabasa, y *Navidad en las montañas* (1871), de Ignacio Manuel Altamirano. En esta última, Altamirano expresa sus deseos de paz y prosperidad para los mexicanos por encima de sus diferencias políticas, religiosas y sociales, mostrando con ello la situación álgida vivida por una sociedad recién salida del lacerante proceso de descolonización que significó la Independencia. Estas

obras tuvieron como principal propósito describir y mostrar a la sociedad mexicana emancipada y a todos los problemas de identidad a los que ésta se enfrentaba. Obras realistas que, a su vez, tuvieron su contrapunto en otras obras de autores que no se interesaron por las problemáticas políticas ni sociales sino por explorar ámbitos poco abrevados por la literatura nacional, tales como el de la literatura fantástica, en el que tenemos ejemplos en el propio Amado Nervo o en un autor hoy casi olvidado: Guillermo Vigil y Robles, quien publicó en 1890 *Cuentos*, considerado el primer libro de narrativa fantástica de Latinoamérica.

El siglo XX fue también nutrido en la publicación de obras de corte realista. Al amparo de la Revolución Mexicana aparecieron novelas como *La majestad caída* (1911), de Juan A. Mateos, *Los de abajo* (1916), de Mariano Azuela, *Fuertes y débiles* (1919), de José López Portillo, *Águila o sol* (1923), de Heriberto Frías, *La sombra del caudillo* (1929) o *Memorias de Pancho Villa* (1940), de Martín Luis Guzmán, *La tormenta* (1936), de José Vasconcelos, y *Cartucho* (1931), de la gran narradora Nellie Campobello, por nombrar a los más canónicos. Como consecuencia de La Cristiada se tiene a la que es hoy la obra narrativa de mayor resonancia del siglo XX mexicano: *El llano en llamas* (1953) y *Pedro Páramo* (1955), de Juan Rulfo. A este mismo periodo pertenecen otros escritores que permanecieron un poco impermeables a esta realidad, muchos de los cuales pertenecieron, por ejemplo, a la generación aglutinada en el Ateneo de la Juventud, donde Alfonso Reyes figuraba como uno de sus más importantes miembros. Escritores como Julio Torri, por ejemplo, autor del clásico *Ensayos y poemas* (1917), son una clara muestra de esa otra corriente estética desinteresada de los conflictos sociales y políticos y de esa vocación por escudriñar en lo puramente literario y libresco, incluso de ese regusto por alejarse de la realidad para insertarse en realidades literarias lejanas, tal como fue el caso de esta generación de escritores (los del Ateneo) que tuvieron como misión recuperar todo el legado grecolatino del pensamiento y la literatura para insertarlo en la corriente literaria nacional. En esta misma línea se encuentra el conocido grupo *Contemporáneos* (Villaurrutia, Novo, Ortíz de Montellano), forjadores de la “novela lírica”, y dos escritores que fueron pioneros de lo que José Joaquín Blanco llamó la “corriente profesionalista y puntillosa de la escritura culta y hasta cultista”: Juan José Arreola,

máximo representante de la literatura fantástica de sesgo ultrabreve en nuestro país, y Carlos Díaz Dufoo hijo, singular aforista.

Después de la Revolución Mexicana se hizo más evidente esta dicotomía entre los escritores que comprometían su literatura con una causa (sin con ello comprometer necesariamente su propia estética y estilo) y los que permanecían al margen de ella. El *boom* latinoamericano, que irrumpió en la década del cincuenta con obras de claro cifrado realista, pero con tendencia hacia lo mágico y maravilloso, dio puerta abierta al escritor que le interesaba su realidad, sí, pero sin darle un tratamiento objetivista sino alegórico, como queriendo dejar en el fondo una enseñanza imperecedera. Esto es: era una narrativa de claro cifrado cosmopolita que partía de una realidad concreta para terminar convirtiéndose en una verdad universal.
En México, el integrante de esta vertiente narrativa fue Carlos Fuentes, quien escribió obras importantes que corroboran esta visión: *La región más transparente* (1958), *La muerte de Artemio Cruz*, (1962) etcétera, pero el modelo ejemplar de este compromiso radical con la realidad sería José Revueltas, especialmente con sus dos primeras novelas: *Los muros de agua* (1941) y *El luto humano* (1943). Otro autor notable es, sin duda, Jorge Ibargüengoitia, quien supo hacer una crítica feroz a la doble moral del poder mexicano (incluso de la propia Revolución Mexicana) con la sola gravedad impuesta por un humor corrosivo y desternillante, como lo demostró en novelas como *Los relámpagos de agosto* (1965) y *Maten al león* (1969). Si bien Fernando del Paso podría bien ocupar un lugar de privilegio en esta vertiente con la sola inclusión de su novela *Noticias del imperio* (1987), los que no podrían faltar dentro de esta obsesión por lo realista son Paco Ignacio Taibo II (creador y principal promotor del neopoliciaco mexicano y autor de la ejemplar *Cosa fácil*, 1977), Luis González de Alba (con *Los días y los años*, 1971) y Federico Campbell (con *Pretexta*, 1979). La respuesta a esto que bien podría considerarse neorralismo tuvo su contrapunto en obras de otro cifrado, incluso de matiz fantástico, como la del propio Francisco Tario (hoy por fortuna un autor mejor revalorado), Elena Garro (con *Los recuerdos del porvenir*, 1963), Juan García Ponce (con *La noche*, 1963, o *La casa en la playa*, 1966), Salvador Elizondo (con la inclasificable *Farabeuf*, 1965), Hugo Hiriart (con *Galaor*, 1972, y *Cuadernos de Gofa*, 1981), Sergio Pitol

(con *El tañido de una flauta*, 1973) y Margo Glantz (con *Síndrome de naufragios*, 1984).
Varias generaciones después, incluso saltándonos a la crucial literatura de *La Onda*, cuyos máximos representantes (José Agustín y Gustavo Sáinz) oxigenarían la narrativa del momento con una prosa desenfadada y psicodélica, emergería la respuesta más visible a lo que fue la propuesta del *boom* latinoamericano en México: la llamada *Generación del Crack* (Jorge Volpi, Ignacio Padilla, Pedro Ángel Palou, lo más visibles), en cuyo manifiesto se desmarcan de una narrativa con interés social y político, mexicanísima incluso, y tratan de zambullirse en otra geografía para demostrar que la literatura mexicana podía subsistir sin tener que tocar el tema nacional. El *Crack* intentó alejarse del conflicto mexicano y se puso a explorar, con fortuna o no, eso lo sabremos con el tiempo, motivos ajenos a nuestra realidad. Novelas emblemáticas de esta generación son, sin duda, *En busca de Klingsor* (1999), de Volpi, y *Amphrytrion* (2000), de Ignacio Padilla.
En la actualidad, por lo menos entre los escritores que integran esta antología, todos nacidos en la década del setenta, seis hombres y seis mujeres, y todos con una obra ya consolidada pese a su corta edad, es notoria una vuelta al interés por México y sus problemáticas sociales y políticas. No sabemos muy bien si ha sido la crudeza de la realidad vivida a partir de la degradación social y política padecida en las últimas décadas, teniendo como marco histórico la guerra del narcotráfico, o si esto se debe a un alejamiento natural a una estética predominante (la del *Crack*) que agotó sus presupuestos estéticos y estilísticos, pero en los escritores del setenta es notorio un interés por tratar las calamidades que subyugan nuestra contemporaneidad. La mayoría de los cuentistas que integran esta muestra, novelistas también, han publicado por lo menos una obra narrativa que tiene que ver con alguna de las problemáticas sociales y políticas actuales: Yuri Herrera con *Trabajos del Reino* (2004) y *La transmigración de los cuerpos* (2013), Antonio Ortuño con *La fila india* (2013) y *México* (2015), Luis Felipe Lomelí con *Indio Borrado* (2014), Martín Solares con *Los minutos negros* (2006) y *No manden flores* (2015), Jaime Mesa con *Las bestias negras* (2015), Nadie Villafuerte con *Por el lado Salvaje* (2011), etcétera.
La idea de una antología como *Los pelos en la mano*, primera en su tipo en la tradición narrativa mexicana, es precisamente dejar

constancia de este nuevo rasgo temático común que caracteriza a esta generación y que, de algún modo, los hace converger dentro del panorama actual de la narrativa mexicana. Existen escritores alejados de esta vertiente, como ya lo hemos visto, no menos interesantes (lo que hace Daniel Saldaña Paris, Valeria Luiselli, Nicolás Cabral, etcétera, es su contrapunto), pero sin duda esta generación se alza como una real vuelta al realismo narrativo y al tratamiento de las tribulaciones que ahogan y azotan a nuestro país. Desde diferentes puntos de mira, los doce autores que conforman este libro nos muestran el gran fresco de lo que es hoy México y sus (en algunos casos) más terribles e hirientes circunstancias, todo para que el lector actual, de la mano de estas nuevas miradas, pueda penetrar en él, entenderlo y, de ser posible, transformarlo de la mejor manera posible.
El fin último es, sin embargo, entretener al lector y dejar en él una huella indeleble de algún pasaje de un cuento, un personaje, un guiño estilístico, un tema o una atmósfera recreada por alguno de los doce escritores que han hecho posible esta antología, todos grandes artífices del arte narrativo.

Si lo logran, este libro habrá, sin duda, cumplido su cometido.

Rogelio Guedea

Ø Ø Ø

Rogelio Guedea nació en Colima, México, en 1974. Es abogado y escritor. Doctor en Letras Hispánicas por la Universidad de Córdoba (España), es autor de más de cuarenta libros en poesía, novela, microficción, ensayo y traducción, entre los que destacan la *Trilogía de Colima*, conformada por las novelas *Conducir un tráiler* (Premio Memorial Silverio Cañada 2009 a mejor primera novela), *41* (Premio Interamericano de Literatura Carlos Montemayor 2012) y *El Crimen de los Tepames* (finalista del Premo BAN! Películas de novela 2014), todas publicadas en Penguin Random House. Sus libros más recientes son la *Historia crítica de la poesía mexicana siglos XIX y XX* (FCE-Conaculta, 2015), *Los anteojos del fabulista:*

reflexiones sobre el arte de leer y escribir (Lectorum, 2016), *El último desayuno* (Penguin Random House, 2016) y *Si no te hubieras ido/If only you hadnt gone* (Cold Hub Press, 2015). En 2008 ganó en España el prestigioso premio de poesía *Adonáis* y en 2015 recibió un Premio *Fulbright* por su contribución a la cultura y educación neozelandesa. Su obra ha sido traducida al inglés, francés, italiano, griego, portugués, chino y alemán. Actualmente es miembro del Sistema Nacional de Investigadores y columnista en *La Jornada Semanal* y *SinEmbargoMX*.

Acólito

—Vengo del funeral de mi hermana. Estoy por salir… —la voz le recordó a Cristóbal algo que no pudo apresar en medio del sueño.

—¿Qué…?

Del otro lado se escuchó el vacío que suena cuando alguien llama desde la calle, parado sobre la banqueta, dando pasos en algún lugar público. Por la vaguedad del espacio de nadie, Cristóbal no supo si ella pensaba, si se había enojado o siquiera lo escuchaba. Ya más despierto, reconoció a Milagros del otro lado de la línea.

—Almudena… —alcanzó a decir.

—Me gustaría decirte que se murió tranquila, dormida o algo así. No. Mira, me gustaría decirte que no sufrió y yo sí, porque se fue y todo eso. Pero no siento nada, Cristo.

—¿Dónde estás?

—Quedo sólo yo, de la dupla. Pero siento que hace mucho que ya no éramos gemelas. Digo, éramos, pero como si algo hubiera pasado en el camino. Otro accidente genético, pon tú.

—¿Estás sola?, ¿estás en la funeraria?, ¿quieres que vaya?

—Ya salí. De ahí vengo. Voy caminando, me voy a mi casa.

Cristóbal se enderezó en su cama, revuelta, con sábanas que no se

habían cambiado en semanas. Levantó la vista y calculó su propio desorden antes de decir:

—¿Quieres venir? Ven.

Del otro lado, el silencio multiplicado por pasos, autos, la vida que tiene la calle, de sonido monótono. Luego una tos, una palabra inaudible, una inspiración.

—¿Puedo?

—Claro. ¿Cuánto haces para acá? ¿Te acuerdas dónde vivo?

—¿Media hora? Algo así. Tengo que ver cómo me muevo a tu casa, pero no más de cuarenta minutos. Me acuerdo. Si se me olvida el número de departamento, te marco.

—Es el tres. Te espero…

* * *

Abrió las ventanas de su habitación, subió las persianas. ¿Qué hora era? Tarde, la tarde. Su noche había sido el caos, su mañana… la resaca. Recorría su cuarto agachándose: una playera, unos calzones, un calcetín sucio. Todo, desbordado después, sobre el cesto arrumbado en el clóset. Mientras buscaba lo que su cabeza comprendía como orden, pensaba en la voz de Milagros y en retazos del rostro de Almudena. Una cara que, a pesar de los pómulos altos, era más bien redonda. Una cara atractiva, de piel lisa, tersa, de apariencia saludable. Almudena, sí. Milagros tenía esa cara idéntica, casi, salvo que la suya era más angulosa, de labios más gruesos, un rostro más pronunciado. Eran gemelas.

Miró su reloj. Faltaban veinte minutos para que la puerta sonara y tuviera frente a sí a la mitad de esa dupla que décadas atrás lo hacía soñar, que le vaciaba la mente de ideas, desconcertándolo y convirtiéndolo en lo que fue para ellas: un esclavo o un tonto. Mejor ocuparse. Se ocupó entonces. Pero Almudena, fragmentada e

incongruente, volvía a colársele. Su cuerpo, su risa seca y dura, el color de su pelo y su olor a maderas dulces. Un hombro desnudo, la curva de una cadera al levantarse de la cama, en la penumbra. Sus ojos cerrados, las pestañas más obviamente espesas cuando miraba de frente. Se detuvo en seco, quiso desbrozar: ¿qué? Ningún sentimiento, ninguna emoción. O desconcierto, si es que calificaba.

Los platos escurrían el agua de la desidia. La llave, descompuesta hacía tiempo, goteaba sin cesar. Eso era también una ventaja, porque nada se había pegado a la loza, aunque de ahí emanaba un olor almendrado, gris, que no estaba bueno. Se detuvo frente a la pila sucia y pensó en lavar al menos lo de hasta arriba tan sólo para distraerse de inmediato con el resto de las ventanas, cerradas. Ventilar. Sacar. Mover. La luz del sol debía entrar, aunque fueran esos rayos pálidos y desanimados de las cuatro de la tarde que anunciaban una leve llovizna y reafirmaban la contaminación.

Llegaría Milagros con la memoria de sus días juntos, cuando él era un acólito de las hermanas. Tal vez seguía siéndolo, pensó, mientras movía de lugar objetos, tratando de encontrarles sentido en su desorden. Ya no oficiarían como antes, ni en los lugares conocidos; ya no serían las mujeres que lo habían iniciado en su peculiar mundo, sacándolo de la normalidad y lanzándolo a un espacio que se había vuelto propio, por más desarreglado que estuviera, pero seguirían siendo sacerdotisas: las ungidas. Incluso sin Almudena, muerta, sola ya en su propio funeral, lejos de su hermana.

Había invitado a Milagros ahí, para estar con ella y darle lo que pidiera, porque era incapaz de rechazarla. ¿Hacía cuánto que no se veían?, ¿un año?, ¿dos? Por lo menos un año. Eso no era amistad, por supuesto. Un monaguillo de utilería, como todos.

* * *

—Hola —Milagros paseó con velocidad sus ojos por todos los

rincones de la sala y el comedor. Cristóbal vio que una esquina de su mirada alcanzaba la cocina, la puerta abierta del baño. Ella olía a limpio, su pelo rubio emanaba aromas delicados, de flores exóticas y hojas verdes. Su ropa no tenía arrugas, ni borlitas, polvo o el pelo de alguna mascota demasiado cariñosa… Un vestido impecable, negro, con un cinturón de hebilla plateada ciñéndola por la cintura. Medias, tacones. Él no era capaz de registrar la marca o la tendencia, pero daba por sentado que era ropa cara, nueva. Se notaba.

—Hola, Milagros…

Se acercó para abrazarla, porque era lo menos que podía hacer y porque, abrazándola, abarcaba también un poco del cuerpo extinto de Almudena. Quería recordar lo que se sentía tenerla cerca quizás para alcanzar emociones perdidas. Ella aceptó el abrazo apenas unos segundos. Siempre fue la más reacia al contacto, recelosa, taimada, atenta a todo y a todos. Y, después de un tiempo, abstemia, además.

Dieron unos pasos torpes, uno frente al otro, y luego se desplazaron a la sala. Ella se sentó como si hubiera estado ahí apenas, con dominio del espacio. Llevaba una bolsita colgando del hombro y la dejó a su lado, unió las piernas (las rodillas apretadas) y levantó la cara para verlo de frente.

—Me gustaría decirte que murió tranquila…

Cristóbal, sentado en un sillón individual, reculó. Milagros repetía las frases, como si las tuviera ensayadas.

—…en el sueño o algo así. Me gustaría decirte que no sufrió…

Tal vez se había vuelto loca. La pérdida de un gemelo, pensó Cristóbal, debe ser la peor pérdida posible. Como morirse uno mismo.

—El alcohol, ¿sabes? Hay cuerpos que no están hechos para eso. El suyo.

Eso no era verdad y ella sabía que él lo sabía. La había visto beber,

a Almudena, durante años. Era una campeona, histórica en su capacidad y resistencia. Nadie se le comparaba, no importaba la edad o el tonelaje. Era obvio para todos los que la rodeaban, que alguna vez la habían visto o tenido cerca durante más de tres horas, que ese vicio acabaría con ella. Lo sabían incluso ellos, gente como él mismo, asistentes de la cofradía de la droga.

Almudena y Milagros vendían. Las habían iniciado en la adolescencia y se mantenían libres de ese gancho. Eran apenas consumidoras eventuales para darle ánimos a los nuevos compradores o para acompañar a quienes querían medir la calidad. Eran un sistema planetario complejo: ellas orbitaban a un sol de rostro desconocido y tenían, a su vez, pequeños satélites que las orbitaban. Cristóbal era uno de esos cuerpos que giraban en torno a las gemelas, sin importar casi nada. Él sí consumía y eso, la droga, había sido lo primero. Pero después… después las gemelas y su misterio.

Se movió hacia ella, se sentó a su lado. Trató de tomarle la mano pero ella lo rechazó con un gesto de hastío, como si hubieran estado sudándose las palmas el día entero. La miró mirar: al frente, al techo. No había nada que pudiera darle, entonces. Ni sus recuerdos ni sus arrepentimientos, nada. Debía esperar, como siempre, a que fuera una de las gemelas (ahora la restante) quien decidiera cuándo, qué.

—Se le reventó el hígado. Bueno, no, no exactamente. ¿Sabías que estaba flaquísima? Flaca de verdad. Sus brazos, sus piernas. Y siempre estuvo lúcida salvo por los últimos quince días. Ahí sí se puso grave. Mi mamá la cuidó. La cuidaron, pues, los dos. Pero él ya sabes cómo es, le damos miedo. Le dábamos.

Cristóbal permaneció inmóvil, esperando una señal más clara. ¿Debía hablar? Tuvo el antojo incongruente de fumar mariguana. Las gemelas odiaban la mariguana, la vendían poquísimo, casi nada. Porque, decían, es una droga de mugre, de gente sucia, cosa del campo que no implica ninguna sofisticación. Ellas se movían, además, en un grupo donde esas drogas baratas se volvían innecesarias, ni siquiera contaban. A él lo relajaba, lo hacía pensar mejor, con una claridad que no le daban la cocaína o cualquier otra cosa.

—Bueno, ya no la veía. En el funeral estuvo Gil, ¿sabes? Estuvieron ahí todos. El Guapo, Gil, La Muñeca, Sarabanda, Tron, don Modesto… todos. Para qué te hago una lista. También su pobre novio, carajo. Mis papás. Mis tíos… Yo.

—¿Por qué no me avisaste? Hubiera ido. Con gusto…

Se arrepintió de inmediato de sus palabras. No le hubiera dado gusto ver el féretro de Almudena, ni saberla ahí muerta. No tenía remedio, era una tontería aclarar lo que quería decirle. Milagros se sonrió con malicia y asintió. Sí, entendía que él era un tonto.

—A ella le hubiera gustado saberte ahí, Cristo. Le hubiera gustado…

* * *

Llevaban más de veinte años de conocerse. Tenían, esas gemelas cósmicas, dieciocho recién cumplidos cuando las vio por primera vez. Él estaba por terminar la carrera de Estudios Latinoamericanos y ellas sólo iban a la facultad de Filosofía a pasear, porque estudiaban Ciencia Política. A pasear y a hacer negocio.

No tenían una belleza tradicional. Sus cuerpos eran anchos, no gordos, de ninguna manera. Sólo que no tenían una cintura pronunciada, brazos delgados, tobillos finos. Se veían saludables, más que casi cualquiera ahí. También eran rubias, de un rubio disparejo, con gajos ambarinos y del color del cedro pulido. Tenían los ojos cafés, de venado. Los hombres las miraban mientras las mujeres decían: “No son tan guapas”.

Con ellas, Cristóbal hizo un intercambio sobre el que no se detenía a pensar. Pasó con velocidad de ser un cliente, cuando ellas aún se sentaban en la hierba, a ser quien las asistía, arreglando citas, entregas —limpiando, incluso, rastros y desórdenes. No que se notara en su vida doméstica, pero tenía lo importante bajo control.

Milagros había sido una aspiración, tal vez no por sí sola. Era

complicado quererlas de manera independiente, relacionarse con ellas así. La otra, la muerta, tenía la cabeza llena de borrasca, de vajillas rotas. La sobreviviente era sensata hasta que uno pensaba en su vida, en cómo la llevaba y en su relación con Gil.

Cristóbal la miró de reojo. Era muy extraño sentir que no podía tocarla, abrazarla, darle un beso, morderle un labio o esa mejilla que seguía siendo carnosa y sana, como la de una mujer más joven y con un pasado distinto; dependía de ella, de una señal. Eso, con décadas de estar cerca, flotando a su lado. Con la relación que había tenido con la propia Almudena y que no era un secreto para nadie. Estiró el brazo, porque pensaba que podía romper el embrujo ahora que era una sola, la mitad. El cuerpo de Milagros, aún con la vista perdida en alguna imagen de su cerebro, rechazó el contacto.

Él se resignó. Estaba para ayudarla, en todo caso. Para escuchar lo que tenía que decirle, si es que quería hablar. O para lo que fuera. Ir por comida, hacer un trámite, lo que ella pidiera.

—¿Qué necesitas?

La gemela lo miró con cierta distancia y los ojos turbios, como si no entendiera las palabras o tuvieran para ella un sentido extraño.

—Nada. No necesito nada —dijo primero y luego hizo una pausa— …gracias.

Educada, sí. Sus padres eran profesores e investigadores universitarios a los que les costó trabajó comprender qué tan descarriadas estaban las hijas que habían mimado en su infancia. Al menos, las habían educado.

* * *

Se paró del sillón y fue a la cocina. Desde ahí, gritó:

—¿Agua?

Estaba dispuesto a lavar más de un vaso, para ofrecerle uno que le gustara y la hiciera sentir cómoda, porque estaba acostumbrada a una vida mucho mejor que la que él llevaba por desidia y por las circunstancias.

Se asomó a ver la respuesta, después de un silencio más o menos prolongado. Milagros negaba con la cabeza, como si él pudiera escuchar ese balanceo. Muy bien, no quería agua. ¿Qué quería?, ¿por qué estaba ahí?

Tal vez para revivir esos años juntos, en una banda formada por unos cuantos que eran a la vez ajenos y complementarios. Esos años en los que él conoció a las personas ricas —verdaderamente ricas— y que lo establecieron como una persona diferente a la que él mismo se suponía. Esas dos mujeres, meteóricas, le dieron una nueva identidad. Miró sus platos sucios y dudó. ¿Eso?

Volvió a la sala con un vaso para ella y uno para él y se sentó. Milagros tomó el suyo con la punta de los dedos y lo colocó encima de la mesita de centro. Su mirada se volvió de nuevo al vacío, indiferente a Cristóbal, y se paró, lista para irse.

Almudena no había sido así. O no siempre. Aunque también se ponía de pie, cuando las energías le alcanzaban, para abandonar su cama pronto, sin despedirse y sin quedarse abrazada a él. Si las energías no le daban para eso, se dejaba envolver por brazos y piernas y se quedaba dormida, como lo haría una pareja normal.

Para poder tenerla cerca había que aguantar su ritmo, a como diera lugar. Bebía sin parar, sin parar. Y comía poquísimo, casi nada. Jugaba con la comida en el plato, la organizaba por colores, creaba secciones para distintos ingredientes, y luego se hartaba, tal vez cansada de jugar con los chícharos. No trastabillaba, no se caía… Sus energías iban bajando, poco a poco, hasta que se quedaba dormida o hasta que hablaba en un susurro, casi para sí misma, mientras los demás hacía ya rato que se encontraban sin posibilidades de responderle. Él había aprendido a no beber más que unas cuantas cervezas, un par de tequilas, si acaso un vaso de whisky. Poco. De esa forma podía estar pendiente de ella, de lo que hacía, sus movimientos, su lenta evolución hacia el sueño o la monomanía.

Milagros se giró para tenerlo de frente y le dijo:

—Estaba flaquísima, al final. Flaca de veras. Imagina este cuerpo sin veinte kilos o más. Algo así.

Cristóbal obvió que la gemela le repetía información de nueva cuenta; prefirió revisar su cuerpo del que no podía decir que fuera parco en carnes, aunque tampoco las tenía en exceso: bien puestas, eso sí, obligadas tal vez por ejercicio. Pero ahí estaba, un cuerpo firme y generoso. Almudena, entonces, se había vuelto un esqueleto.

—Es lo que les pasa a muchos alcohólicos. Salvo en la barriga, donde todo está hecho mierda, salvo ahí… Todo lo demás, un palo. Piensa en una calaca, Cristo. No la hubieras reconocido. Pensé que se iba a evaporar o que todos arderíamos con ella con los primeros fuegos del crematorio. Por eso me salí antes. Pero no, no pasó nada peor. Me hubiera enterado en el camino para acá.

Milagros parecía no asociarse en lo más mínimo a esa muerte, aunque por fuerza debía tocarla de una manera muy directa. Él también se paró, junto a ella. Cuando la sintió dar dos pasos, avanzó a su lado.

* * *

Las gemelas habían sido inducidas al mundo de la droga a los diecisiete años. Eran unas niñas. Un hombre, al que llamaban Gil aunque ése no era su nombre, las había seguido durante meses: las vio discutir, caminar juntas a la papelería, patinar o andar en bicicleta. Dos adolescentes con el cabello rubio, idénticas. Cristóbal no tenía muy claro cómo habían cedido a la invitación de Gil y, cuando pensaba en el tema, le parecía de una sordidez que no casaba con las mujeres a las que había tratado durante tanto tiempo. Sabía, sí, que Milagros se había enamorado de ese hombre moreno, compacto, de mirada hosca y metálica a la que él había

visto apenas en un par de ocasiones. Cuando necesitaba algo, un favor muy grande, algo que ella no quería hacer, soltaba alguna que otra prenda íntima para que él o algún otro se sintiera más próximo y capaz de hacer sacrificios por ella, sin importar qué. Así fue que supo por qué estaba él mismo ahí. Su amigo —en un tiempo amante de las dos, después únicamente de Milagros— resultó un entrenador de excelencia. Ellas, con su particular belleza y la manera que tenían de relacionarse, directa y sin reparos, sin timidez, eran la entrada a un mundo al que ninguno de los conocidos del Gil, morenos, bajitos, sin educación, tendría acceso. Ellas podían pasar de la gente clasemediera a los ricos sin demasiadas trabas. Ahora, quedaba sólo una, vestida con ropa fina, con los ojos perdidos en el vacío que ofrecía la ventana de su departamento.

Cristóbal giró para ver el rostro de Milagros. Era nieta de refugiados españoles. Las hermanas llevaban el nombre de sus abuelas por algún pacto familiar hecho a su nacimiento, aunque decían, a quien acabara de conocerlas, que se llamaban así por vírgenes, santos y peticiones al Cielo bendito. Querían chocar un poco más con eso y los pequeños reyezuelos a los que les vendían droga a precios exorbitantes se compraban el paquete completo. Cristóbal se reía de ellos: las pensaban hijas de la pureza, pero les compraban cocaína y buscaban de vez en cuando llevárselas a la cama. Ése era un terreno que las gemelas habían vedado para los compradores ilustres. Eso no. Ni hombres ni mujeres. Llegaban a un punto de seducción perfecto, donde parecía que todo era posible, que eran amigos, que podía pasar, que había entre ellos intimidad. Y luego los dejaban con las ganas, les cambiaban la jugada. Eran especialistas.

Pensó en Almudena, en cómo lo había seducido para hacerlo un seguidor más fiel. Le regalaba apenas a veces gestos cariñosos, de vez en cuando algún momento de pasión y, ocasionalmente, retazos de una vida en común —o de su posibilidad. Ambas, entonces, habían sido una aspiración, no sólo Milagros.

* * *

—Pues bueno —dijo Milagros con la voz cargada de urgencia— ya me voy. Gracias por todo, Cristo.

—¿A dónde vas, Milagros? Quédate un rato más. Acá puedes estar tranquila. Yo guardo silencio. Te escucho, si quieres.

—Gracias. Un lindo, como siempre. Un adorado —esas palabras, en ese tono, eran un robo a las clases altas de las que, Cristóbal suponía, ella ya formaba parte.

—No, no. En serio. Lo digo por los viejos tiempos, por cuando nos conocimos, ¿te acuerdas? Yo me acuerdo de qué llevaban puesto ustedes, de qué llevaba puesto yo. Pantalón de mezclilla, chamarra…

—¿Mezclilla, tú?

Él sonrió ante el tono irónico, ¿sarcástico? No pensó en responderle porque se había invitado a sí mismo a ese recuerdo y estaba ya en él. En una tarde en la Colonia Condesa, bajo un cielo que amenazaba lluvia, en una fiesta improvisada un jueves cualquiera. Ellas dos llegaron invitadas por un invitado y se instalaron en el grupo con gracia y aplomo.

—Quédate, hombre —dijo él, empujándola con suavidad al sillón— aunque sea para reírte de mi ropa, de mi forma de vestir.

—Siempre útil, tu forma de vestir —dijo ella, sin oponer resistencia.

La sentó y se puso a su lado, con cuidado de no estorbarla o hacerla sentir inquieta y con ganas de irse nuevamente.

—Qué pasó con Almudena, dime.

—Pues que se murió, Cristo…

Él guardó silencio. Eso lo había aprendido de la propia Milagros. Esperaba callada que los demás llenaran el vacío. Solían hacerlo con sus propias cosas, sus intimidades y sus miedos. Eso le permitía manejarse con más habilidad, aprender algo de esa gente que quería comprarle distintas drogas. Con esas palabras, entendía si estaba

frente a alguien que querría abusar, que deseaba morir, que buscaba disfrutar o experimentar. Eso era útil para su negocio.

Uno junto al otro escucharon el sonido de sus cuerpos crujir en el sillón de piel. Se movían con cuidado, para que los crujidos no fueran tremendos: no querían que sonaran a algún desahogo corporal. Ella juntó de nuevo las rodillas, muy apretadas una contra la otra y se giró para verlo a los ojos.

—Almudena fue adicta al alcohol casi desde siempre. Y yo adicta al sexo. Algo genético habremos traído, porque nuestros padres… Ni mi papá ni mi mamá son así, ¿me explico? Ahora mismo siguen sin entender qué pasó, cómo les pasó esto a ellos. No está en su mundo o en su capacidad. Éramos tan jóvenes cuando empezamos. Y Gil nos mantuvo siempre alejadas de la droga. Nos dio a probar, pero nos tuvo vigiladas. El alcohol no le parecía tan grave si sabíamos manejarlo. También eso nos enseñó.

Cristóbal asintió, como si todo lo que escuchaba fuera lógico y claro.

—¿Te acuerdas de los niños de Careyes? Eso fue grande. ¿Cuántos años fuimos allá, a pasar el fin del año? Tú menos. Pobre Cristo, eras morralla. Nosotras no. Y ellos, unos tarados. Ya hay dos o tres que tomaron la rienda de las empresas de su papá, otro que anda buscándole a la política y, para como son las cosas, será gobernador. ¿Te imaginas el horror? Eso va a ser una cosa pésima. ¿Y se acordarán de ti? Probablemente.

Él no se inmutó. Era su papel, por el momento. Callar, escuchar. Aceptar lo que le tocaba.

—Yo cuidé su manera de beber, Gil también. La mandaron a desintoxicarse. ¿Crees que alguno de mis papás preguntó por qué se iba tanto tiempo, ella sola, sin decir a dónde y sin visitarlos? Claro que no. Nunca entendieron nada. Nos daban libertad, al principio. Luego vivíamos solas. Cada quien hacía lo que quería y los veíamos de vez en cuando, un ratito, para comidas o desayunos. Las noches eran un privilegio, ahí no les tocaba vernos. Pobres, la verdad. Los compadezco un poco ahora, que perdieron una hija. Mi madre está desolada, no sabes la cara que tiene. Y no sabes la cara que tenía

Almudena cuando se murió, los últimos días. No sabes. Los ojos. Mira mis ojos y piénsalos vacíos, como huecos, como llenos de restos de cal o cemento. Algo así.

—¿Por qué fueron ellos al funeral? —la pregunta era un riesgo que podía tomar ahora que Milagros se había soltado un poco. Preguntaba por el hombre que se las había adueñado.

—Porque… No sé. Por hijos de puta, supongo. Gil la quiso, sin duda. Pero han visto tantos muertos en su vida… ¿Crees que se asustan? Claro, igual ahora les pegó más. Los años de conocernos. Tanto tiempo haciendo negocios juntos y entramos ahí por ellos. Y te digo, había cariño.

—¿Y los otros?

—¿Quiénes? ¿Los clientes? ¿Los que pagaron para que yo tuviera una casa y cosas que me gustan? Ah. No. Ninguno sabe porque hace ya un par de años, más… Más, ahora no sé cuántos, que nos salimos del tema. O sea, del tema con ellos. O del tema como tú lo conociste.

—¿Eso se puede?

—Tú, por ejemplo. ¿Te jodimos para que te quedaras?

—No, pero pensé que era por Almudena.

—Vamos a suponer que te quiso como tú deseas que te haya querido, Cristo. Vamos a dar eso por hecho. Aún así, ¿de qué vivía mi hermana? ¿De qué vivíamos las dos? Esos son vacíos que hay que llenar cuando uno quiere hacer el rompecabezas. Es una organización. Siempre hay alguien que te protege —guardó silencio unos momentos, inhaló hondo y resopló un poco antes de decir: —Gil. En nuestro caso, fue Gil. Ya había entrado a donde quería, ya tenía una clientela armada, ya conocía movimientos y movidas. Llegó un momento en el que servíamos para otras cosas. ¿Sabes de qué hablo? ¿Tú crees que la droga es lo único que funciona ahí? No me decepciones, Cristo. Eres mucho más listo que eso.

Cristóbal se removió, incómodo. Esa franqueza era como si las

gemelas unidas se le hubieran lanzado encima. Se sintió inocente, un poco perdido.

* * *

Le costó trabajo imaginar lo que imaginó, ponerlo en una secuencia lógica en su cabeza. Milagros le estaba hablando actos que le parecían imposibles, de crímenes atroces. Si la volteaba a ver, la realidad se le presentaría. Vio la alfombra y descubrió en ella manchas que eran, sin duda, viejas.

Así que él era cómplice de algo más grave que la distribución de droga, el sexo más o menos irresponsable, el alcohol a deshoras. Seguramente, lo habían visto como a un niño de pecho. Les había despertado ternura y tal vez por eso Almudena le prestó su cuerpo y se atrevió a ser casi cariñosa. Porque, para él, se trataba de entrar cada vez más en el círculo de los ricos. Y no entendía por qué cambiaban de unos a otros y a otros más. En la ciudad de México: Pedregal, San Ángel, Polanco, Las Lomas, Santa Fe… Algunos sitios aislados en la Condesa, Roma… Eran las colonias buenas, elegantes, dignas. También iban a Monterrey, Guadalajara, Mérida, Puerto Vallarta, Careyes, Ensenada y sus alrededores. Tocaban base aquí y allá y regresaban a la ciudad. Casi siempre eran círculos ya constituidos de jóvenes descarados, con casas de fin de semana o de veraneo. Las invitaban como compañía a Bogotá o a Madrid, a Woodlands o Vail. Él no iba a los viajes internacionales, no. Se quedaba en su casa, extrañándolas y pensándolas. Tampoco las veía tan seguido: una vez al mes, a veces cada dos meses. Y, en ocasiones, pasaba con ellas dos semanas enteras o más, compartiendo la intimidad que permitía la fiesta. Pero sentía que formaban parte de un núcleo cerrado y no se atrevía a tener una pareja porque se creía comprometido con Almudena.

—Cristo, no me hagas pensar mal de tu inteligencia… Tanto rato callado. No es tan difícil de entender. Ni la muerte.

“Cristo”: ése apodo venía de Almudena, claro. Limpiaba su nombre de cualquier antepasado explorador y lo convertía en algo de culto y de dolor. Un Cristo.

Se rió, con una risa auténtica que se le escapó como si fuera un error. Claro. Eran tan simple. O tan complejo pero obvio. Y estas dos. Una bebía a escondidas. La otra seguía acostándose con un hombre que la había seducido cuando era apenas una niña, cuando el tipo tenía una edad en la que convertía ese acto en un delito. Y las dos habían cedido a esa especie de padrote que les controlaba el cuerpo y las cuentas. Pues sí, una organización de la que él había formado parte involuntaria.

Extendió una mano para tomar la de Milagros que, por una vez, no lo rechazó. Era una mano suave, carnosa, tibia. Una mano que invitaba al cariño y al contacto más profundo. Volvió a reírse y ella se giró para verlo, con una sonrisa dibujada en los labios, quizás comprendiendo lo que él estaba viendo apenas.

—Pero todo era tan sencillo, tan fácil…

—Sí. Eso parecía, ¿no? Era todo el chiste. Oye, fuimos profesionales.

—Sin violencia, ¿verdad…?

—¿Nosotras? No, somos incapaces de la violencia. Éramos, éramos.

—¿Ninguna?, ¿nada?, ¿jamás?

—¿Hablas de *ejercer* la violencia? ¿O hablas de *recibir* la violencia?

Él soltó la mano y cruzó los brazos sobre su pecho. Sintió que el departamento se oscurecía y fue hacia las ventanas para abrir más las persianas, dejar entrar el poco sol que quedaba. Esa información era…

—Son dos cosas diferentes, pero son lo mismo. Entiendes, ¿no? Claro que entiendes. Tú y Almudena, lo poco que hayan tenido, habrá sido suficiente para que esto sea transparente para ti, ¿cierto?

Para él no había sido poco y se sorprendió en ese instante por no

sentir ganas de llorar una pérdida que le había ocurrido hacía tanto. Era por Milagros, ahí presente. Una emisaria de la muerta, una parte viva.

—Tú siempre fuiste muy sano, ¿no? El más saludable de todos. Y formal y educado. Podíamos confiar en ti, en que hablarías con la gente de manera auténtica, que disfrutarías el momento. Un poco de droga, algo de sexo, unas cuantas cervezas. Una persona normal, común y corriente. Gil y tú: lo más importante de la ecuación. Tu rostro, tu cuerpo, tu forma de vestir, tus posturas de izquierda a veces radicales, tu amor por mi hermana, tu cegazón para ver cómo se estaba matando y las poquitas ganas que tenías de ver todo te hacían indispensable.

—Una herramienta…

—Puedes verlo así, aunque sabes perfecto cómo funcionan las cosas. Perfecto. Esto no se planea, se va armando.

—¿Se burlaban de mí, por pendejo?

Ella negó con la cabeza con mucho énfasis. No, de ninguna manera. No, no.

—Jamás.

—¿Ninguno?, ¿nadie más del grupo?

—Ninguno de los que importaron… Además, te saliste, ¿no? Un día decidiste no acompañarnos más. No comprar más ni ayudar con las ventas. Te dejamos ir con agradecimiento, aprecio.

—Santos. Hermanos de la caridad.

—No mames, Cristo. Es un tema serio. Tú sabes qué tan serio es. Lo sabías desde antes. Así que no me vengas con chingaderas.

Almudena sí había llevado en su cuerpo cicatrices, moretones. Y sí parecía asustada o loca con regularidad. La estoica estaba a su lado: todavía.

—Sólo que las cosas no son como en las películas, no en lo que

hacíamos. O hicimos o hacemos a veces. Ahora estamos organizados distinto, nada funciona como hace unos años. No sé ya ni qué decirte, para serte franca. Quería verte, hablar de lo que pasó con mi hermana. Quería saber qué tanto sabías de su enfermedad. Porque después de un punto lo que ella tenía no se quita ni dejando de beber… En fin. Obviemos los detalles, mejor.

Cristóbal se tomó la cabeza, la balanceó un poco, siguiendo un ritmo interior. Pensó en ellas, en el tiempo pasado con ellas. En lo que hubiera podido ser. Extrañó las posibilidades de esos años, la sensación de ser dueños totales del tiempo y el espacio, de sus propios cuerpos. Añoró esa juventud que los hacía sentir invencibles, cabrones, libres.

—¿Y cómo va el taller?, ¿las motos? —Milagros cambió el tono, se volvió más amable, casi dulce. Al irse del grupo y no tener el recurso irregular, no siempre suficiente que le ofrecía, pensó en dedicarse a su pasión. Las motocicletas lo fascinaban por dentro y por fuera y se soñaba logrando acuerdos internacionales para vender las mejores en México. Logró un taller modesto y cumplidor. Y los veía ahí, de vez en cuando: otros del pequeño grupo que aparecían para saludar, para pedirle dinero prestado, para ver qué hacía y cómo. Gil también y El Guapo: unos más que se dieron vueltas regulares, seguramente para verificar que no hiciera un pequeño negocio dentro del negocio. Para entonces se había impuesto en él el deseo de alejarse, de dejarlos de ver. Almudena lo visitó, como un demonio invocado, en dos ocasiones. Una fue, para él, suave y dolorosa; la otra, fría, olvidable. Y el tiempo había pasado.

—Va bien, no siempre es lo que me hubiera gustado que fuera, pero jala. Las motos se descomponen, hay miles. Así que tampoco es trágico.

Ella soltó una risa que borró la amabilidad. Fue algo cruel, borroso. Lo hizo sentir miedo, como cuando supo de las hermanas su verdadera labor, eso que las transformó a sus ojos y a lo que lo invitaron. Pero fue una época rebosante de entusiasmo, de ímpetus de saber más, llena de la energía juvenil que quiere encontrarle sentido y solución a todo. Se imponían en ellos las ganas, la idea misma de estar haciendo algo ilícito, divertido, loco. Era más

importante estar con los malos, aunque fuera un rato.

Milagros estaba ahí, en su casa, anunciándole la muerte de la mujer que había sido su amante. Anunciándole una muerte indigna, además. ¿Por qué, si movían tanto dinero, tantos recursos, si eran todos tan cercanos y protegían su negocio y se habían inventado una nueva organización con fines más lucrativos, no habían podido salvarla? Almudena se había muerto de algo controlable. La podían meter a una clínica, extenderle la vida.

Percibió la presencia de la gemela viva muy cerca de él. Aspiró su aroma, escuchó su respiración pausada. Era una mujer compuesta, contenida. Aún la admiraba. Hubiera querido confrontarla, pero no se atrevió. En su cabeza, eso sí. Ahí la confrontó y le dijo cosas que llevaba atoradas en el pecho. Le preguntó en las circunvoluciones de su pensamiento cómo y por qué fue que entraron las dos a ese juego. Le preguntó por qué lo habían reclutado a él, que sólo quería fumar un poco de mariguana de vez en cuando. De qué les servía.

Porque justo fue con ella en su departamento, después de una larga ausencia, después de años de desearla y desear a su hermana, después del tiempo invertido en comprarles droga, venderla con ellas, ir a las casas de los ricos, estar ahí desperdiciándose, que se supuso a sí mismo una vida distinta de no haberlas conocido. Una vida en la que el taller mecánico no era el eje sobre el que giraba todo. Más bien, el principio y el fin habrían sido las aspiraciones que tenía cuando las conoció. Las ganas de cambiar el mundo y dedicarse a modificar la vida pública del país o, al menos, de la ciudad. O de tocar la guitarra de manera profesional, hacer de eso una carrera que le pagaría bien. Habría sido un hombre que vive de dar conciertos.

Milagros se movió, tal vez alertada por esos pensamientos inútiles. Caminó un poco por el departamento: se asomó a la habitación y Cristóbal la vio evaluar su cama destendida —de sábanas que habían visto tiempos mejores—, los calcetines aislados en el suelo, adornando la alfombra triste; se asomó luego al baño y anunció que lo usaría. Él la imaginó revisándolo con sorna, como algo risible. Cuando salió, alisándose el vestido y reacomodándose el pelo, siguió su inspección. Posó los ojos en un par de fotografías colocadas sobre un viejo tocadiscos inservible.

—Qué mal que no tuvimos fotos, ¿no?

—¿Qué?, ¿de qué hablas?

—Sí, fotos de nosotros. Del grupo. Tú, yo, Almudena, Natalia, Roberto, Julio. Ya sabes… Pero eso sí estaba prohibido.

—Pero sí tomamos fotos, la última vez. Otras veces.

—Claro, tomamos fotos. Pero no las tenemos. No era cosa de imprimir esas imágenes, ¿cierto? Están en el celular de alguien, de esos que tienen mucha memoria. En el de mi hermana, seguramente. Eso, si Gil no lo confiscó. Ni me enteré de dónde dejó sus cosas, ese tipo de cosas: su compu, su celular. Tal vez te dejó un recado, Cristo, y nunca lo sabremos.

Él sonrió con melancolía y sumisión. En las reuniones en el Pedregal o Santa Fe se había sentido un rey, un ser inmortal. A veces, impulsado por la adrenalina de los otros, había tenido aventuras casuales con esas mujeres ricas, felices y despreocupadas. Esas mujeres sin nombre, herederas, dueñas de casas o novias de los dueños o esposas o madres; mujeres maduras e insatisfechas, jovencitas bobas. Nunca tuvo una relación, salvo con la gemela. Pero sí acostones. Preservativos, mariguana, cocaína, champaña, coca cola, quesos fuertes y botanas de importación: de eso había siempre, cada vez. Y si Roberto o Julio habían desaparecido de la escena porque no podían controlarse, las gemelas y su sol podían confiar en él, en su estabilidad. ¿A quién le importaba que de vez en cuando tuviera sexo porque alguna mujer que quería vivirlo todo se lo llevara al baño, al cuarto, al patio, a la alberca? A Almudena no, porque se lo había dicho. A Milagros tampoco. Todo eso sucedía cuando la compra era un hecho concreto, lo demás no existía.

—Exacto —dijo, con las manos en los bolsillos y la cabeza gacha. —Nunca sabremos si tu hermana me dejó un recado de amor, una larga carta guardada en su disco duro. No sabremos si pensaba todavía en mí, ¿no? Capaz que sí. Capaz que fui el amor de su vida.

—Capaz —dijo Milagros, preparándose para salir de ese departamento.

* * *

—Antes de que te vayas —dijo él, tomándola de un brazo, reteniéndola.

—¿Qué?

—¿No hubo nada que pudieran hacer?

—Ay, Cristo —Milagros suspiró con cansancio—: Almudena se quiso morir. Supongo que todos queremos eso, un poco. Casi nadie lo logra. Ella lo hizo muy bien, ¿no crees? No podíamos hacer nada.

—Ni con la nueva organización, ni con tanto dinero…

—Cristóbal, no sé de qué estás hablando, de verdad.

—Milagros…

Ella avanzó hacia la puerta, liberándose con suavidad de la mano que la apresaba.

—¿A qué viniste?

—A anunciarte la muerte de un ser querido —dijo ella con seriedad, como si estuviera leyendo un parlamento. —Porque tú querías a mi hermana, ¿no? La quisiste. Tal vez yo también. Y es posible que ella nos haya querido a los dos, a su modo. Ya hablamos de esto. Ya me voy. Estoy cansada porque los muertos usan siempre horas jodidas del día, son muchos trámites. En fin.

—Quédate aquí… Nos hacemos compañía.

—No me hagas reír, Cristo. ¿Compañía? No mames. ¿Qué compañía me vas a hacer tú, por amor de Dios? Anda, no hagas caras. Ya nos acompañamos en la vida, antes.

—Todavía tengo cosas que decirte.

—Estoy segura de eso, segurísima. Y si me quedo hasta yo tendré cosas que decirte. Pero no quiero quedarme. Tengo ganas de treparme a un avión e ir a la playa. O ir a cenar delicioso, sola.

—¿Hay muchos más muertos?

—No entiendo…

—¿Hay más muertos, del círculo? ¿Se murió mucha gente mientras yo estuve ahí, con ustedes? O sea, en lo que nos movíamos de una casa a la otra y con nuevos grupos y eso, ¿se murieron muchos, de los que dejamos?

—Lo normal, Cristo. Como se muere la gente.

—¿Yo participé directamente en esas muertes?

—¿No querías cambiar el mundo, cuando nos conocimos?

—Era la edad…

—Bueno, cambiaste el mundo a tu manera, Cristóbal.

—No me acordaba bien de ti, la verdad.

—Yo también cambié el mundo a mi manera. Almudena… Todos. Fue lo que fue. Así son las cosas. Tú estás bien, estás sano, tienes este departamento, tu taller. ¿Qué más puedes pedir?, ¿qué más quieres? Yo soy lo que siempre he sido, desde que nos conocimos.

—Eran perfectas, para mí. Todo era perfecto. Fluía, era delicioso. Era lo que se sueña, a veces.

—¿Ves? A eso me refería hace rato. Pero no importa ya. No le des vueltas. Déjame ir, despídete tranquilo de la vida que viviste, ¿no? Eso deberíamos hacer todos, despedirnos en calma de la vida.

—No como Almudena…

—Sí, no como ella.

—Entonces te vas…

—Fue un gusto verte, Cristóbal. Reencontrarte. No sé ni siquiera cómo fue que decidí marcarte, pero ya ves. Qué bueno que sigues teniendo el mismo teléfono. Me hubiera dado coraje no verte, no darte yo esta noticia. Pero ya está.

Él asintió, con la mirada baja y una sonrisa a medias formándosele en la boca. Dijo:

—¿Y ahora qué?

Ella se encogió de hombros, parecía más cansada que antes. Seguramente harta de que la retuvieran con preguntas, de tener que seguir ahí.

—Ahora nos damos un abrazo, antes de que me vaya.

Cristóbal sabía que no se verían más. Que ésa era una despedida por fin, una verdadera y, como ella decía, con calma. Se estaban despidiendo de la vida que habían compartido, al menos de manera fragmentada. Ella, bien vestida y perfumada, seguía con una existencia que le parecía mejor que la suya propia, envidiable: como había sido antes, años atrás. Milagros se iría llevándose puesto el cuerpo de Almudena y la idea misma de esa otra mujer. Él dio un paso para abrazarse a ella, para tenerla cerca y olerla otra vez. Al tocarla, percibió su propio olor, rancio, a ropa húmeda. Vio su departamento con la nuca de la gemela bajo su barbilla y su cara recargándosele en el hombro; tenía frente a sí un panorama marrón, desencantado y sucio. Eso era él.

—Que te vaya bien, Milagros.

—A ti también, Cristo. A ti también.

—¿Estamos bien, no? No debo nada.

—Nada. Estamos muy bien.

La acompañó a la puerta y la vio caminar con un movimiento suave en las caderas, en las piernas que se veían fuertes a pesar de la vida que habían llevado.

Cerró la puerta del departamento, cerró también las persianas,

volvió a su habitación y se metió en la cama, a sabiendas de que la noche estaba por caer y podría dormir a su antojo.

Ø Ø Ø

Julieta García González

Nació en Ciudad de México en 1970. Es narradora, editora y articulista. Ha sido colaboradora de distintos medios en México y el extranjero como articulista y periodista. Su trabajo aparece en más de 30 antologías literarias. Es autora de la novela *Vapor* (Joaquín Mortiz, 2004), de los libros de cuentos *Las malas costumbres* (FCE, 2005) y *Pasajeros con destino* (Cal y Arena, 2013), así como del libro para niños *El pie que no quería bañarse* (SM, 2012). Su más reciente novela es *Cuando escuches el trueno* (Random Literatura, 2017).

Bienaventurados los mansos

I

Los rivales que debimos enfrentar en el episodio del show “Ayuda y gana” fueron tremendos: el coro de niñas ciegas del municipio y el ballet de la Asociación de Víctimas del Terremoto del 99 (AVT’99: no confundir, por favor, con grupos equivalentes del 85 y el 2004).

Las votaciones telefónicas y en red comenzaron en cuanto pasó la cortinilla musical y resultaron, de entrada, negativas para nuestra causa, porque en el canal les hicieron un video muy hondo a los del ballet, en el que profundizaban, con profusión de lágrimas y moqueos, en las privaciones que habían enfrentado como damnificados y en las dificultades de hacer puntas cuando no tienes completos los dedos de los pies. Por su lado, las niñas ciegas protagonizaron un clip en el cual una asesora de imagen las ataviaba, peinaba y maquillaba con ropajes glaseados, flequillos oceánicos y colores siderales. El consenso fue que así, ajuareadas como para asistir a los quince años de la hija de un delincuente, se veían muy tiernas.

No podíamos darnos por vencidos y respondimos con la mejor artillería de la que disponíamos: en nuestro video, nos concentramos en resaltar el humor de los chicos del Centro de Rehabilitación Juvenil Pax (el querido CRJP, que, a pesar del mote, no atendía a ninguna clase de sudorosos adictos sino a muchachos en “situación de desarrollo singular”, es decir, lo que la gente

antigua y sin corazón llamaba “locos de atar” y “retardados”). Para conseguir que se manifestara ese buen talante, que en realidad no era habitual, recurrimos a la táctica de vaciarles un frasco de carbonato de litio en el café con leche del desayuno. Los efectos fueron inmediatos y, al momento de grabarse el video, la depresión y la ansiedad se habían desvanecido de los rostros y anatomías de los nuestros y menudeaban en ellos las risotadas, los espasmos de alegría, el alzamiento de pezones y las erecciones más prominentes.

El premio era un millón y buena falta que nos hacía, porque los integrantes de nuestro patronato eran mejores para esbozar gestitos de solidaridad en las fotos que para sufragar las cuentas. La entrega del cheque simbólico (un cartón enorme como pizarra escolar) se realizaría en el Museo de Arte Actual, cuyo consejo era presidido por las hermanas Verdugo, hijas divorciadas y multioperadas del mayor gasolinero del país.

Tras la emisión de nuestro video y quizá por los insistentes close-ups a los ojos y el escote de nuestra compañera Anita, cuya esquizofrenia había truncado sus mejores posibilidades vitales pero no marchitado su esplendor carnal, conseguimos remontar la desventaja que teníamos con respecto a las niñas ciegas y ponernos en segundo lugar, apenas a un puñado de votos del ballet de la AVT’99.

Sobrevino entonces, luego de una ráfaga de confusiones y molinetes retóricos de los locutores y de cuatro cortes comerciales, la ronda de entrevistas en vivo, que resultaría decisiva. Los coordinadores de los equipos rivales se limitaron a repetir lo dicho en sus respectivos videos (de un modo, seamos sinceros, bastante menos categórico, porque carecían del acompañamiento de música patética de la grabación), mientras que Anita, con sonrisa hechicera y las venas repletas de carbonato de litio, hiló un discurso conmovedor: “Cuando estoy en el CRJP, miro alrededor y no distingo a quienes tenemos desarrollo singular de quienes no. Estamos juntos”.

Nosotros sabíamos que era verdad, que generalmente no era capaz de diferenciar al personal de los internos (y cuando lo hacía era para mal: al menos dos de las manifestaciones de su personalidad dividida porfiaban en que los enfermeros podían ser sobornados con mamadas a cambio de un aumento en la dosis de medicamentos). El

público, que ignoraba esos extremos, se sintió tocado por sus palabras y saltamos al primer lugar.

Mauricio, mi pupilo favorito, bailó como un watusi atacado de sífilis y agitó sus muñones ante la cámara cuando el animador del show anunció que las votaciones habían cerrado, que el CRJP era el equipo ganador del episodio y nos habíamos hecho acreedores al millón libre de impuestos aportado por los patrocinadores. Una cerrada nube de confeti nos envolvió; el personal y los pacientes corrimos a abrazarnos.

No pude evitar sentir pena por los rostros de estatuas funerarias de las niñas ciegas, que cayeron al tercer puesto al final, ni por la indudable decepción de los integrantes del ballet de la AVT'99, que trastabillaban sobre sus pies lacerados e incompletos mientras se alejaban hacia los camerinos. Los aplausos y abrazos, sin embargo, consiguieron borrarlos de mi vista: éramos los incontestables triunfadores. ¿Para qué sufrir?

"¡No se olviden que el premio es una cortesía de nuestros amigos del Museo de Arte Actual! ¡Tendremos un reportaje de la entrega la próxima semana! ¡No se lo pierdan! ¡Y recuerden también nuestra clave en la red: gatitoayudaygana! ¡Hasta la próxima!". Así bramaba el locutor principal mientras agitaba la mano en señal de despedida. El público en el estudio batía palmas bajo la rítmica batuta de dos jalaplausos.

"Si me consigues más café con leche, dejo que me la metas por el culo". Eso susurró Anita, llegada con silencios pasitos de gato hasta la vecindad de mi oído mientras se apagaban las luces de neón que indicaban "En vivo" y la melodía de la cortinilla final del show inundaba los aires.

Por supuesto que le dije que no.

II

El guía del Museo de Arte Actual se ofendió porque Mauricio pasó

por alto la manita cordial y saludadora que le acercaba. Luego cayó en cuenta de lo que pasaba —o, más bien, lo que no pasaba— con esa mano ausente y se puso muy pálido. Cuando se alejó, le referí su desazón a Mauricio para hacerlo reír.

Recorríamos el museo como bárbaros victoriosos. Mauricio, lo dije ya, era mi favorito. Además de ser *lento* le faltaba la mano derecha. Y también la izquierda. No era posible descubrirlo a simple vista: lo abrigábamos con un gabán porque el frío le daba comezón en los muñones. No se había dejado rasurar haría cosa de un mes, por lo que lucía una barba tupida y rizada como la de un rey asirio. Miró las pinturas de la sala principal con desaprobación y agitó las mangas del gabán como alas de cuervo. Se me acercó y masculló: "Así son mis dibujos".

El guía se concentraba en explicar el motivo que había orillado a la confección de una escultura improbable —una colosal bola de pelo sostenida en las alturas por un pedestal— ante la indiferencia de la sección de sillas de ruedas. Una chica sin piernas se había quedado dormida y respondía la exégesis con ronquidos. No estaba a consideración despertarla: que recuperara el sueño que le robó la crisis de dolor de la noche era mejor que obligarla a mirar bolas de pelo.

Me concentré en las nalgas de Anita: rotundas, magnéticas. Mauricio me sonrió y amagó con lanzar un chiflido que, cortésmente, se tragó al final. Me abastecí de café y esperé el final de la inducción "al arte más sutil del presente de la humanidad" (palabras del guía) con la vista perdida en el resplandor helado de las lámparas.

III

Porque todos mis amigos están muertos. Eso respondía a quien preguntaba por qué cuidaba jovencitos en situación de desarrollo singular en vez de llevar balances contables, diseñar sillas o dar clases en una universidad extranjera. Mi frase equivalía a decir que uno se aferraba a lo que podía cuando estaba solo, lo que era mentira, o que prefería que no se me incordiara con preguntas, lo

que era rigurosamente cierto. Paseaba y cuidaba retrasados porque me pagaban bien por hacerlo: esa era la verdad.

Decir: todos mis amigos están muertos, además de ser dramático y darme cierta dignidad de víctima, evocaba la existencia de la Revelación, el motivo tremebundo que los incautos, que eran todos, sospechaban detrás de la decisión de cada uno de los que trabajábamos en la CRJP para sobrellevar esa vida que se presuponía tan sacrificada.

Pero no éramos monjes. Éramos profesionales que dedicaban veintinueve horas semanales (el común de los mortales, en cambio, trabajarían cuarenta o más) al cuidado y esparcimiento de grupos de muchachos con deterioros de todo tipo. Sus familias consideraban un fastidio su cuidado y eran capaces de pagar fortunas para que alguien más se ocupara de ellos. Los padres sufrían, en especial, ante la visión repetida, continua o incluso interminable de las deformidades, taras e incapacidades de sus herederos y, lo mismo si poseían grandes sumas de dinero que si debían empeñar las joyas y el auto, se afanaban por quitárselos de encima.

Para perdurar en el empleo había que ser capaz de resolver situaciones tan complejas como un paro respiratorio, una fractura expuesta o la higiene íntima de una esquizofrénica, pero el problema no era tan arduo como para que una capacitación continua y fecunda no lo superara. Además, los pacientes solían ser todo lo cooperativos que sus limitaciones les permitían. Un muchacho sin manos, por ejemplo, no tenía tiempo para más inconvenientes que los ineludibles de su condición.

Yo fui, durante largos años estériles, profesor de escuela. Luego me especialicé en dar cursos de regularización a escolares que fracasaban en sus exámenes. Cuando el CRJP me invitó a trabajar solamente se me dijo: los muchachos tienen que pasársela bien. Y a eso me dediqué. Era más simple que intentar meterles en la cabeza la grandilocuencia de Quevedo o la lista de estados centroamericanos expuesta en orden alfabético.

IV

Me perdí en divagaciones mientras despachaba el café y el resultado fue que los muchachos vagaban como abejorros monstruosos y sin destino por el vestíbulo del museo. Las mujeres que atendían el mostrador de los recuerditos los miraban con piadoso espanto. Ojalá les hubieran dicho en voz alta algo desagradable, para humillarlas con la exhibición de nuestra superioridad moral. Pero no se atrevieron.

Conduje a mis seguidores a una sala lateral. Una pantalla de video se resignaba a la proyección de unas manos que contenían un poco de agua.

El agua se agitaba ligeramente.

Y ya.

Ese era el arte.

Los muchachos se olvidaron de lo que se exhibía y se congregaron, curiosos, en torno al proyector. Habían descubierto que si interceptan la luz que emitía, una sombra interrumpía el tedio de la imagen. Consideré durante unos segundos improvisar sombras chinas para divertirlos, pero no hubo necesidad. Ellos las hacían mejor. Se revolvían y empujaban para aparecer, monumentales, en la pared. Mauricio, que no tenía manos con las cuales jugar, metió la cabeza en el camino de luz y la agitó, danzante.

Vigilé la excursión colectiva a los baños y empleé el trapeador que encontré cerca de la entrada para limpiar el desastre bajo los urinarios. A algunos de los chicos, la visión de su propia uretra expulsando líquido los divertía o inquietaba demasiado en aquel ambiente insólito.

La gira por las oficinas fue menos entretenida. Los administrativos del Museo de Arte Actual bajaban la cabeza y asordinaban las carcajadas que ya nos habrían dedicado mientras los funcionarios salían a nuestro encuentro y nos sonreían con toda condescendencia. Alguien nos condujo a un bebedero y nos

obsequió vasos desechables y azúcar.

Le di de beber a Mauricio del recipiente diseñado para que no se atragantara y que siempre llevaba conmigo. Anita estaba de un humor demasiado candente por la mañana (sorprendió al enfermero que fue a darle el desayuno con la exhibición de sí misma, desnuda, a medio agachar y abriéndose las nalgas con las manos), así que le echamos una ración doble de benzodiacepinas al café con leche. El resultado era que, al menos cuando abandonamos nuestras instalaciones, se dejaba conducir sin dificultad. Pero al verla de pie allí, sudorosa y con ojos desentonados, supe que el efecto del sedante había terminado por disiparse.

El contingente de sillas de ruedas y el resto de los incompletos nos alcanzaron en la cafetería cerca de la hora del almuerzo. Distribuimos frutas y agua azucarada y repartimos piezas de pan entre quienes habían vomitado el desayuno. Cuando servíamos los postres llegaron, finalmente, el productor y el camarógrafo del canal. Solicitaron permiso para llevarse al grupo de chicos que debían ser retratados con el cheque simbólico. Elegimos dos ensillados, dos incompletos y dos raros —fui arbitrario y parcial: mandé a Mauricio y Anita— y me encargué de conducirlos al salón principal. “Es un privilegio trabajar con estos modelos”. El productor recitó un diálogo seguramente preparado de antemano. “Les aseguro que van a quedar felices”.

Los chicos posaron con el cartón del falso cheque. El dinero de verdad, nos aseguraron, estaría en nuestra cuenta en unos días. El camarógrafo prometió, además, que nos haría llegar el video editado por la tarde, para que lo viéramos y, en caso de no tener reclamos, firmáramos la hoja de cesión de derechos.

Recibí de manos del último de los funcionarios del Museo los documentos legales del premio: debía entregarlos a la gerencia del CRJP y asegurarme de que pasaran a firma del contador, del director y del padre Javier, la divina trinidad que presidía nuestro patronato.

Cuando todo estuvo consumado, repartimos abrazos, levantamos a nuestro ejército y organizamos la salida. Anita corría de un lado a otro mientras yo me distraía en buscar la llave del candado de la

rampa que haría que las sillas subieran al autobús. Contemplé a la distancia el vaivén de sus nalgas embutidas en pantaloncillos cortos.

Ya en la calle, nos atajaron los niños de una excursión escolar. Decenas de ratitas armadas con teléfonos y libretas. Les rogaron a los chicos que se dejaran tomar fotos y les pidieron autógrafos. Tuve que explicarles que Mauricio necesitaba espacio para operar y que alguien debía sujetarle la libretita mientras él tomaba el bolígrafo con los dientes y firmaba.

Éramos, quién lo habría sospechado, populares.

Cuando estábamos por liberarnos, descubrí que Anita abrazaba a un muchacho de unos once años, al que le musitaba cositas al oído. Logré abrirme paso y, sin ninguna clase de fineza, la eché de su lado. Pero el daño era obvio e irreversible. El niño tenía los ojos vidriosos y resoplaba.

“Discúlpala. Está enferma”, supliqué.

“Me dijo… Me dijo que si le daba medicina… Me dijo que…”

Eso balbuceaba. Le rodeé el hombro con la mano y repetí:

“Está enferma”.

Ordené que la chica del servicio médico le vaciara en la boca un gotero de calmantes a la culpable. Anita forcejeó pero terminó por aceptar la humillación y se tragó la pócima entre los abucheos y silbidos de sus compañeros.

Estaba furioso cuando subimos, al fin, al autobús y ellos lo sabían.

Mauricio que viajaba a mi lado, me frotaba la cabeza en el hombro como un perro en busca de aprobación. Anita, con una mueca de arrepentimiento en el apretado conito de sus labios, se deshizo del cinturón de seguridad y, balanceándose para no caer por obra de los arrancones y frenones del autobús, se posó en el brazo de mi asiento.

“Perdón. Me dolía. La cabeza”. Mucha debía ser su inquietud para que consiguiera hablar, incluso con aquellas vacilaciones, a pesar de

la sobredosis de calmantes.

La ira me rasguñaba el paladar pero logré mantenerme en silencio durante dos semáforos enteros. La mano de Anita se posó en mi muslo. Nuestros ojos se encontraron. Era hermosa, delicada, espantosa y frágil.

“Vamos a darte café por la tarde, también”, acepté entre dientes.

Bajó la cabeza, quizá avergonzada.

“¿Y el niño?”, preguntó con un resto de voz.

Tuve que suspirar.

“Que se joda. No podemos cuidar a todo el puto mundo”.

La risotada de Mauricio me trajo alguna clase de alivio.

ø ø ø

Antonio Ortuño
Nació en Zapopan, Jalisco, en 1976. Ha publicado las novelas *El buscador de cabezas*, *Recursos humanos*, *Ánima*, *La fila india*, *Méjico* y *El rastro*. También tres libros de relatos, *El jardín japonés*, *La Señora Rojo* y la antología *Agua corriente*. Fue ganador del Premio de la Fundación Cuatrogatos, de Miami, EEU. UU., al mejor libro juvenil por *El rastro* (2017) y finalista del premio *Herralde* por *Recursos humanos*. La revista británica *Granta* lo incluyó su selección de mejores narradores jóvenes en español (2010). La revista *GQ* lo premió como “Escritor del año” en 2011. Novelas suyas han sido consideradas libros del año por *Die Zeit*, *Culturmag* y *Die Presse* (Alemania), *El País* (España), *Arcadia* y *El Espectador* (Colombia), El *Nuevo Herald* (EE.UU.), *Nexos, Reforma, Milenio, El Universal, Excélsior, El Economista, La Tempestad* y *Playboy* (México). Ha sido traducido al alemán, inglés, francés, croata, italiano, rumano, holandés, húngaro y farsi.

Algo que ya no sirve

"Her(his) need for love must have been tremendous,
for the only way she(he) could touch was to grab violently".

Kathy Acker, *Don Quixote*

I

Darice corre con sus *stilettos* Manolo Blahknik. Mamá no pudo comprárselos de contado. Tuvo que firmar un voucher más. Su crédito ha mejorado desde que trabaja en Estados Unidos. Era importante que su hija usara esos zapatos. Debía usar esos zapatos. ¿Cómo fue que ellos no se dieron cuenta que la bolsa que traía era Chanel?

La siguen. La siguen por el cerro. Darice no los puede ver. Corre con sus *stilettos*. Está demasiado atareada desenterrando los tacones de aguja que una y otra vez se hunden en la tierra. Mamá no consideró los imprevistos cuando eligió esos zapatos.

Él conduce la camioneta que la sigue de cerca. Es como un perro. A diario viste de negro. Su nariz ha olfateado sábanas de seda, sábanas de cocaína, sábanas de morgue. Lo cotidiano le cansó. El ir y venir a Las Vegas cada vez que quería. El demostrar que lo hacía muy bien, que sus padres y sus abuelos y los hijos de sus hijos lo

harán bien; que comprarán ropa de marca y estudiarán inglés hasta que aprendan a pronunciarlo correctamente.

Darice va camino al sitio donde terminan las mansiones e inicia el barranco que las divide del resto de la ciudad. Los ve acercarse en camionetas suburban negras con vidrios polarizados. Le lanzan las luces. La amenazan pero no la atrapan porque es más divertida la caza. Disfrutan de su rostro deformado por el miedo y la luz.

No tenían nada mejor que hacer hoy. En el Baby Rock había un concierto aburrido. Nadie organizó fiesta. Tampoco se les antojó tomar o meterse un poco de coca tan temprano; además, mañana participarían en el torneo de golf del Club Campestre. No querían resaca. Él sugirió ir de caza. Todos sabían de qué hablaba.

Los sábados por la tarde las trabajadoras domésticas salen de las casas de sus patrones rumbo a sus colonias. Esto sucede entre las cuatro y las seis. Pero ellos se decidieron ya tarde: nueve y media. Tuvieron suerte. Darice se había aburrido de sus amigos. Con frecuencia tenía la sensación de estar fuera de lugar. Salió de la casa. Disfrutaba la sensación de alejarse. Avanzar sin rumbo buscando. No sabía qué.

Nadie que no sea personal de servicio camina en las calles del fraccionamiento. Ellos no notaron que la chica que perseguían era distinta. Debió ser porque, a pesar de sus zapatos, su bolsa y sus *jeans* de etiqueta, había algo que no concordaba con la imagen de una chica de ese lugar. Los esfuerzos de su madre no dieron resultado esta noche.

II

Darice siempre hace esto. Lo hace porque, al final, no pasa nada.

Hace una semana salimos del Zooll y Darice se caía. Sin avisar, se alejó y tomó un taxi rumbo a la avenida Revolución. Tuvo suerte de

que su prima estuviera en el Escape. La vio muy cariñosa con un gringo y la sacó. Así nos gusta vivir, como la voz de la niña en el micrófono. Girando. Haciéndonos de historias para que otros las cuenten. Aumentando los ratings.

¿Qué le vamos a decir a su mamá? Señora, nos fuimos a la novena sección de la Chapultepec a pistear a la casa de Tato y no sabemos qué pasó, simplemente Darice ya no estaba, y no tenemos la menor idea dónde está. Aunque tal vez sería mejor decir: Señora, sabemos que usted no está en casa, dejamos este mensaje para que cuando regrese de cogerse a su amante pueda ir a dormirse tranquila sabiendo que esta noche no va a tener que discutir con su Darice. Suerte. Adiós.

Tengo sueño. Hemos dado casi quince vueltas por la novena sección del fraccionamiento, otras más por la octava y no la encontramos. Alguien sugiere ir a buscarla al barranco. Nadie quiere. Sería imprudente meterse en esos terrenos. Además, no tiene caso. A Darice nunca le harían nada. Eso nos decimos. No estamos seguros que sea cierto.

Ellos lo hacen con las desconocidas. Saben que si los atrapan, la policía no actuará. Sus papás los rescatarán. No vamos al barranco. Continuamos buscando a Darice donde no está.

Hacemos lo mismo. Qué flojera.

III

Me siguen. Sus camionetas son grandes y me gritan como mi madre, como mi hermana. Hablan de lejos. Corro.

Corro siempre para que me dejen en paz.

Soy como tú para que me quieras. Y te vas. Te vas a dar cuenta, madre, de que estaba fumando esto, y ahora sí me castigarás por un mes.

¿Qué son los meses? Allá viene uno… parece… parece febrero… es blanco como la nieve de Big Bear. Qué bien ir de paseo con tu familia. Qué mal ir con la mía. Bueno, cuando éramos familia. La nieve.

Los meses son siete mientras corro, son ocho cuando me detengo, son seiscientos cuando los tengo que soportar en domingos paseando en San Diego con mis papás.

Mi familia es de hule. O de chicle. O de algo que ya no sirve.

La tierra de este cerro es blanda. Nadie debe enterarse. Se darán cuenta que es tan blanda como la piel de Sonia, como su piel por dentro. Y Sonia no quiere que le diga a nadie. Como si nadie lo hiciera. Como si no se hubiera cogido ya a medio salón.

No me gusta Sonia.

¿Qué hay cuando no hay nada?

Correr.

IV

Empiezo a tener miedo. Una especie de pánico. No sé a dónde habrá ido. Quiero que aparezca ya. Quiero gritar.

¿DÓNDE ESTÁ DARICE?

¿Dónde está su boca? ¿Dónde sus ojos, sus piernas, sus manos?

Pero no soy tan cursi.

V

Él conduce la tercera camioneta. Todas son SUV's nuevas. Sus llantas se adhieren al cerro sin problema. Sus padres las compraron. Menos la camioneta del que viene atrás. Él compró la suya. Comenzó vendiendo pastillas en la preparatoria.

Ya no va a la preparatoria.

Pasan una y otra vez al lado de Darice. Una camioneta se detiene junto a ella. Alguien baja el vidrio y la besa jalándola del cuello. La empuja al suelo.

Huele a orines de rata.

La camioneta arranca. Ella no se levanta.

VI

Hemos recorrido la Plaza entera, los bares de siempre, luego el Yuppie's y nada. Vamos hacia la avenida Revolución para ver si tenemos suerte. Es tarde. Es posible que también a nosotros nos esté buscando alguno de nuestros padres. Decidimos que no regresaríamos a casa hasta revisar todos estos lugares. No está mal esto de andar de antro en antro.

La he visto como cinco veces. Pero ninguna era ella.

VII

¿Quiénes son?

¿Alguien me besó? ¿Cómo fue que bajó los vidrios para besarme? ¿Son ésos, ojos?

Vidrios.

Estoy cansada.

Me recuesto. Aquí está tibio. Sin ruido. Está lleno de dientes, cobijas y botellas. Tengo miedo. Me asusta todo. Me enojo y me voy. Pero nada deseo más que ser salvada.

Quiero que se vayan todos.

Tengo que levantarme. Si me quedo aquí, me va a encontrar mamá. Me va a llevar a la casa y en la casa crecen y son muchos ¿son muchos? Sí, están cuando hablo por teléfono, cuando llego, cuando habla el amante de mi mamá, la novia de mi padre, los amigos de mi hermana. No, no sé si seguir con Sonia. Se siente raro.

No he visto a papá. Hace tiempo que se fue en un crucero con quién sabe quién a Noruega. Pero aquí anda. Se fue y aquí anda. Aquí anda siempre. Siempre espero que tome la forma que tiene en mis pensamientos. Siempre guarda silencio.

Hubiéramos sido uno, mejor. Uno mejor, sí, hubieramos sido uno. Si uno hubiera sido. Si fuéramos uno. Si fuéramos.

Siempre me critican. Estoy segura que si los invito a fumar se asustarían. Me dirían hippie. Qué naca. Qué flojera.

La camioneta negra es mi mamá. A ella le gusta usar llantas de marca. Es mi mamá, es su camioneta. ¡Hola, mamá!

Un golpe.

Las marcas.

Estacionan las camionetas. Darice se levanta. Camina despacio entre la basura. Corre cuando los ve, pero no corren tras ella. La iluminan con lámparas de mano.

Este deporte ha tenido éxito en numerosos lugares. Se puede comprar el equipo en tiendas virtuales. Lo exhiben para caza profesional. Pero perseguir animales es anticuado. Recuerda trofeos en las paredes, tedio. Ellas no pueden ser exhibidas en público, pero sí en privado. Pese a todo ello, la caza humana no durará mucho. No lo espontáneo de ésta. Con el tiempo, el ambiente tenderá a ser más controlado, a evitar los posibles contratiempos. Tal vez la crianza de humanos para su cacería será una buena opción.

Mientras, Darice camina cerro abajo.

Siguen su trayectoria. Ella mueve las manos intentando quitar las luces de su cuerpo: sonríe. Sonríe pero no se entera de nada. Aún no amanece.

IX

La primera vez que estuvimos juntas fue en su casa. Hacía tiempo que nos celábamos bastante. Que si su amiga, que si la mía. Esa noche, como de costumbre, no había nadie en su casa y estábamos bajo las cobijas viendo la televisión. Darice era frágil. Parecía no importarle nada. Ví sus hombros delgados y bronceados salir de la sábana. Olvidé a Meg Ryan y sus emails. Pretendí rozarla por accidente. Ella no se inmutó. Los coolers habían hecho efecto. Comencé a acariciarle la espalda y ella volteó. Su rostro estaba desganado pero su cuerpo presto. Nos divertimos toda la noche.

La segunda vez fue en mi casa.

Necesitan encontrarla. Necesito encontrarla.

Pero no tengo ganas. Tengo miedo.

Darice me causaba curiosidad. Su actitud repentinamente insolente.

Su indiferencia. Su extrañeza. Esa pseudorebeldía me ataba a ella como a una cosita nueva que se descubre y que es diferente a ti. Que viene de un mundo distinto.

Siento raro cuando pienso que algo malo le pasó.

Eso es todo.

Seguimos buscándola. Salimos del estacionamiento de Las Pulgas justo antes del amanecer.

–Su licencia, por favor.

No pudimos reunir lo que el policía nos pedía. Habíamos pagado covers en los antros, comprado muchas cervezas y coolers por la tarde, gasolina.

–Lo siento, pero son dos mil pesos o me los voy a tener que llevar a la delegación por manejar en estado de ebriedad.

Habíamos tomado la última cerveza hacía dos o tres horas, pero nos llevó porque vio carro nuevo y cuatro adolescentes y supo que ahí había dinero. Supo que si nosotros no traíamos dinero, seguramente nuestros papás lo traerían.

Y Darice.

X

¿Dónde estoy? Me voy. Me voy cuando me ves. Siempre lo he hecho. Nunca estuviste realmente cerca. Por eso no me acerco. Sola y segura, mamá, sola.

El cielo se está poniendo blanco, se me pierden las estrellas. Ahí hay una, dos, tres ¿o son ojos? Parecen ojos, ojos que se revientan sobre mí. Son los ojos que veía desde mi cuna, desde mi cama, desde la silla del comedor.

¿A dónde van los hermanos cuando se suicidan?

No te acerques así, no me toques, no. Suéltame. Me lastimas, me duele, ¿quién eres? Vete. ¡Vete!

¡Mamá!

XI

Él pide que se alejen. Dejan de tocarla. Le permite correr. No queda mucho tiempo. Pronto llegará la luz y comenzarán a emerger de las cocheras quienes salen a las cinco de la mañana a trabajar a San Diego; ex empresarios y esposas de los empresarios fracasados que necesitan mantener su nivel de vida. A esta hora terminan su cacería. Un baño, un cocazo y listos para el torneo de golf. Todo sería rutina si no fuera porque cada caza es única. Y la de esta noche ha sido especialmente distinta, pues, a pesar de la velocidad, han notado que no es de las mismas: es más alta, su aspecto no es familiar. O tal vez demasiado familiar. Pero su equipo de *night vision* es un fiasco y ya no es tiempo de fijarse en detalles.

La deja correr de nuevo porque no quiere que termine la caza. Él debe controlarlos. Son animales que requieren un poco de sangre fría. Lo arruinarían todo en quince minutos. Él sabe como maximizar la diversión.

Hace unas horas que ya no están en la novena sección de la Chapultepec. Han cruzado el barranco hacia dónde comienza la otra realidad. El inicio de las colonias donde las patrullas no entran. Como si la policía no supiera.

Aquí les gusta. Aquí ellas se esconden mejor y es más difícil atraparlas. Aquí creen que se escaparán. Aquí corre Darice. Aquí cae. Aquí le arrancan la blusa. Los aretes. Seis golpes. Despierta un poco.

Mira sus zapatos.

Las marcas.

Lanza cientos de palabras de su boca sangrante para vaciar su mente, arrojar el dolor. El efecto de la droga se ha ido. Reconoce el primer cuerpo que la toma. Su voz. Pero la violencia elimina todo recuerdo. Y el dolor recrudece la memoria. Pierde la conciencia.

Abre los ojos.

Él se aleja cuando ella pronuncia su nombre. Respira agitado. Regresa al juego.

La deja huir de nuevo.

Gatea. Se arrastra.

Sus *stilettos* salen de sus pies.

Cae.

La toman de nuevo. No tiene voz. Es sólo piel y huesos que divierten.

Vuelve. Ve sus caras. Recuerda nombres. Grita.

No abandonarán la diversión de hoy sólo porque es ella. Qué matapasiones.

Decenas de puños se hunden en su piel violada. Caen como gotas veloces que la destrozan. Ya no siente. Hace un par de minutos que está muerta.

Tres de ellos continúan golpéandola hasta borrar de su antiguo cuerpo la forma humana. La luz matinal.

La colocan en un costal junto con su bolsa, sus jeans, sus zapatos. La bañan de gasolina.

Un cerillo. Era demasiado el daño. Ni trofeo.

Nos tratan bien. Los policías saben que no somos Nadie. Nuestros apellidos son conocidos. Unos minutos y las llamadas dan fruto: nuestros padres aparecen en el mostrador, pagando lo que sea necesario. Preguntando preocupados si nos quedará registrada la detención. Ofreciendo dinero para que limpien el expediente.

Tendremos algo que contar el lunes en la escuela. Una historia más de las que vivimos pensando en cómo las contaremos. Y Darice formará parte de ella.

La buscaron durante días. Pensaron en secuestro pero nadie llamó. Fotos. Recompensa ofrecida. Meses y meses de esperar.

Yo no esperé tanto. Conocí a Raúl.

Por un tiempo nos hizo falta cuando salíamos. Todos sospechamos lo que pasó en realidad. Sus papás. Los míos. Los que la buscaron. No harán nada.

Nadie escucha las denuncias de los familiares de las sirvientas asesinadas. En cambio, las familias de las chicas que "accidentalmente" son asesinadas –Darice no es la primera– rara vez lo denuncian. Tienen miedo. Prefieren inventar historias acerca de su desaparición. Buscar a los culpables podría significar que la orden de cateo fuese dirigida a su vecino. A su enemigo. O a su propio domicilio.

Guardé sus fotos en una cajita, puse las de Raúl en su lugar, aunque no besara como ella.

Se terminó el semestre y Darice recibió una mención especial en el anuario. Y una misa.

Esta tarde salgo de viaje con mis amigos rumbo a Palm Springs. Mis papás están de vacaciones. Enrique, mi hermano, se fue con sus amigos a Cancún a un torneo de golf. Por eso tomé prestada su camioneta. Aquí cabemos todos.

El calor es insoportable en este desierto. Pero el hotel está de lujo.

Y, aunque ya es muy noche, nos vamos a la alberca.

Nado hacia la otra orilla, lejos de ellos. En el desierto, las estrellas se ven muy claras, muchas. Parecen ojos, decía Darice. Hoy hace cinco meses que desapareció. Aún la extraño. Aunque creo que más bien extraño sus titubeos. Sus desplantes. Eso que no la hacía encajar nunca con nosotros. Sin ella, somos iguales.

Y eso lo pudre todo.

Ø Ø Ø

Mayra Luna
Nació en Tijuana en 1974. Es narradora, ensayista y traductora. Es autora de Lo peor de ambos mundos. Relatos anfibios, Fondo Editorial Tierra Adentro, 2006 y de la novela Hasta desaparecer, Nortestación Editorial, 2013.

Su obra ha sido incluida en antologías como El hacha puesta en la raíz. Ensayistas mexicanos para el siglo XXI publicada por el Fondo Editorial Tierra Adentro, (2006); Usted está aquí, selección de nuevas narradoras latinoamericanas, elaborada por Julio Ortega para la editorial Jorale (2007) y en Grandes Hits. Vol. 1, antología de jóvenes narradores mexicanos, publicada por Almadía (2008), entre otras.

Textos suyos han aparecido en revistas como La Tempestad, Emeequis, Blanco Móvil, Literal, Cross Cultural Poetics, Tierra Adentro, Cuaderno Salmón, Textos, entre otras. Ha traducido al español textos de Charles Bernstein, Camille Roy, Kathy Acker y R.D. Laing. Ha sido becaria del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes en diversos programas.

Los héroes de la generación

“Damon Albarn es el mejor músico de todo el siglo. Y *Terminator II* la película que definió a nuestra generación”, gritó Bitten Dana para terminar con la plática que ya se tornaba aburrida. Era sábado por la noche, tenía que fotografiar un concierto en la parte cool de Cholula y al otro día iría a buscar al Señor para entregarle una fotografía. Estaba de buenas.

El Niño Oruga y Eeabeb le habían organizado una fiesta de despedida improvisada que se desarrollaría durante todo el concierto. El Niño Oruga era su segundo mejor amigo, un joven muy flaco con el pelo negro, largo y revuelto. Era ilustrador amateur y había estado enamorado de Dana los últimos diez años. El Niño Oruga había bajado a la categoría de “segundo mejor amigo” cuando en una visita a Dana le había aterrado el pequeño altar que el joven le había confeccionado. Se trataba de una pared completa llena de retratos en distintas técnicas mostrando a “Bitten canario”, “Bitten lobito”, “Bitten zorrito” y cien caracterizaciones más que acusaron una obsesión que al Niño Oruga le causaban naturalidad. Le explicó que lo había hecho en sus tiempos libres y que ella le parecía un buen modelo para despertar la imaginación. Había pecas, lunares y cicatrices por todas partes. En ningún lugar había una insinuación romántica: sólo la expectante contemplación de una mujer ataviada con elementos de la fantasía más tierna. Después de ese día Dana esperó durante mucho tiempo la temida declaración de amor que refrendara ese mural de la compulsión humana. Pero nunca llegó y eso la paralizaba un poco en los

posteriores encuentros. Si no había declaración de amor, habría cuchillo. El asesinato, el sacrificio ritual, como suplencia del amor. Sin embargo, El Niño Oruga nunca intentó matarla ni besarla. Con el tiempo, Dana se acostumbró a esos mensajes de las tres de la mañana en Internet donde le contaba historias aparecidas en sueños y proyectos de construcción de ciudades imposibles. Por respeto y cariño, Dana nunca calificó a su amigo de loco y poco a poco lo vio con ternura. Era un niño, decía luego de contarle a alguien nuevo la historia del "muro Bitten Dana".

Eeabeb no tenía una historia similar. Era el típico amigo de la colonia con el que había crecido y con el que mantenía un pacto bilateral de no agresión con cláusulas estrictas que aunque fueran una intuición habían sido aceptadas por los dos. Iban al estadio de futbol, al cine, y cada tanto se emborrachaban juntos. Con él había fumado marihuana por primera vez mientras escuchaban *The Wall*, y cada que lo recordaban el lugar común los alentaba para refrendar el trato de la amistad. Eeabeb era músico de una pequeña banda que no había grabado un disco y tenía una madre nacida en algún país de Europa del este.

De los dos, prefería a Eeabeb para platicar porque El Niño Oruga no tenía ninguna opinión sobre el mundo: era como un muñeco de trapo listo para saltar y divertirse e inventar mundos pero inválido para una conversación. Su tema era el dibujo, Bitten y brincar charcos.

Lo que mantenían en común, además de los accesorios vitales propios de su edad, era una necesidad continua de hablar sobre lo que les había tocado vivir y compararse con otras generaciones. La generación "Back to the Future" era mejor que la generación "Goonies" pero peor que la generación "Star Wars". La generación "Indiana Jones" y "Tiburón" eran divertidas pero prescindibles. Ellos eran la generación "Terminator II" y eso los dotaban de una importancia y valor característicos. Si tiraban los dados en un juego de rol manteniendo esas características lo más seguro es que ganarían.

Todo estaba igual que cualquier sábado a excepción de que Dana viajaría al otro día lejos (a Sudáfrica a buscar al Señor), le habían pagado las fotos del concierto con drogas y estaban aburridos.

El concierto era de otro grupo de un “one hit wonder” local cuyos integrantes estaban llegando a los 26 años e iban a ser desechados después de esa noche. Las fotografías eran para el portafolio de “bandas famosas” del dueño del bar que tenía la obsesión de coleccionar los distintos momentos de las bandas que contrataba. James tenía cuarenta años, en su primera juventud había trabajado en un organismo de cultura organizando festivales pero se había retirado a los treinta años para invertir todo su dinero en aquel bar que, hasta la fecha, seguía siendo frecuentado por todos. Conoció a Bitten Dana en uno de los conciertos cuando era gestor cultural y desde ese tiempo estaba enamorado de ella. Pero su madurez y alguna plática de madrugada llenos de alcohol le había dejado claro que, si Bitten tenía que elegir algún tipo de relación con él tendría que ser del orden fraternal y, sobre todo, paterna. Así que James, en un ejemplo de solidaridad amistosa, aceptó aquella empresa y durante todo ese tiempo era el guardián de la niña Bitten, como le decía. Le daba trabajo, la escuchaba en las noches cuando se quejaba de los hombres y la llevaba a su casa cuando se emborrachaba más de la cuenta.

Cuando el negocio iba mal pagaba las fotografías con drogas. Unas veces más otras menos. Esa noche tocaban unas pastillas de su distribuidor local y Bitten Dana hacía aceptado.

Las fotografías que James prefería eran las de la noche inicial. Aquellos rostros entusiasmados de jóvenes, casi niños, casi viejos, tocando con todas sus energías con la inocente idea de que el furor y el empeño, con el tiempo, se transforman en fama duradera. En la entrevista inicial para contratarlos, les preguntaba muchas cosas que no tenían que ver con la música. Le interesaba, más que cualquier cosa, la triste manera en que afrontaban la posibilidad del fracaso. Pero en las primeras fotografías esa posibilidad era lejana. No dirigía la visión de Bitten Dana cuando trabajaba porque confiaba en que aunque a ella la idea del triunfo y el fracaso la tenía sin cuidado, como fotógrafa lo interesante era retratar ese momento de euforia único y hermoso. Seres mitológicos de cuatro horas, ataviados con excitantes modernos, guapos e intrínsecamente sensuales. En cambio, las fotografías finales eran necesarias para cerrar el ciclo; aunque esa lenta planificación del tiempo sobre las líneas del fracaso en los rostros de los que ya no eran jóvenes lo

decepcionaba un poco. A pesar del hastío de conocer “en qué acaban siempre las cosas” y la terquedad de la repetición del éxito fallido, siempre cabía la posibilidad de algo más. El máximo logro de los músicos de Cholula era que el guitarrista de un grupo ya extinto había tocado una temporada con otro grupo de la capital. Eso era todo. Así que el portafolio de James era un cementerio de cientos de nombres desconocidos.

Bitten Dana traía las drogas en la bolsa derecha de su pantalón pero no había tenido ganas de usarlas. El Niño Oruga solía estar sobrio y limpio porque su estado natural tendía a los estados alterados, y Eeabeb estaba triste porque la joven que le gustaba ya tenía novio. Los tres estaban junto a la barra tomando cerveza, irremediables al tedio del mismo espectáculo de todos los fines de semana. Fatigados pero serenos ante el fatídico aburrimiento de su generación.

Por prescripción de la amistad no solían hablar de sus temas importantes. Si alguien hubiera anunciado “me voy a casar”, la obligación moral del resto era alzar la botella de cerveza y brindar. Las restricciones en cuanto a juicios y observaciones de la moral en turno estaban prohibidos. Para eso existían los madres, los hermanos mayores y los novios y novias. Los amigos se habían inventado para sostenerse en la desolación y gritar eufóricos en los momentos felices. Pero nunca para criticar o dejar constancia de que algo o alguien no eran todo lo conveniente que parecían. El veredicto para concretar ese pacto de no agresión era que, independientemente de lo que sucediera en sus vidas, siempre iban a terminar en la barra de algún bar brindando. Personas, situaciones y episodios distintos habían pasado por ellos y, a final de cuentas, ahí estaban: limpios, irremediables pero como compañeros de noche. Eeabeb y El Niño Oruga estaban ahí para atestiguar, como presencias silenciosas, la nueva empresa de uno de los del grupo. Verían a su joven amiga partir hacia lo desconocido y, lo sabían, ahí estarían a su regreso para confortarla.

Bitten Dana los había fotografiado un par de veces. Los otros posaban sin posar acostumbrados a esa manía de su amiga. En un par de días ajustarían en Internet cuentas con los “me gusta” sobre las imágenes que, según ellos, los habían descrito. Pero

habitualmente Dana los describía a la perfección. Les gustaba verse como los veía Dana. Les gustaba ser personajes de las fotografías de Bitten Dana.

Ninguno de los dos conocía al Señor. Así que no tenían ninguna posición al respecto. Era uno más, ¿o no? Pero James, aunque nunca lo dijo, tenía un juicio perfectamente hecho sobre el Señor: era lo que él pudo haber sido si se hubiera dejado arrastrar por la pasión hacia Dana. De eso estaba seguro. Sentía una especie de compasión triste ante los arrebatos del Señor e incluso ante sus acciones más románticas. El Señor era él, o había podido ser él. Confesarlo le habría puesto a Dana una imagen distinta de la que tenía de él. Y eso no podría permitírselo.

El concierto empezó y Dana tomó su cámara, le dio dos sorbos espaciados a la cerveza y se fue a cumplir su trabajo: a ganarse las drogas de esa noche. Primero tomó una fotografía sin cuidado del lugar, de la gente enardecida (cómo alguien podía seguir emocionándose así en pleno siglo XXI, pensaba), y luego se fue metiendo entre los sesenta y ochenta cuerpos que comenzaban a brincar. Antes le gustaba el vocalista de aquella banda pero sólo se había besado con el baterista, oh, de nuevo los bateristas. Cuando estuvo a un metro del vocalista, se arrodilló y comenzó a buscar la foto. Se metió dentro del cuadro de la cámara y revisó los tenis, las manos tocando el micrófono, la garganta tensa, el pelo corto y rubio. Fijó el objetivo sobre la playera negra, luego al no encontrar nada, rodeó al cantante y trató de fotografiar su nuca usando las cabezas del público como marco. Pero tampoco había una fotografía ahí. Midió la luz y decidió cambiarla.

Abandonó al cantante y recorrió tras el lente al guitarrista y al bajista. Siempre había buenas fotografías con los bajistas. Tomó un par y las revisó en la pantalla de la cámara. Bien, se dijo. Desde el principio se había sentido rara porque en todo aquel ritual no había emoción. En ese momento la satisfacían otras cosas. El viaje sí, pero había que encasillar las sensaciones en el día en que ocurrían y ahora estaba ahí. Las drogas, no. Ver al Niño Oruga después de dos meses la alegraba, sí. La música empezó a marearla y usó su memoria para recrear a Damon Albarn. Puso fragmentos musicales en su mente mientras se levantaba, iba, venía, se volvía a arrodillar.

Pero, qué sucedía que aquello, la música, la gente moviéndose, los músicos, oh, los músicos, no la emocionaban como días antes. Era sólo que no había nada ahí para fotografiar. Sintió el plástico en aquella banda, ni siquiera había pasión ni llanto al saber que esa sería la última noche que tocarían. Los imaginó en sus tristes vidas, abandonados a la realidad, buscando trabajos comunes, teniendo hijos y esposas, cogiéndose de vez en cuando a alguna jovencita cuando tuvieran cuarenta años porque, con suerte, los habían reconocido del mural de los homenajes de aquel bar de Cholula. ¿En eso terminaba la juventud, entonces? ¿Por qué a nadie de aquellos se les había ocurrido una genialidad como "Clint Eastwood" o al menos "Revolving Doors"? No lo dijo como un reclamo. Más bien era un lamento.

A lo lejos vio que El Niño Oruga y Eeabeb estaban inmóviles bebiendo. Esa noche no iba a pasar nada. Decidió enfocarse en los rostros apagados de aquellos cuatro. Pensó, mejor, en otra cosa. Con la idea inicial, se colocó detrás de cada músico, fijó sus nucas y un ángulo que permitiera la revisión visual de las muchachitas frente a ellos gritando histéricas. No importaba si era alguna droga o el entusiasmo genuino de la música pero poco a poco empezó a seleccionar varias milésimas de segundo interesantes. El contraste era hermoso. Una nuca sudorosa, una inmovilidad y enseguida un espectáculo de una boca abierta, la tensión de una vida intoxicada por un sábado en la noche. La historia estaba ahí: no en la desilusión de los músicos, si no en la ilusión artificialmente perenne de decenas de jóvenes, casi niñas, enloqueciendo por un momento que se perdería para siempre. Aquella noche no existiría nunca a excepción de esas diez fotografías que Bitten Dana elegiría. De nuevo. El entusiasmo la llevó a invadir el terreno del baterista, quien más le costó trabajo, y a lograr la fotografía de la noche: una oreja, el sudor escurriendo, un perfil de ceño fruncido, una baqueta, y al fondo una niña casi rubia, delgada, mirando a una amiga suya, con la boca mostrando una "o" esplendorosa, y las manos sobre las mejillas en un acto triunfal de la detención del tiempo. Buscó a James entre las cabezas movibles pero no lo encontró. Quizá estaría en su oficina acariciando a una morrita ebria y sintió celos. Pero, bueno, el trabajo estaba casi hecho. Lo raro es que necesitaba algo más. Una presencia suya, un estar dentro de esa escenografía que solía expulsarla. Buscó la foto, su foto. Quizá en los platillos pero

estaban sin pulir. La superficie negra de la guitarra era una posibilidad pero luego de dos intentos se dio por vencida. Entonces hizo lo imposible, se desprendió de su posición, detrás de la cámara, la alzó un poco, fingió una seriedad inusual e imaginó que detrás se vería a los músicos y el humo y los matices de las cinco luces que daban de vueltas. Apretó el obturador y estuvo segura de que esa era realmente la fotografía de la noche. Ni siquiera la revisó.

Al concierto aún le quedaban unos cuarenta minutos pero Dana se bajó del escenario. Echó un último vistazo para ver si algo se le escapaba pero no: todo era tan predecible como siempre. Avanzó luchando contra la marea humana y llegó al baño. Se refugió en un privado que acaba de ser usado por un par de mujeres y le perturbó el vistazo al cesto de la basura. Se concentró en orinar sin lograrlo. Entonces se subió los pantalones, sintió la bolsita con pastillas en el bolsillo y lo sacó. Ahí, en parejas magníficas, el éxtasis o lo que fuera se veía como una diminuta construcción de una ciudad. Dana le puso el protector al lente y después tiró la droga al excusado. Cuando salió del baño sintió que había perdido una batalla vital. Ni siquiera su padre hubiera hecho tal desplante. “El mejor regalo que alguien le puede hacer a Padre”, le dijo un día al Señor, “es una tonelada de marihuana”, y entonces precedió a contarle que tenían planeado un viaje padre-hija a comer hongos porque, decía, una de las mejores experiencias de Padre fue cuando a los 25 años había emprendido un viaje iniciático, que nadie debía perderse, en Oaxaca. Pero ni siquiera Padre habría tirado la droga al excusado. Ahora, además, de todo, qué estaba mal con ella, se preguntó. Preferir una cerveza a drogarse era signo de decrepitud.

Cuando llegó a la barra, sus amigos no hicieron grandes alardes. Le preguntaron qué tal y ella dijo que bien. Bitten vio la hora: le quedaban tres horas para tomar un autobús que la llevaría al aeropuerto. Confiaba en Eeabeb para ese trayecto y no se preocupó más.

Mientras pedían una cerveza más, Bitten Dana revisó las fotografías. Seis buenas, una genial y un par más pasables. Había cumplido el trabajo. Entonces llegó a su imagen, a su autorretrato. Había una nitidez espeluznante que revelaba las arrugas de la parte lateral de su sien izquierda. Ahí estaba una nariz que no era la suya

pero que sí lo era. Ninguna peca había logrado captarse pero su expresión era total y abrumadora: como un ser viejo, listo para la muerte, preparado para ese momento, su mirada (que era un solo ojo) tenía una dirección hacia la nada. La boca estaba medio abierta aunque ella había creído recordar que la había cerrado. Un ojo que revelaba la imposibilidad de seguirlo intentando. El quid, el detalle desolador, eran los dos integrantes de la banda que, como telón, lucían una posición severa de resignación estoica al fracaso. Como en ninguna otra imagen, ahí, aparecían como fenómenos de la tenacidad. La expresión que transmitían sus siluetas, ni siquiera sus cuerpos enteros, era la de una necesidad de lucha, una continuidad dramática del juego. No eran músicos fracasados, como lo eran, en la fotografía; eran un arranque de intensidad innecesaria que enaltecía la lucha esforzada de quien se sabe con un futuro. Ellos contrastaban con su rostro, el que creía ser, a sí mismo, contraste contra la desolación de esa banda que había llegado a su fin. La fotografía mentía, o decía un tipo de verdad que trastocó el equilibrio de Bitten. Comparada con aquellos, ella lucía peor. Si su derrota enaltecía y engañosamente volvía a aquellos un grupo que iniciaba con todo, Bitten Dana era verdaderamente un espíritu fallido. Le asustó aquél desengaño pero sobre todo aquella soledad de la conciencia. Era, quizá, la única persona en el mundo que había notado eso, que había fotografiado eso. Ella misma había accionado el obturador para capturarse en un momento natural pero cuya sustancia se podía resumir en una sentencia melodramática: “nada valía la pena nunca más”. O al menos eso decían sus gestos, sus rasgos, un conjunto desconocido hasta ese momento. Eso, también, era ella.

Antes de volverse ante sus amigos y decirles que fueran a otro lado a terminar la despedida, Bitten Dana borró aquella imagen perturbadora.

“Dame las drogas o al menos tíralas, no puedes hacer un viaje trasatlántico con eso en la bolsa”, le dijo Eeabeb que había tomado el papel de guía aquella noche. Bitten Dana sonrío ante aquel espectáculo de la decrepitud. El Niño Oruga se adelantó porque la luna hacía gestos extraños sobre el pavimento mojado. Eeabeb caminó en silencio cargando la mochilita con la cámara de Bitten Dana.

Esa noche, pensó Bitten, los tres habían pasado por un rito de iniciación. Tenían 26 años, El Niño Oruga 24, y en un tiempo cruzarían la barrera abismal de los 30. La fiesta había acabado sin empezar. Dana pensó que si aquello, todo, eran las cosas que los adultos hacían. ¿Todo eso era lo que a su generación le había tocado hacer?

Así como había borrado la fotografía que mejor la había retratado en la vida, pensó que todo debía desaparecer. Una ilusión óptica. Su vida, quizá, era una ilusión óptica y por primera vez pensó que probablemente el Señor había tenido razón en aquella asquerosas páginas que había escrito con la historia de los dos. Si su vida valiera algo, la de ella, había dejado aquella imagen viva. Pensó que aún era tiempo. Podría convencer a Eeabeb y al Niño Oruga de volver, aún le quedaban unos segundos al concierto, a ese grupo, sabía desde qué ángulo se había retratado. Con suerte podría repetirlo. Entonces vio al Niño Oruga saltar sobre un charco. Enorgullecerse por ese acto magnífico, por esa proeza sobrehumana. Tomó de la mano a Eeabeb, buscó al Niño y comenzó a correr hacia la oscuridad con ellos. Sentía las respiraciones entrecortadas de sus amigos, la tensión de no saber hacia dónde se dirigían y entonces, en un momento mágico y único apretó aquellas manos y logró que los tres saltaran al mismo tiempo mientras un contacto de lluvia empezaba y duraban una milésima de segundo (suficiente) suspendidos en el aire, como ángeles magníficos, y luego con un estruendo de dioses caían sobre un charco enorme en medio de la calle. Detenida en el tiempo, Bitten Dana tomó aquella imagen con su imposibilidad. Había calculado el ángulo, la inclinación, el tono, la velocidad y había presionado el obturador para siempre. En ese momento, visualizó los tres cuerpos volando, inmóviles pero más vivos que nunca, suspendidos, detenidos sobre la faz de la tierra. Tres espíritus atenidos a la levedad, a películas mediocres de su año de nacimiento y a un sentimiento, inexpresable, que les permitía, aún, a pesar del cinismo del siglo, a pesar del cinismo propio, conquistar un espacio inequívoco y breve.

Ø Ø Ø

Jaime Mesa
Nació en Puebla en 1977. Es novelista. En Alfaguara ha publicado tres novelas: Rabia (2008), Los predilectos (2013) y Las bestias negras (2015). Todas han obtenido menciones entre las mejores del año en el periódico Reforma y otros medios especializados. En el texto “Panorama de la literatura mexicana. Los nuevos narradores (2000-2015)” publicado por La Razón fue mencionado como uno de los 16 escritores indispensables de la narrativa mexicana del siglo XXI. Ha trabajado distintos textos que pretenden describir a su generación, entre ellos: “100 Protagonistas de la Generación Inexistente” publicado en Literal. Latin American Voices. Fundó y dirigió la Escuela de Escritura Puebla. Actualmente es profesor de la Licenciatura en Cinematografía de la BUAP. Su cuarta novela, La mujer inexistente, será publicada este año en Alfaguara.

Clara circunstancia del tiempo en el lago Chapultepec

Hombre convertible

Siente sed y se vuelve vasija.
Siente frío y se vuelve abrigo.
Siente miedo y se vuelve lanza.
Siente amor y se vuelve humano
dentro del cuerpo de una mujer.

"Antes de nuestra era, el planeta Tierra tenía la forma de una papa o de una de estas paletas confitadas con centro de goma de mascar que los niños acostumbraban chupar", habla un guía de los Almacenes del Tiempo, mordiendo una paleta rojiza con manchas verdosas hecha de saborizantes y colorantes artificiales importada del pasado. Ante un exuberante jardín vertical, perpendicular al lago mayor de Chapultepec, una treintena de visitantes visualizan desde varias lanchas multicolores algunos episodios de la historia de la Tierra.

Entre la pelotera de la gente, el trino de los pájaros, el vuelo de las mariposas, el mecerse de los árboles, el graznido de los patos, el ladrar de los perros, los puestos de frutas, esquites, quesadillas, pozole, tacos, tortas y sopes, los gritos de los merolicos con su pásele marchante: aguas frescas, papalotes, globos, rehiletes, cucuruchos de cacahuates, algodones de azúcar, nubes rosas,

paletas de hielo; los pintacaritas, las botargas, los pajareros con sus aves agoreras cuyos papelitos te leen la suerte, las risas de los niños y los ancianos, el sonar de las campanas de los panaderos en sus bicicleta y el barullo de familias enteras disfrutando de un día de campo; cientos de personas se juntan y dispersan recreándose, perfecta sinfonía de la vida, alrededor del lago. La Casa del Lago, rehecha casona porfirista pensada para el veraneo de Don Porfirio, y una vez sede del Automóvil Club de la ciudad de México donde se daba cita la aristocracia, aún se asienta muy cerca de ahí, convertida en la mayor biblioteca virtual de la zona. En las bocinas, caracolas de ónix, se escucha la música de los planetas captada y reproducida en tiempo real.

La muchedumbre viene no sólo desde Xochimilco, desde Tacubaya, desde Tlalpan, desde el Pedregal, desde las Lomas, desde Ecatepec, desde Santa Fe, sino también desde Sevilla, Tokio, Singapur, Damasco, Laussan, París, Nueva York, Venecia, Bagdad, Praga, Moscú; el lago de Chapultepec conectado a un sinfín de canales, cuevas, lagunas y rutas de metro interocéanicas, funciona como una máquina del tiempo, lugar de encuentro y esparcimiento de millones de seres, sincretismo de tiempos y culturas.

«Como saben, antiguamente la humanidad se dividía en castas o clases sociales de acuerdo con los recursos de los que disponían sus miembros. Una vez que el *homo sapiens* adquirió la destreza suficiente como para cultivar la tierra y pasar del primer nomadismo al sedentarismo, las familias pudientes (dicho en términos del antiguo lenguaje) se instalaron en cuevas, cabañas, castillos, villas, palacetes, manzanas, colonias, barrios, fraccionamientos, conjuntos residenciales, islas, ciudades, países, etc. Como protección, alrededor de estos territorios erigían muros, murallas y rejas que, junto con representaciones apotropaicas como escudos, querubines, leones o flores de lis, eran custodiadas por hombres armados. (Todo lo que dice el guía, al tiempo que conduce su propia embarcación, es corroborado por imágenes proyectadas en el muro, a modo de películas.) Asimismo, tanto al interior de sus casas como en su cuerpo físico, los miembros de dichas familias ostentaban objetos que funcionaban como símbolos con los que demostraban su supremacía material. Todo, con tal de garantizar la pervivencia de su linaje. Como pueden ver en estos álbumes

familiares», el guía entrega a los visitantes varias revistas importadas del pasado, «en el segundo nomadismo, el estilo de vida de estas personas también se reflejó en sus medios de transporte. Carruajes, barcos, coches, camionetas, yates, aviones y naves espaciales se transformaron en casas flotantes, símbolos de status, poderío y riqueza.»

«¿Pero por qué, si los recursos del planeta alcanzaban para saciar las necesidades básicas de toda la humanidad, unas cuantas familias acaparaban los bienes?», pregunta una niña de ojos color naranja.

«Lo mismo nos preguntábamos entonces. Para empezar, la mayoría de los seres humanos actuaban por automatismo, es decir había humanos inhumanos», Clara y los demás visitantes, una treintena de jóvenes, niños y viejos vestido cada cual a su estilo, se carcajean. «En su ensayo “Sobre la identidad de los pueblos”, el filósofo Luis Villoro afirma que “una cultura es auténtica sólo cuando está dirigida por proyectos que responden a necesidades básicas colectivas, y cuando expresa creencias, deseos y valoraciones que comparte la mayoría de los miembros de esa cultura”. Ateniéndonos a la definición de Villoro, podemos concluir que había un acuerdo implícito de que esas familias atesoraran los recursos de la Tierra. ¿Pero, por qué?, eso es lo que van a descubrir aquí, en los Almacenes del Tiempo. Para avanzar o retroceder en el calendario intergaláctico, deberán ingresar las coordenadas del calendario solar de acuerdo con las antiguas mediciones del tiempo que regían la vida en nuestro planeta.»

Clara, aun joven, mira en su muñeca esa pulsera que le dieron a la entrada de los almacenes. La pulsera funciona a modo de reloj de mano pero no es un reloj de mano (en el tiempo del no tiempo ya no existen los relojes). En su pulsera lee:

INGRESAR:

Hora __ Día __ Año __

Junto a ella se sumergen los demás visitantes en el agua cristal entre ajolotes, patos y carpas.

Aunque la experiencia de Clara, como asidua lectora de ficciones, la

ayuda a discernir con claridad la realidad de la ficción, la mejor arma de defensa en un tiempo-espacio tan inestable como el suyo, es el arraigo hacia su origen y sus ancestros.

Igual que viajaba en sus sueños, Clara aprovecha para visitar la plaza de Alfonso el Sabio en el Puerto de Santa María. Decide vestir un vestido floreado de encaje y unas sandalias iguales a las de la escultura de la Virgen de los Milagros. Una vez memorizado ese romance medieval de la "Virgen Pura" que tanto le gusta (junto con todas sus variantes propias de la oralidad), decide posicionarse: en medio de la plaza, entre los naranjos en flor. «OBJETIVO DE LA MISIÓN: inspirar a mi ancestro, Juan de la Cosa, en el trazado de la Virgen María con el niño en su carta universal de 1500.» Voz, clara, fluida, melodiosa, hecha para mover el cerro del Chapulín de lugar, brota de su pecho.

"Camina la Virgen Pura
Camina para Belén
y en el medio del camino
pide el niño de beber
– ¿Cómo te lo daré, hijo,
cómo yo te lo daré?
Los arroyos bajan turbios
no bajan para beber.
Un poquito más adelante
halló la huerta de un rey
que la cuida un pobre ciego,
ciego que gota no ve.
–Ciego dame una naranja
para el niño quitar sed.
–Entre, entre, la señora
coja las que ha menester.
Cogía de una en una,
nacían de dos en tres;
las hojas que se caían
volvían a florecer,
los troncos que se quebraban
volvían a entronquecer.
Ya camina la señora
y empezó el ciego a ver.

¿Quién sería esa señora
que me hizo tal merced?
La Madre de Dios sería
que otra no podía ser.
¡Valgame nuestra Señora,
Válgame Santa Isabel!"

Mientras Clara canta al pasado, sus hijos y los demás hijos de la especie humana crecen cual flores, acogidos por su familia y amigos, cuajando con su belleza el árbol de la vida. Los seres humanos al fin han aprendido a comunicarse con la Tierra, de modo que ningún suceso, por trivial que parezca, puede pasarles ya desapercibido.

"¿Temblarás?, ¿se agitarán tus aguas?, ¿cambiará tu temperatura?, ¿dejarás entrar a esa partícula de fuego?, ¿puedo arrancarte estas hojas?", son algunas de las preguntas que le hacen los seres humanos a su planeta, como parte de un diálogo incesante. La Tierra, en toda su magnificencia y esplendor, tanto que si la vieras desde el espacio exterior te dejaría con la boca abierta, permite que la especie humana hurgue todas las cavidades de su cuerpo; canturreándole al oído, en respuesta.

Uno a uno, los visitantes del lago, emergen del agua cargados de tesoros cual naos de la China en el Pacífico.

"¿Alguien ha visto a la niña de los ojos naranja?", pregunta Clara al emerger de nuevo.

* * *

La vida es un cuento presente. Todo ser y toda cosa cuenta una historia. Todo tuvo un pasado y tendrá un futuro. Clara, aún flotando en el agua, decide contarle la historia de su vida a una familia de patos que nada a su lado en su lenguaje cuac cuac.

Los patos se observan. Se aquietan o inquietan según las tristezas o alegrías de Clara. El lago es un espejo de quienes se asoman. Su vida se refleja en sus aguas. Historias no contadas. Historias de amor y desamor. Cada una de sus gotas guarda risas, lágrimas, voces de tiempos remotos, cobijan amores secretos; ellas lo saben todo: la Historia secreta de la Humanidad.

Historias de los seres que se sumergen en su interior.

En el lago se refleja ese cielo infinito al que todos aspiran llegar: con sus astros, sus tzentzontles, sus aves canoras, sus mariposas de mil colores; y los ancestrales ahuehuetes, el Centinela y el Tlatoani, los guardianes del bosque, los pirules, los sauces llorones, las flores, las caras de la luna, las estrellas y hasta el mismo sol se inclinan ahí para contemplar su belleza.

Los viajeros en el tiempo que se sumergieron en sus aguas buscando paraísos perdidos se secan al sol, tumbados sobre camastros de nube. Clara traza en el aire palabras: (Entre las manos lleva un libro muy pesado: la obra completa de Walter Benjamin que trajo de su viaje)

"Artesano –producto
Artista –obra de arte"

A Clara le llaman la atención todas esas cosas extraídas por los demás de las aguas del tiempo, quisiera conocer la historia de cada objeto. Una corcholata, una botella, una pintura, un tapiz, una lámpara de aceite, un manuscrito en las manos de un muchacho que acaba de emerger del agua.

El manuscrito se deja leer dócilmente entre las manos del chico pelirrojo. Él aún abstraído de la realidad, intenta balbucear lo sucedido.

"¿Quieres decirme qué pasó ahí?", le pregunta Clara al joven.

El muchacho, con cierta dificultad, comienza a hablar.

«Fui a un Palacio rodeado por una muralla a la orilla del mar, en una ciudad aún viva que ha tenido muchos nombres. Bizancio,

Constantinopla, Estambul. Entre los tesoros de ese palacio está el tercer diamante más grande del mundo y el puñal más costoso hecho de oro y piedras preciosas, pero lo que más llamó mi atención es este manuscrito escrito por Muhibbi, pseudónimo de mi choznoabuelo Soleiman, conocido como “el Magnífico” en Occidente y como “el Codificador” en Oriente. Me gusta porque habla de los amores que ocasionaron la decadencia de su imperio. Si te interesa, te recito unos versos. Clara asiente.

"Todos buscan el sentido único, mas son múltiples las versiones de una historia".

"Qué coincidencia, es justo lo que estaba pensando en mi viaje", exclama una muchacha de piel ultravioleta.

"¿Continúo?, pregunta él."

"Riqueza y poder es lo que todos consideran como la mejor suerte,

Pero en esta vida un poco de salud es lo mejor.

Aquello que los hombres llaman gobierno es lucha mundana y batalla constante;

el más alto trono está en la alabanza de Dios, la más feliz de las condiciones."

Soleiman era sabio y, entre otras cosas valiosas que mandó hacer, gracias a las cuales nuestro linaje se salvó al final del tiempo, contrató a Sinan, formidable arquitecto, para construir mezquitas, baños, edificaciones y sublimes espacios públicos. Con todo, él y su esposa cometieron sendos crímenes que tardaron en ser perdonados.»

"¿Quieres contarme?", pregunta Clara, a sabiendas de que está poniendo el dedo en la yaga, es decir en un lunar en la frente del chico, antiguo karma familiar.

A continuación, en el muro verde comienza a sucederse una historia, proyectada por los ojos verdes del muchacho.

"Soleiman, bebé de abundante cabellera color topacio, nació en

Trebisonda, Turquía, el 6 de noviembre de 1494, y casó tres veces. Aleksandra Anastasia Lisovska, conocida en las cortes europeas como Roxelana, mi choznoabuela, pasó de ser la hija de un párroco de la iglesia rusa ortodoxa a esclava de los tártaros, odalisca en el harén de Soleiman, y luego su legítima esposa. Alexsandra había sido criada tan dulcemente por sus padres que muy pronto se transformó en *walad*, es decir la favorita de su marido. Sin embargo, la mujer comenzó a temer por la vida de sus cinco hijos. Alexsandra creía que si Mustafá, el primogénito de Soleiman, se transformaba en sultán, sus hijos quedarían en desventaja. De modo que, con tiernas palabras, deliciosas caricias, seductores abrazos e íntimos besos, convenció a mi choznoabuelo de que se deshiciera de su primogénito. En pocas palabras, el hombre decayó por complaciente, y la mujer por paranoica. Una vez que Rossa, así la llamaban por su pelo rojizo", y aquí el joven se toca el pelo, «le perdió el respeto a la muerte, se volvió soberbia y mandona, lo mismo que consumidora insaciable. Incluso hizo que Soleiman mandara matar al gran visir Pashá, quien pereció mientras ella se compraba un par de guantes para asistir a una fiesta.

Ahora quiero leerte un poema que me gustó mucho:

“Trono de mi mihrab solitario, mi bien, mi amor, mi luna.

Mi amiga más sincera, mi confidente, mi propia existencia, mi sultana, mi único amor.

La más bella de las bellas...

Mi primavera, mi amada de cara alegre, mi luz del día, mi corazón, mi hoja risueña...

Mi flor, mi dulce, mi rosa, la única que no me turba en este mundo...

Mi Estambul, mi Caraman, la tierra de mi Anatolia

Mi Badakhshan, mi Bagdad y mi Khorasan

Mi mujer de hermosos cabellos, mi amada de ceja curvada, mi amada de ojos peligrosos...

Cantaré tus virtudes siempre,

Yo, el amante de corazón atormentado, Muhibbi con los ojos desbordados de lágrimas,

yo soy feliz."

Ya. Eso es todo lo que puedo decirte de este manuscrito.

En cuanto a los objetos más valiosos, esos que son imposibles de robar» en ese momento, surge del lago la muchacha de ojos naranjas con un arca de vidrio entre las manos, cubierta de pies a cabeza de bolitas algodón.

Todos la miran y sonríen.

"Soleiman participó en la construcción de los muros de Jerusalén, así como en la reconstrucción de la Cúpula de la Roca, también en Jerusalén, y de la Kaaba de La Meca.

La Cúpula de la Roca es valiosa porque los seres humanos intuían que, como ocurre en nuestros cerebros, dentro de la cúpula se encuentra la escalera al paraíso. En cuanto a la Kaaba y las murallas de Jerusalem, eso ya lo saben todos muy bien."

Ahora, tengo que retirarme un momento, si me disculpan. (Detrás del muro verde hay un baño turco, inspirado en el gran hamman de Soleimán, donde están los sanitarios para damas, caballeros y animales varios.)

* * *

Entre las actividades que ofertan los Almacenes del Tiempo, Clara aprende a viajar a través de los árboles, los animales, las piedras, las cosas.

En la trama universal todo lo que existe, por el mero hecho de existir, es igual de importante.

Todas las vidas se entrelazan.

Mientras que nuevos seres humanos manufacturan con luz surgida de su ser objetos perecederos sin materia, cosas enteramente lumínicas; Clara y los demás artistas, es decir todos los seres humanos actuales, se divierten personificando diferentes papeles teletransportando objetos hechos con la materia del pasado.

Puesto que las cosas, en tanto que objetos que contienen fragmentos de todas las historias humanas, han cesado de producirse, y son ese *non plus ultra* que la humanidad presente atesora para recordar la Historia, la gente indecisa, titubeante, se sumerge para importarlas.

Existen miles de tinajas donde la gente puede sumergirse, a modo de vientres maternos, y emerger una vez satisfechas sus necesidades, pero ninguna tan cristalina como el lago.

En esas aguas primigenias, la humanidad también capta las cosas por amor.

En principio existen cosas inestables como las bombas atómicas y los algodones, peligrosas para quienes las introducen en sus cavidades. Luego, hay cosas nimias como los calcetines y los platitos que saturan el espacio de las casas a tal grado que necesitan desaparecer y reaparecer constantemente (luces intermitentes que mantienen el equilibrio mental de sus habitantes).

También en el bosque de Chapultepec, muy cerca del lago, en el Museo Contemporáneo de las Cosas Perdidas, afamados artistas elaboran esculturas con calcetas, cucharitas y juguetes que alegran con sus originales formas a espectadores ansiosos, subiendo así sus niveles de endorfina a la velocidad de la luz; cada montaje de una nueva exposición equivale a la delicia de una tonelada de chocolate en la sangre, pero sin sus contraindicaciones.

Gracias a todas esas cosas que importan, la humanidad futura sobrevive ilesa.

Extrayendo bombas, candados, códices, medicinas, botellas, taladros, lámparas, suéteres, cobijas, abrigos y multitud de objetos se han evitado catastróficas guerras, plagas y hambrunas que habrían acabado con la especie humana más de una vez. (Como cuando se desintegraron las esmeraldas de Moctezuma II, cuando "se robaron" 10,000 piezas del Museo de Iraq, cuando se desvaneció el único cuadro náutico pintado por Rembrandt del Museo Isabella Stewart Gardner, cuando desapareció y reapareció *El grito* de Munch, cuando extrajeron *La Virgen de la Rueca* de Leonardo Da Vinci o cuando evaporaron un millar de vacunas de gripa aviar.)

Con el fin de ayudar a quienes carecen de la pericia para manejar ciertas cosas, Clara y muchas personas más, desaparecen del horizonte millones de objetos a diario.

Árboles heridos, los marginados, los locos, los vagabundos, los melancólicos, los suicidas, los depresivos, los enfermos terminales, los que andan perdidos en medio del camino de la vida, los niños chiquitos, todos los seres humanos de todos los tiempos resarcen en el gran lago sus heridas, gracias a la intervención divina de sus descendientes.

Y todas esos objetos peligrosos en cuya etiqueta se lee "déjese fuera del alcance de los niños" (es decir, de los antiguos *homo sapiens*), son para los *homo cosmicus* útiles herramientas en el quehacer cotidiano.

Escobas, lápices, velas, platos, pelotas, madejas de estambre, abrigos, calcetines, cepillos de dientes, cucharitas, floreros, esmaltes de uñas, mangueras, palas, tornillos, lámparas, chanclas, algodones, teléfonos celulares, mochilas, carteras, monedas, billetes, cochecitos, zapatos, tuercas, libros, llaves, esculturas, discos, anillos, collares, cajitas, pinceles.

Dispuestas propiamente para lo que fueron hechas, sin oquedades, riesgos ni segundas intenciones.

* * *

Y esas llaves que dejaste quién sabe dónde, ese libro que perdiste en un parque, ese cepillo de dientes que olvidaste en un hotel, ese beso que guardaste en un cajón, robados por invisibles ángeles del futuro, te evitaron la muerte sin que te dieras cuenta.

Y ahora te vienes a enterar.

Ø Ø Ø

Ximena Sánchez Echenique
Nació en Ciudad de México en 1979. Es Licenciada en Lengua y Literaturas Hispánicas y Maestra en Letras Latinoamericanas (UNAM). Sobre todas las cosas (UAEM, 2004) la hizo acreedora al Premio Internacional de Narrativa Ignacio Manuel Altamirano 2003. En el 2006 realizó un intercambio académico con la Universidad de Salamanca. Ha publicado las novelas El ombligo del dragón (Tusquets, 2007) y Por cielo, mar y tierra (Tusquets, 2010), finalista del Premio Antonin Artaud 2010. Ensayista y novelista, ha colaborado en revistas como La experiencia literaria, Lunea Córnea y Unidiverisdad; así como en las antologías Grandes Hits, Antología mínima del orgasmo y México 20. Su libro para niños Ave Xóchitl y

la serpiente de luz (Fernández Editores, 2011) ha gustado tanto a sus lectores que actualmente está trabajando en la próxima publicación de los libros infantiles Qué susto perderse (Fernández Editores, 2017) y Cada vez más alegre, cada vez más contento (Uranito, 2017).

La decadencia de la familia Wilde

En realidad no se apellidan Wilde, sino de otra manera, pero desde que hace unos años Eleazar —el de la izquierda en la foto— comprobó que el segundo apellido de su abuela es ése, lo saca a relucir a la menor oportunidad. Al principio lo contaba en confianza a los amigos más cercanos, pero luego empezó a soltarlo en cuanto lo presentaban con alguien, subrayando la ausencia del Wilde en su propio nombre como quien explica que la camisa se le ha manchado viniendo para acá.

("Es que la abuela y el abuelo Wilde sólo tuvieron hijas").

Eleazar casi lloró de la emoción el día que descubrió el acta de matrimonio de la abuela entre las cosas que había dejado su madre. Porque entonces era cierto: el abuelo había sido un distinguido inglés, rubio, muy apuesto, que había muerto poco tiempo después de casarse. Eleazar siempre había querido que fuera verdad, pero no entendía por qué ni su madre ni los hermanos de su madre ni los hijos de ninguno de ellos pareciera tan inglés como él suponía que eran los ingleses. Y ahora veía que era cierto, ahí estaba la prueba.

Hizo enmarcar el documento, y mandó a enmicar un juego de copias para que él, su esposa y los dos hijos tuvieran una copia a la mano.

* * *

La foto es una de cuatro que tomó un mesero llamado Kiš al que le pidieron que tomara una y luego Una más y Una más y Una más, por las dudas. Ésta es la única en la que todos están mirando a la cámara. Y se ven, si no jubilosos, al menos contentos. A la derecha de la foto está Santi, con un trago de Chivas en la mano izquierda. Se ha puesto un traje azul marino pero decidió que no usaría corbata. Lleva una camisa rosa muy ligera, y debajo de la camisa puede verse la cadena de un crucifijo. A su derecha está Roberta, la madre. Mira a la cámara con ausencia controlada. Es probablemente la persona más elegante de la boda, lo cual la habría hecho sentir orgullosa en otra época. Y entre Roberta y Eleazar está Hilda, la adolescente. Parece incómoda en su vestido añil diseñado para alguien con el cuerpo menos agobiado o más simple que el de ella, y mira a la cámara como se mira a los adultos. Eleazar es, por supuesto, el hombre a la izquierda de la foto. Trae un traje navy y una corbata color melón con vivos amarillos. Sonríe con una dentadura gloriosamente blanca y pareja. Sí, todos van de azul.

Hilda arrumbó su copia enmicada durante unos días. Cuando se la volvió a encontrar sintió curiosidad por razones análogas a las de su padre pero con apetito distinto. Al transmitirle la historia del abuelo Wilde, Eleazar siempre había insistido en una lección subyacente: hay que mejorar la raza. Por eso decía que a Roberta la había escogido aunque fuera güera de rancho. “El cantadito se quita”, decía “lo que queda es la piel”.

¿Pero qué no todos habían sido animales de rancho en el pasado?

El documento señalaba, era verdad, que su abuela se había casado con un señor Wilde, pero el acta se había llenado a mano y en el lugar del nombre de pila sólo había una inicial, que parecía una S aunque bien podría ser una R o una K o hasta una B. Y el acta había sido expedida no en la capital sino en un pueblito cercano mejor conocido por sus restoranes para curarse la cruda el fin de semana.

Decidió buscar alguna noticia del casamiento de la única manera en que sabía, y para su sorpresa topó con límites. Los periódicos locales no tenían en línea archivos de tanto tiempo atrás. Era algo que Hilda sabía, por supuesto, que en otras épocas no habían existido las computadoras y que no todo el pasado estaba en internet, pero hasta ahora que buscaba algo que personalmente le importaba advertía el inmenso lago de oscuridad y silencio desplegándose frente a ella. Qué tiempos esos, pensó, cuánto tenían que hablar para que quedara algo de ella.

Pero salir de casa para ir a meterse en una mole de cemento y papel y ojear hoja por hoja durante horas le pareció tan práctico como volar en carreta. Decidió persistir frente a la pantalla. Encontró sitios genealógicos que por un pago cruzaban búsquedas en registros civiles, archivos migratorios y ocurrencias en periódicos. Había una interminable cantidad de información, un espejismo que cambiaba según oscilaba su foco. Una imagen, una fecha, un apellido similar, un pueblo cercano, un matrimonio parecido. Recortó la luz engañosa iluminando datos sin importancia hasta que dio con lo que parecía menos evidente que plausible, pero aún así escalofriante: porque al final le quedaron no uno ni dos sino tres, tres señores Wilde que podían ser su bisabuelo, y los tres eran como se lo habían pintado, pero completamente distintos.

* * *

Uno era un señor Wilde que había huido de la guerra (el verbo no era del sitio genealógico, sino de ella) cuando parecía que nadie acudiría en ayuda de los ingleses, que cumplían medio año de calcinarse bajo las bombas. Había viajado al otro lado del mundo y no se consignaba que hubiera practicado un oficio distinto al que lo sostenía en casa, carnicero. Se decía también que había muerto diez años más tarde, de vuelta en la pérfida Inglaterra. Y que no había dejado descendencia.

Una parte selecta de la historia había empezado a decirle a Eleazar una hora antes de que la foto fuera tomada.

—Me quedé pensando en quién habrá sido el bisabuelo —le dijo, cuando ya traían los postres, sin saber bien hacia dónde se dirigía, sólo que iba a confirmar la inglesidad del inglés, aunque no la deserción del desertor. En cuanto lo dijo, Eleazar se rebosó de sí con una honda satisfacción de deber cumplido y le acarició el cabello mientras asentía casi imperceptiblemente.

—Y entonces pensé —continuó ella—, ¿por qué no buscamos más sobre él? Y entonces…

—¿Por qué no? —la interrumpió Eleazar—. Exacto. ¿Por qué no? La gente prefiere no enterarse porque no tiene nada de qué enterarse, y saben eso nomás de verse al espejo, pues somos el resultado de cómo nuestros padres y nuestros abuelos se esforzaron para ser cada vez mejores, para ser cada vez más *nobles*. Justo de ahí viene la palabra. Todos los que ostentan títulos se los han ido ganando a pulso, generación a generación. ¿Pero qué va a querer saber quien todo lo espera regalado?

Y ella no supo cómo decir lo que diría, ni qué hacer con una burbuja agria que sintió al escuchar a su padre, así que se calló.

* * *

Unos minutos antes de que Kiš les tomara la foto, Roberta miraba algo que Santi le había mostrado en su teléfono inteligente. Roberta no tiene un teléfono inteligente. Siempre lo ha sentido como quitarle la cáscara a un plátano para envolverlo en papel de aluminio. No entiende para qué. Las señoras le mostraron un meme con dos fotos. En una está el dueño de una televisora mostrando su fofo pecho desnudo porque el equipo de futbol del que es dueño ganó el campeonato. En la otra está la foto del hombre más rico del mundo celebrando que su equipo ha ganado el año siguiente, y aunque también tiene un cuerpo fofo no lo exhibe, sólo levanta una

copa que no podría ser sino champán. A la primera foto la acompaña la leyenda COMO SE COMPORTA UN NACO CON DINERO, y a la segunda COMO SE COMPORTA UN MILLONARIO CON CLASE. Roberta sonrió respetuosamente, lo que Santi interpretó como complicidad.

Luego Santi fue por un trago e Hilda le empezó a contar del segundo resultado de la búsqueda genealógica. Un señor Wilde que había emigrado no de Inglaterra, sino de Alabama, aparentemente perseguido por la ley tras haberle disputado a tiros unos animales a uno de sus hermanos. Éste otro huido había muerto sin volver, pero sí dejó descendencia en Alabama, un hijo y tres hijas. Hilda encontró hasta una fotografía donde están todos: secos, tiesos, muy peludos e incoloros al frente de una granja. Roberta escuchó sin mirarla, pero Hilda sabía que le ponía atención, siempre lo había sabido. Roberta escucha. En cuanto se lo hubo contado, todavía sin mirarla, dijo:

—¿Estás hablando del robavacas?

Hilda se ojiabrió estupefactísima.

—¿Tú sabías?

—Sí —Roberta asintió, observando el lejano pastel o a los novios —. No eres la única que se ha hecho preguntas. Tu padre no desea nada más ardientemente que aprender a mirar como extranjero. Porque lo que él vio desde que era chico es que los extranjeros, así hayan llegado con una mano adelante y otra detrás, se refieren a uno como si fueran los únicos que saben usar un tenedor. Los extranjeros que él conoció miran como ricos y para él los ricos deben mirar como extranjeros, convencerse de que no huelen como los demás, no tienen nuestras mañas ni nuestro cantadito… Claro que sabía del robavacas.

—¿Y crees que éste sea el bueno?

Roberta se tomó unos segundos en responder, y luego, apenas con un octavo de sonrisa, dijo:

—Espero que sí.

* * *

A Santi no le preocupa demostrar algo que siempre ha dado por hecho, lo todo que se merece todo. Desde chico ha sido como un tigre que nunca pierde el hambre. Quién sabe si podría haber sido bueno o malo para la escuela: apenas aprendió a pelear se convenció de que eso era lo suyo. No las fantasías de ser un francotirador heroico o un paracaidista, sino los madrazos secos, sonoros y simples. Por eso se hizo granadero ¡granadero! mientras solicitaba admisión en una escuela de derecho, que quién sabe si lo habrá admitido, ni se molestó en averiguar. Subió en la jerarquía del Heroico Cuerpo hasta que el padre de su prometida lo hizo cambiar de vocación. De eso es de lo que Santi hablaba apenas unos minutos antes de que les fuera tomada la foto, cuando se encontró en la barra a un ex compañero de prepa.

—El pinche viejo insistió en que no, para qué, si no me falta dinero por qué voy a hacer eso, que su hija no se va a casar con uno que ni a sardo llega, que si yo quiero él me pone un changarro.

—Y qué le dijiste.

—Pues que por eso no se preocupara, que a su hija no le va a faltar nada, pero que entendiera, que me había metido a esto como una educación para la vida, que con la disciplina que me da el entrenamiento y con lo que he pasado no me va a faltar nada para hacerla en los negocios. Pero no ahorita.

Se quedó en silencio unos segundos.

—Cómo me encantaba que nos mandaran a partirles su madre a los maestritos del Mexe. Y es que está de güevos eso de que se te dejen venir mentando madres y gritando que quieren plazas y no sé qué chingados. Yo les sorrajaba el tolete y toma tu plaza puto, cómo se sienten tus prestaciones en las costillas, huevón hijo de la chingada. Pinches macuarros. ¿Qué van a enseñar ellos? Están buenos para

albañiles, y que agradezcan que se les regala el pulque.

—¿Y qué negocio te puso finalmente el suegro?

—Una papelería. Pero poco a poco la he ido cambiando, ahora ya le metí teléfonos celulares.

* * *

“El mundo no es blanco y negro, sino diverso, es una infinita variedad de grises”.

Siempre era algún bribón el que lo decía, no para compartir su asombro ante la maravilla de la creación, sino para corregir a alguien tentado a decir que una cosa era negra y había que convencerlo de que era gris. En esta ocasión era su padre.

—Tú, por ejemplo —decía Eleazar ahora, moviendo delicadamente sus manos como si esbozara un fresco en la bóveda del comedor del Club—, por lo que acabas de decir, infiero que te piensas pobre. Bueno, ¿sabes que, desde el momento en que recibes salario mínimo ya perteneces al diez por ciento más rico de la población en el planeta? *En el planeta*. Piénsalo. Ese salario que te parece tan miserable porque nomás te alcanza para la semana te convierte en miembro de una elít mundial. Siquiera tienes una tubería de la cual sale agua para ser hervida, o una casa de la cual ser echado. Siquiera tienes un cine al cual cada mes puedes ir. Y eso es lo más importante, nuestras aspiraciones, el pobre es pobre no porque le falte lo material, sino porque le faltan aspiraciones. Nomás por eso te preguntaba. Para que dimensiones. Diez por ciento, cabrón. Gugléalo.

Y se reclinó satisfecho para beberse de un solo sorbo, pero un sorbo lento y señorial, su tequila reposado. Luego puso el caballito sobre la mesa y tocó su borde con la punta de un dedo.

—Ponme otro de una vez.

* * *

El tercer bisabuelo posible era en verdad distinguido. Hilda había encontrado una su foto en la que se le veía de pie junto a la pintura de un muchacho desnudo estirándose sobre una cama. La foto estaba censurada justo en el centro, pero presumiblemente mostraba el sexo del muchacho. Se llamaba "El nacimiento del hombre" y la nota que halló consignaba que el señor Wilde había sido expulsado del país a causa de la exhibición de esta pieza pornográfica. La foto había sido tomada como una especie de acto de humillación: fotografiarlo junto a su obscenidad como quien es cubierto de brea y plumas, pero el señor Wilde posaba con gran dignidad, como consciente de que esa imagen tendría más carácter que la gente que lo maniataba. Estaba erguido, con una mano detrás y la otra hecha un puño cruzado sobre su estómago. Hilda no podía estar segura, pero le pareció que el saco estaba roto a la altura de un hombro. Este señor Wilde era ciudadano británico, nativo de Belice, a donde había sido deportado. Ahí había muerto con un año de diferencia respecto al Wilde de Alabama. Nada se decía sobre si había tenido hijos o no.

* * *

Rara vez hablaba Eleazar del origen del dinero familiar, sólo repetía que cada generación se había encargado de consolidar la fortuna de los Wilde. Pero en una ocasión, cuando Eleazar hablaba de la herencia, Roberta lo había interrumpido para precisar:

—La riqueza de los Wilde comenzó cuando ya no había señor Wilde, y la hizo tu abuela, trabajando como mula en una ferretería.

Hilda no recordaba la cara que había puesto su padre, sólo, precisamente, que de pronto se había como evaporado, se había hecho no recordable.

Le vino a la mente la escena cuando el mesero Kiš se les acercó a ver qué necesitaban y su padre había decidido que era buen momento para compartir un poco de su sabiduría.

—Te voy a decir qué es lo que se me ofrece. Que me hables de ti, que me hables como a un amigo.

—¿Señor?

—Dime qué planes tienes para ti. Cómo te ves en el futuro.

El mesero sonríe, no está nervioso, posiblemente está molesto, pero sonríe. Eleazar lo interpreta como una invitación a continuar.

—¿No te interesa, por ejemplo, poner tu propia empresa?

El mesero guarda silencio durante una respiración entera, midiendo sus palabras, luego responde:

—Cómo no señor. Pero por ahora estoy preocupado por salir adelante esta semana, es para lo que me alcanza.

Eleazar mira de reojo a Hilda en gesto de “¿Ves lo que te digo?” Luego se vuelve hacia el Kiš.

—Te voy a decir una verdad como un templo.

* * *

Cuando Hilda se busca a sí misma en internet, salen

invariablemente al menos otras veinte o treinta Hildas con su mismo nombre. Lo descubrió porque una pequeña enemiga en su escuela había estado insultando por semanas a una homónima cuya ausencia de foto en el perfil favorecía las confusiones. Desde entonces miraba la información de las otras Hildas y se preguntaba qué clase de unidad le ofrecían al mundo; si entre todas componían una Hilda ideal, o varias Hildas ideales, admirablemente sagaces, temiblemente malvadas o adorablemente simpáticas. Quizá nunca terminaría de ser una sola de ellas, decidió. Todas hemos sido animales de rancho con miedo a brincarse las trancas.

Esa decisión se parece al gustito que siente al guardarse en el despeñadero de los labios cada una de las versiones que puede sorrajarle a Eleazar:

el bisabuelo Wilde era un desertor fratricida sin ningún interés en prestar su semen para una estirpe de trepadores.

O:

el bisabuelo Wilde había sido un hombre de campo, pacifista y con dotes artísticas.

Sí, ésta; no era un golpe seco ni simple, pero era de los que noquean sin anunciarlo.

Pero entones fue que Eleazar terminó su pequeño discurso sobre los grises de la vida y pidió al mesero Kiš que tomara la foto.

* * *

Todas las fotos son idénticas, pero ésta es la única en la que los cuatro están mirando a la cámara.

Ø Ø Ø

Yuri Herrera
Nació en Actopan, Hidalgo, México, 1970. Ha publicado los libros para niños ¡Éste es mi nahual! y en 2012 Los ojos de Lía; y las novelas Trabajos del reino, Señales que precederán al fin del mundo, y La transmigración de los cuerpos. Las tres novelas han sido traducidas a varias lenguas. Recientemente publicó una recopilación de algunos cuentos suyos bajo el título Talud. Ha sido profesor de Narrativa y de Teoría literaria en varias universidades de México, Francia y EU. Editor fundador de la revista literaria El perro. Vive actualmente en Nueva Orleans, donde da clases de literatura hispanoamericana en la Universidad de Tulane.

La vida en otro lugar

Every time a friend of mine succeeds,
a little something inside of me dies.

Gore Vidal

Sucedió hace un par de años, en esa época en la que mi mujer y yo alquilamos el apartamento. Habíamos recurrido a una agencia que nos recomendó un amigo mío y que cobraba comisiones muy razonables. Después de visitar edificios en todos los barrios de Barcelona, seleccionamos dos: uno en la calle Mistral, cerca de Plaza España y el otro en la calle Carolines, en el barrio de Gràcia. El de Mistral era un espacio soleado, con una pequeña veranda que Alina imaginó inmediatamente como un jardín interior. La arquitectura no era especialmente bonita. Se trataba de uno de esos edificios cuadrados sin demasiado encanto que abundan en esa zona, pero que a ella le parecen amplios. El piso de Gràcia, en cambio, estaba en un entresuelo, en la acera izquierda de la calle Carolines, viniendo del metro Fontana. El edificio era antiguo y con buenos acabados. El ascensor de madera que hacía juego con la puerta modernista, las columnas y los arcos dentro del apartamento, le daban cierta distinción. En pocas palabras, era un piso con mucho estilo, un lugar en el que se podían organizar cenas agradables, una casa de la cual enorgullecerse. Por desgracia, en ese sitio el sol entraba a duras penas y por la parte de enfrente. El patio interior, al que daban las 3 habitaciones, debía iluminar los apartamentos de arriba pero no conseguía llegar hasta aquella planta. Esa fue la razón por la que no lo elegimos de inmediato. En

sus ratos libres, Alina trabajaba como ilustradora de cuentos para niños y prefería un lugar luminoso. Durante el fin de semana, le estuve dando vueltas al asunto y me decidí por el piso de Gràcia. ¿Qué importaba la falta de sol si siempre invitábamos a la gente por las noches? Además, Alina no dibujaba tan seguido como para que esa actividad secundaria constituyera una razón de peso. Cuando lo hiciera, podía utilizar una lámpara de diseñador que imita perfectamente la luz del día. Le prometí que yo mismo me iba a encargar de instalarla.

El lunes por la mañana, llamamos a la agencia para comunicarle que habíamos elegido el piso de Carolines pero el empleado nos respondió que ya no estaba disponible.

—Digamos que está muy comprometido. Lo ha reservado una pareja joven con dos niños.

—Nosotros ya tenemos el expediente completo —argumenté inútilmente. —¿Por qué no nos lo alquila de una vez?

Pero el encargado dijo que no era posible. El matrimonio había pagado ya la reserva y eso significaba atentar contra las políticas de la agencia.

—Si hay algún cambio o tardan más de la cuenta en traer los papeles, se lo haré saber de inmediato —prometió antes de colgar.

Esa misma tarde, Alina pasó a la agencia para pagar la reserva de la calle Mistral. Yo en cambio seguí imaginando mi vida en Gràcia: los paseos que daría por el barrio, el cine Verdi, los cafés en las terrazas, el Teatreneu. Estaba seguro de que vivir cerca del teatro me ayudaría a regresar a él. Antes de que pasara un año, estaría trabajando en alguna obra Y así, conforme pensaba en el porvenir que deseaba tener, el apartamento de Gràcia se fue volviendo a mis ojos más y más indispensable. El jueves, sin embargo, la agencia me llamó al móvil para confirmar que el piso ya estaba alquilado. De modo que no hubo más remedio que mudarnos al de Plaza España.

Durante el mes de julio, Alina y yo nos dedicamos a renovar nuestra casa. Pintamos las paredes y el techo, arreglamos los armarios y

pusimos el jardín interior que ella había imaginado. Al terminar, decidimos tomarnos unos días en el pueblo de mis padres. Cuando volvimos del campo, el olor a pintura ya había desaparecido. Sin embargo, desde la primera noche, tuve la impresión de que el lugar seguía siendo inhabitable. No tenía ninguna razón para pensarlo, así que preferí no decirle nada a Alina. Ella, en cambio, estaba feliz con los resultados de sus reformas, y los colores que habíamos puesto en la sala.

En el otoño, establecí una nueva estrategia para volver a actuar. Ésta consistía en frecuentar a los jóvenes que probablemente aún sentían algún respeto por los actores de mi generación. De modo que organicé varias cenas para conocer a un par de directores nuevos. Llevaba más de dos años trabajando en una dependencia de la Generalitat y tres sin pisar el escenario. Según Alina, debía darle gracias al cielo por ese empleo de mierda y dejar el teatro para los ratos libres, como hacía ella con la pintura. Los invitados a las cenas nos felicitaban por el apartamento, pero nunca me ofrecían trabajo en ninguna obra, ni siquiera como ayudante de escenografía. Se acercaba el invierno y la situación era más o menos la misma. Conforme pasaba el tiempo, me iba invadiendo una sensación indefinible, demasiado serena para llamarla ansiedad pero lo suficientemente desagradable como para pasar inadvertida. Tenía la sospecha de que muy cerca de mí, algo se estaba fraguando, algo que no alcanzaba a ver pero que me concernía por completo. Empecé a caminar por las tardes para tranquilizarme. Después del trabajo, vagaba por la ciudad sin ningún rumbo establecido. Mis paseos terminaban muchas veces convirtiéndose en giros gravitacionales al rededor de un teatro. El Romea, si estaba en el Raval o el Lliure, más cerca de casa. Muchas veces ni siquiera me acercaba hasta la puerta para ver la cartelera, sino que permanecía en las calles aledañas esperando la salida de la gente que, después de la función, se precipitaba hacia los bares y los restaurantes del barrio. Me bastaba con respirar el aire de intensidad que inunda a los espectadores tras una buena representación, esa intensidad que yo mismo había sentido tantas veces y que, en la adolescencia, me había llevado a creer que había nacido para actuar.

Fue uno de esos paseos el que me acercó de nuevo a la calle Carolines. Desde que habíamos terminado las reformas en el piso de

Mistral, pensaba mucho menos en el otro apartamento. Ahora el piso de Gràcia formaba parte de esa lista interminable de cosas deseadas que nunca habían ocurrido y a las que creía haberme resignado. Sin embargo, una vez cerca del metro —y a pesar del frío que estaba haciendo aquel día— me fue imposible no asomarme al edificio. Total, eran sólo dos cuadras después de Fontana, no iba a retrasarme demasiado. La calle estaba bastante oscura. Desde la esquina, distinguí las ventanas encendidas en el entresuelo. Al acercarme un poco, escuché el eco de una música. Advertí que había una lámpara de pie justo en el sitio donde yo había planeado poner una y también me pareció que había un par de macetas. Permanecí ahí durante algunos minutos, imaginando que aquellas siluetas que distinguía en la ventana eran la mía y las de mi familia. No la mía y la de Alina, sino las de una familia distinta, una esposa y unos hijos que no conocía pero que me inspiraban un cariño profundo y a la vez insoportablemente triste, como el que inspiran los seres queridos que hemos dejado de ver.

Cuando llegué a casa, Alina había hecho la cena y me esperaba leyendo en el comedor. Fui a lavarme las manos y, al mirar el espejo, sentí que un individuo distinto se había apoderado de mi rostro. Pensé en la otra casa durante toda la noche. No abandonaba la idea de que ese piso era el más adecuado a mis gustos y a mi manera de ser, de la misma forma en que el de Mistral le correspondía más a Alina. Me dije, para consolarme, que un apartamento era en cierta medida similar a un hijo donde se mezclan los genes de dos familias. En nuestro caso, habían triunfado los gustos de mi mujer, quizás me tocaría a mí en la próxima ocasión.

El viernes siguiente, al salir de la oficina, me dirigí de nuevo al edificio. En esos días oscurecía temprano, así que ya era de noche cuando bajé en el metro Fontana. Esta vez, sin embargo, no había luz en el apartamento. Casi todas las ventanas de la finca estaban cerradas. “Es normal, pensé, a esta hora, nadie está en su casa.” De modo que decidí sentarme en el café que había en la acera de enfrente. Elegí una mesa cercana a la calle y pedí un descafeinado con leche. El sitio tenía todo el estilo de los garitos de Gràcia, bohemio y afrancesado, con luces bajas y algunos afiches colgados en la pared. En uno de ellos distinguí la cartelera del Teatreneu. Estaban dando otra vez *Ubu President*, la obra de Alfred Jarry,

trasladada al contexto político de Cataluña. La temporada se extendía hasta el final del invierno. Aunque me habían hablado bien de la obra en varias ocasiones, había preferido no ir. Xavi Mestre, el actor principal, un muchacho moreno y musculoso, había sido compañero mío en la escuela de artes. Después de la carrera, Xavi había viajado a Italia y luego a Dinamarca para formarse con Eugenio Barba. Al volver, el teatro catalán lo acogió como a un mesías y le dieron los papeles que hasta entonces nadie de nuestra generación había logrado obtener. Mientras bebía lentamente mi café, alternaba la mirada entre el cartel del teatro y la puerta del edificio. Dos lugares a los que no tenía acceso más que como espectador.

En esas estaba cuando vi que una mujer se detenía frente a la finca principal. Debía tener poco más de treinta años. Era delgada y rubia, llevaba el pelo recogido de una manera casual aunque elegante. Un cochecito de bebé y un niño pequeño esperaron a que abriera la puerta. El rostro que observé durante un par de segundos me pareció hermoso. Pocos minutos después, la luz se encendió en el entresuelo. La silueta del niño apareció en la ventana y, más hacia el fondo, la mujer con el bebé en los brazos. La atmósfera cálida del apartamento se derramaba hasta el café de la esquina. Seguí observando unos minutos, luego pagué el consumo y regresé a mi casa. Esta vez, Alina ya había cenado y me recibió en la cama frente al televisor.

Al día siguiente, nos levantamos juntos como era la costumbre. Desayunamos con calma y, también conforme a la costumbre, cada uno salió de la casa en direcciones opuestas. Pero en vez de tomar el metro hacia mi trabajo, al llegar a Plaza España me subí en la línea verde que recorrí como un zombi hasta llegar a Fontana. Tuve que esperar una hora en el café, antes de ver salir a la inquilina del apartamento. Por el atuendo del crío, me pareció que iba a llevarlo al colegio. Dejé unas monedas sobre la mesa y me dispuse a seguirla.
Esa semana, me di de baja en la oficina pretextando una gripe y durante cinco días consecutivos me dediqué a perseguir a la mujer por las calles de Gràcia. Tres días fueron suficientes para conocer sus hábitos y sus horarios: después de dejar al niño, volvía a casa y alimentaba al bebé en el sillón de la sala hasta las diez. Más tarde,

iba con el cochecito hasta la plaza de la Virreina donde se sentaba a leer en un café hasta la hora de la comida. Después recogía al hijo que iba al colegio y regresaba a casa. Casi nunca salía por la tarde. El resto de mi tiempo —es decir, las horas que no dedicaba a mi labor de espionaje— me parecía intrascendente. Mi propia vida era comparable a los anuncios televisivos que interrumpen una apasionante película. No podía hacer nada al respecto, excepto soportarlo con paciencia. Alina empezó a hacer comentarios irónicos, decía que últimamente estaba en otra parte. Pero yo le hablaba siempre de mi conflicto profesional.

La mañana del jueves, cuando salí de casa para subir al metro, estuve a punto de que me arrollara un camión de la basura y eso que nunca van de prisa. Me dije que mi mujer tenía razón: debía dejarme de tonterías y concentrarme en mi trabajo, pero eso no me convencía del todo, como tampoco me convencía vivir en una calle de burócratas e inmigrantes, llena de excrementos de perro, ni que hubiera graffiti en los muros del metro. No me convencía el acento tan barcelonés que tenían los empleados de mi trabajo, ni el sabor del cortado en el bar de la esquina. Nuestro barrio no estaba mal, el edificio no estaba mal, el piso tampoco pero, por más que mirara a mi alrededor, no encontraba nada que estuviera bien. La vida me parecía injusta en todos los aspectos. Siendo actor de profesión, podía fingir el mismo conformismo que expresaban mis vecinos, pero seguía preguntándome en cuál año o en cuál kilómetro había salido de la autopista que conducía al destino que, según yo, me correspondía o por el contrario en qué esquina debía haber doblado para no salir a esa calle llena de coches, esa avenida veloz hacia los parques frustrados de la cuarentena. Mi intuición me decía que algo bueno me esperaba en el apartamento que no habíamos alquilado. Algo inusual y refrescante como un nuevo comienzo tras varios años de infelicidad.

Conforme pasaron los días, dejé de resignarme al papel de testigo y la discreción empezó a volverse insoportable. Quería hablar con la mujer, ganarme su confianza y lograr que me invitara a su casa. No podía seguir esperando y la mañana del viernes, me decidí a interceptarla en el café de la Virreina.
Era una mañana soleada de inverno en las que no hace demasiado frío y es agradable sentarse en una terraza. Ella se quitó el abrigo y

pidió un café. Sentado a un par de mesas de ahí, sentía cómo las pulsaciones de mi corazón se iban acelerando. Sin embargo solté la pregunta a bocajarro, con naturalidad:

—¿Estabas en la Escuela de teatro verdad?

La inquilina levantó la mirada. Sus ojos azules se clavaron en mí durante unos segundos.

—Yo no —contestó la mujer con un acento extranjero que no supe reconocer. Pero mi marido sí que estuvo en esa escuela.

Conversamos durante algunos minutos. Me contó que era danesa y que había estudiado escenografía en Copenhague hasta que decidió mudarse a Barcelona para casarse con un hombre que era actor. Antes de que pronunciara el apellido de su esposo, comprendí que estaba hablando con la mujer de Mestre.

—No me digas que estas casada con Xavi, el discípulo de Eugenio Barba —dije con admiración fingida.

Aparenté un interés genuino por la carrera de mi ex-compañero; recordé en voz alta las tres anécdotas escolares en las que había coincidido con él, amplificando descaradamente la importancia de nuestra relación. Ella parecía encantada y me escuchó atentamente mientras se lo permitieron sus obligaciones maternales es decir antes de salir disparada hacia el colegio de su hijo.

—Es tan raro encontrar a gente de esa época. Los compañeros de Xavi casi nunca vienen a sus representaciones. Deberíamos vernos otro día —dijo mientras se levantaba. Me dejó una tarjeta con su nombre, su dirección en la calle Carolines y un número de teléfono. Se llamaba Josephina y usaba su apellido de casada.

Volví al trabajo esa tarde y metí la tarjeta en un cajón. No tenía la menor intención de llamarla y tampoco de volver a pasear por sus rumbos. Sin embargo, las cosas no terminaron ahí. Tres semanas después, Alina me telefoneó para decirme que Xavi Mestre había llamado esa tarde.

—¡Quiere que vayamos a cenar a su casa! —me anunció con incredulidad, como si en vez de eso me hubieran nominado a un Oscar.

—¿Y qué le dijiste? —pregunté temeroso.

—Le dije que el viernes nos venía perfecto. ¿Y a qué no sabes en que calle viven?

—Si lo sé. —Respondí. —Fueron ellos los que nos ganaron el piso. —dije, para ver si Alina me hacía el favor de odiarlos un poco. Olvidaba que ella siempre había preferido nuestro apartamento.

Aunque nunca habíamos sido amigos, Xavi se comportó como si realmente le diera gusto volver a verme. La cena fue una delicia y el piso estaba mucho más hermoso que un par de meses atrás, cuando nos lo había enseñado la agencia. Yo por mi parte, encontré a Mestre muy cambiado, envejecido y escueto, más parecido al rey Ubu que al chico que había conocido quince años atrás. Me pregunté si estaba enfermo o si su aspecto era consecuencia de una temporada tan larga. Sin embargo, en vez de volverlo lastimoso, esa vejez prematura acentuaba su aire de superioridad. Durante la cena, me aseguró que los compañeros de la escuela de teatro no querían saber nada de él desde que había vuelto a España. Pero a pesar de la guerra encarnizada que le había hecho el sindicato, los directores nunca pusieron en duda su talento.

—Es normal que todos esos actorzuelos te detesten —dije para complacerlo—. Te deben tener unos celos...—y en el acto me gané su simpatía.

Durante la cena, me levanté dos veces para ir al baño. Así fue como pude descubrir las otras habitaciones, tan espectaculares como la sala. En el pasillo había fotos enmarcadas de Xavi en el escenario y también una placa conmemorativa. Todos los muebles y los objetos de ese lugar me parecían familiares y por eso sentía una sensación de pertenencia difícil de soportar. Esa casa era casi mía pero por una razón incomprensible, no podía vivir ahí.

Casi al final de la noche, Mestre me preguntó por qué había dejado

de actuar. Iba a decirle lo que siempre contesto, es decir, que prefiero tener una vida estable y segura con una casa bonita donde podrán vivir los hijos que tendré con Alina, pero no me atreví. Me alcé de hombros y respondí que no soportaba el medio artístico y por eso había preferido alejarme. Él comprendió perfectamente.

Fue una velada extraña. Hablamos mucho de la escuela, de nuestros sueños de antes, del camino que cada uno había elegido. Xavi me describió la obra y sus relaciones con el teatro catalán que no estaban tan bien como yo había imaginado. Me sorprendió que se sincerara conmigo de esa forma. En su voz noté cierta amargura que entonces yo no supe descifrar.

Hablamos y bebimos hasta la madrugada. Prometimos seguir en contacto e invitarlos a cenar la próxima vez. No recuerdo exactamente cómo volvimos a casa. Cuando me desperté, mi adolorida cabeza era un pantano putrefacto. Alina me miraba fijamente. Pocas horas después, me reclamó mi interés por la mujer de Mestre. Me pidió que no volviera a verla. Aún así, llamé esa misma tarde para agradecerles la cena. Josephina, quien me atendió el teléfono, me explicó que Xavi estaba enfermo y se negó a comunicarme con él. Mis sospechas acerca de su salud se agudizaron.

—En general lo lleva bien —había dicho ella. Pero hoy no ha podido ni levantarse de la cama.
Su voz me dejó preocupado. Ninguno de esos días pude quitarme a Josephina de la cabeza. No lograba distinguir si lo que me atraía era ella, su personalidad y su boca o si mi fascinación se debía a que era la esposa de Xavi Mestre. Un hombre a quien le envidiaba absolutamente todo, incluida su relación conflictiva con el teatro catalán.

Aquel fue el diciembre más frío del que tengo memoria. La humedad se nos metía en los huesos y Alina seguía enfadada. Volví varias veces al piso de Carolines, pero sin ella. Recuerdo esas visitas a Xavi Mestre como lo único interesante que hice aquel invierno. Bebíamos orujo y jugábamos al ajedrez en su estudio donde la luz del sol no entraba casi nunca. Mientras jugábamos, él se distraía recordando nuestro pasado común en la Escuela de teatro. Yo no

podía creer que, después de semejante éxito, sintiera nostalgia por esa época tan miserable.

Una tarde, entre copa y copa, me anunció que no iba a terminar la temporada de *Ubu*. Cuando le pregunté la razón, me mostró unas hojas con el logo de la clínica CIMA.

—El doctor dice que sería mejor suspender la temporada pero en vez de eso Rigola le ha pedido a un cretino que me remplace. ¿Puedes creerlo?

El niño se puso a gritar en la habitación continua. Cuando le pregunté qué pensaba hacer al respecto, respondió:

—Algo se me ocurrirá. Le pese a quien le pese, yo voy a seguir trabajando.

Bajé las escaleras sorprendido por su respuesta. Enfermo como estaba, el hombre desbordaba confianza en sí mismo. Al salir del edificio me encontré con Josephina. Me esperaba en el mismo café donde yo había espiado tantas veces su apartamento. Tenía los ojos hinchados.

Me senté con ella en una mesa del fondo. Hablaba en voz baja, como si temiera que los otros clientes escucharan lo que iba a decir. Me explicó la gravedad de los últimos resultados. Según ella, la enfermedad de Xavi era la consecuencia de varios años de trabajo sin descanso, pero él era un necio además de un egoísta. También se expresó con amargura del director que lo había echado a la calle como un perro. Yo intenté calmarla: pedirle a Rigola que suspendiera la temporada porque Xavi estaba enfermo era un suicidio que además perjudicaría a los otros actores. La cogí de la mano. Pero ni mis palabras ni mis gestos de apoyo lograron que se sintiera más tranquila.

A partir de ese momento, aumenté la frecuencia de mis visitas. Iba tres o cuatro veces durante la semana, excepto los sábados y los domingos. Ni siquiera me tomaba la molestia de pasar por casa. Al salir del trabajo, subía al autobús en Mayor de Gracia y me detenía unas calles antes, para pasar al supermercado. Si algo puedo decir

en mi favor, es que siempre llegaba con algo de comer. Cada tarde, me ofrecía a poner la mesa, cambiaba al bebé o jugaba con el niño. No me costó ningún trabajo acostumbrarme a la casa pues, como he dicho antes, siempre me resultó familiar. Al entrar dejaba mi abrigo en el perchero y el portafolios en el vestíbulo, después pasaba directamente a la cocina para guardar las cosas que había comprado. Poco a poco me fui convirtiendo en un miembro más de la familia. Conocía perfectamente el lugar de cada plato en la cocina, sabía poner la mesa y hasta cambiar la ropa de cama si era necesario. En el baño, donde me gustaba sentarme largamente, encontraba siempre mis dos revistas favoritas.

Tal y como lo había anunciado, Xavi siguió trabajando. En cuanto dejó la obra, empezó a escribir una novela. Según Jospehina estaba corrigiendo un manuscrito guardado durante más de diez años, una parodia del ambiente artístico español, en particular el de Cataluña. Verlo trabajar era humillante. Estoy seguro de que su disciplina y su concentración habrían hecho sentir mal a cualquiera, no sólo a una rémora como yo. A la hora de la cena, Josephina tocaba varias veces a la puerta del estudio para ver si quería acompañarnos o si prefería que le lleváramos la cena a su escritorio. Cuando aceptaba comer con nosotros era siempre él quien ponía el buen humor en la mesa. Escogía algún disco, encendía una vela. Los niños ya estaban durmiendo a esas horas y nos sentábamos solos a disfrutar de una buena sopa caliente. A diferencia de mí, él comía cada vez menos. A veces, estaba tan cansado que le costaba trabajo sostener los cubiertos. Aún así consiguió terminar la novela.

Poco tiempo después, Xavi ingresó en el hospital de San Pau. Josephina lo acompañaba la mayor parte del tiempo y, por supuesto, las tareas de su casa se multiplicaron. Traté de ayudarla en todo lo posible, atendía las llamadas al teléfono y aprovechaba para borrar del contestador los mensajes chantajistas de Alina, quien para entonces ya había adquirido la costumbre de insultarme. Pero yo no tenía tiempo para sus ataques de celos, debía ocuparme de bañar a los niños, de prepararles la cena y de acostarlos a dormir. Así fue como empecé a quedarme por las noches. Primero en el sofá, luego con los niños que siempre tenían miedo, y cuando Jospehina se quedaba en el hospital, también dormía en la cama conyugal.

Xavi murió antes de que terminara el invierno. Lo velamos en Pedralbes. Fue un funeral triste, con más periodistas que amigos. Estuve ahí toda la mañana. Mi mujer no apareció y preferí no insistirle en que lo hiciera. En la tarde, Josephina y yo coincidimos en el café del velatorio. Nos sentamos en una de las mesas. Se estaba bien ahí. Hacía menos frío y el vaho en las ventanas impedía ver las lápidas del jardín. Recuerdo que llevaba una chalina gris de cachemira. Cuando busqué su mano, me di cuenta de que ya no la deseaba. Estoy seguro que no tenían que ver ni su dolor ni las circunstancias dramáticas. Le pregunté por los niños y me contó que su madre se los había llevado a Dinamarca esa misma mañana. Me dio las gracias por haber estado tan cerca en los últimos días.

—Le demostraste a Xavi que no todos los actores son tan infames como él pensaba.

Me limité a sonreír modestamente.

Cuando nos despedimos, Josephina me anunció que pensaba regresar a Copenhague y me preguntó si me interesaba retomar el alquiler de su apartamento. Le pedí que me diera unos días para pensarlo.

ø ø ø

Guadalupe Nettel
Nació en la Ciudad de México en 1973. Es doctora en Ciencias del Lenguaje por la École des Hautes Études en Sciences Sociales de París. Es autora de cuatro colecciones de cuentos (Juegos de artificio, Les jours fossiles, Pétalos y otras historias incómodas y El matrimonio de los peces rojos), y de las novelas El huésped, finalista del Premio Herralde, publicada simultáneamente en francés por la editorial Actes Sud, El cuerpo en que nací y Después del invierno, ganadora del premio Herralde 2014. Ha sido traducida a más de diez idiomas, entre ellos francés, inglés, italiano, alemán, sueco, noruego, portugués y holandés. Ha recibido varios reconocimientos como el Premio Anna Seghers (2009), el premio de

Narrativa Breve Ribera del Duero, el premio franco-mexicano Antonin Artaud (2008), el Premio Nacional de Cuentos Gilberto Owen (2007) y el Prix Radio France Internationale (1993), entre otros.
Hasta el 2010 dirigió, junto con Pablo Raphael, la revista Número 0, un proyecto de intersección entre las culturas iberoamericanas y francófonas.

Los leones de norte

Lo que la gente debería comprender sobre este asunto tan sórdido es precisamente lo que no puedo explicar. Sonaría ofensivo. Políticamente incorrecto. Y probablemente sería hasta perjudicial, dado el papel de villano que algunos medios me quieren asignar. Pero es la verdad.

El teléfono ha dejado de sonar por primera vez en toda la mañana. Sin embargo, Rodrigo, mi asistente, ha comenzado a llamar a la puerta de mi estudio, seguramente con más solicitudes fastidiosas. Yo no hago caso. Sentado en mi silla ante el escritorio, me concentro: ¿cómo enunciaría, si pudiera, lo que sé? Por supuesto consigo articularlo.

Uno: soy un escritor reconocido y estoy creando una obra importante. Sin falsas modestias. Sin mentiras. Mis novelas dan sentido a porciones importantes de la actualidad, como lo demuestran los estudios académicos que se han hecho sobre ellas, los premios que he recibido, el afecto de mis lectores, etcétera. No sólo se me celebra aquí, en México, sino en el resto de Hispanoamérica, y siempre soy de los que viajan a las ferias del libro y los encuentros internacionales en países de otras lenguas.

Dos: como mi obra es importante, tengo la obligación de darle todo el impulso que pueda. Justamente para que llegue a todos aquellos a quienes pueda servir. Para prestar esa voz, por cursi que pudiera

sonar, a quienes no tienen una. Esa es la labor humilde que nos toca realizar a los artistas. Las otras recompensas que podemos llegar a tener vienen después.

(Ahora Rodrigo me está llamando. —Maestro García —dice, sin alzar la voz, aunque sé que debe estar preocupado. Y vuelve a tocar la puerta. Pero esto que hago es más importante.)

Tres: la obligación de dar impulso a la obra implica, entre otras tareas, la de mantener una presencia constante en los medios. No podemos fingir que vivimos en los tiempos de Voltaire y su granja, de Thoreau encerrado en la finca de Walden. ¿No estamos de acuerdo todos en que el escritor no puede vivir en su torre de marfil? Tiene que salir de ella a mezclarse con la gente. Y el modo de hacerlo es publicando constantemente en los periódicos, las revistas, las porciones responsables de internet.

(—Maestro García, disculpe —vuelve a decir Rodrigo. Está realmente nervioso. En circunstancias normales sabe cuándo no debe insistir. Pero ya estoy terminando.)

Cuatro: como las de todo ser humano, mis fuerzas son limitadas y deben concentrarse en mis novelas. No soy una máquina ni una "agencia de contenidos", como se dice ahora.

Ésta es la razón por la que he recurrido, quizá con más frecuencia que la que hubiera sido prudente, a tomar texto de otros e incorporarlo en artículos, ensayos, pequeñas viñetas narrativas. Si pudiera decirlo en voz alta debería recalcarlo: todo eso, lo que aparece en mis columnas y mis colaboraciones para revistas, es parte menor de mi trabajo, accesorios de lo realmente importante. Hay gente que intenta y logra incluso crear una obra mayor desde los medios: los periodistas de fuste, por ejemplo, como Caparrós o Kapuscinski. Yo no: mis inclinaciones y habilidades me obligan a escribir (a *intentar* escribir, sí, por supuesto; pero ya lo he logrado) grandes novelas, que toman mucho tiempo.

—Tengo que estar presente entre la gente—digo en voz baja. Es un mal endecasílabo, resulta melodramático y suena lo bastante alto para que Rodrigo me oiga.

—¡Maestro García! —dice una vez más, y la urgencia en su tono, la rapidez de sus golpes a la puerta, son inconfundibles. Puedo ver los signos de admiración, como digo a veces para hacer reír a las secretarias y empleadas de la oficina.

—Ya voy —digo, y me levanto. ¡Pobre muchacho! Él entiende lo absurdo de lo que me está pasando sin que tenga que decírselo. Me ha ayudado mucho en este tiempo, igual que en los años que lleva trabajando para mí. Cuando empezó este último escándalo, rebuscó en la red hasta encontrar varios artículos que defienden el "plagio" como apropiación justa y necesaria en el presente y en la historia entera de las artes y me los ofreció. Pero, desde luego, no puedo invocar ningún texto así para defenderme. De hecho no puedo invocar texto alguno—. Qué ocurre —digo, con voz agria, al abrir la puerta.

Rodrigo es delgado y moreno, camina un poco encorvado y lleva el cabello largo y atado en una cola. Viste playeras con lemas (hoy trae una negra, con un lema en caracteres rojo sangre). Estudia letras en la Universidad y trabaja conmigo de medio tiempo. Así como ahora parece la caricatura de un estudiante, un día será la caricatura de un profesor. Pero como nunca le he dicho lo que pienso de su intelecto, lo trato bien y le pago lo justo, he conseguido su lealtad.

Lo veo y pienso que si no trabajara conmigo se habría enterado de todo esto por Facebook y sentiría por mí el odio fácil que sienten otros. Me está mirando, predeciblemente, con cara de preocupación.

—Vinieron —me dice, vacilando—. Es decir, los… Están aquí.

De inmediato entiendo a quiénes se refiere. Y me evado: por un momento no escucho el resto de lo que dice.

¡Qué fea palabra es "plagio"! De ella viene también "plagiario", que suena a secuestrador. Me imagino exhibido por la policía como parte de una banda de secuestradores, de los que cortan orejas y dedos y luego matan a sus víctimas incluso si les pagan el rescate, y se me revuelve el estómago. Los artículos que me dio a leer Rodrigo no estaban nada mal: la mayoría era de autores mexicanos, jóvenes y también –en algunos casos– prestigiosos. He visto personalmente

a dos o tres de ellos en cenas y eventos exclusivos, o bien los he invitado a actividades de las que organizo en la Secretaría. Y aunque no parecen tener mucho afecto por los "plagiarios" de cierta edad y renombre –Saramago, Pérez Reverte, Bryce Echenique– dicen la verdad. ¡Por supuesto que la dicen! Shakespeare reprodujo pasajes de Montaigne en La tempestad. Lautréamont transcribió fragmentos del Apocalipsis en los *Cantos de Maldoror*…

De nuevo sin falsa modestia, yo tendré mi lugar, acaso menos elevado pero mío, ganado a pulso, entre esos autores admirados. Todos los cuales, digan lo que digan sus enemigos, tienen una obra mayor irreprochable, al igual que la mía. Propia de su tiempo y de sus circunstancias. He empeñado la vida en ella. Y cuando muera, estoy seguro, se hablará de mis novelas y los hechos penosos de estos días quedarán olvidados, como debe ser. Con este pensamiento feliz me obligo a concentrarme en lo que Rodrigo me está diciendo. Para disimular, le digo:

—A ver, espera. Otra vez. Explícamelo otra vez.

Él se queda mirándome. Tal vez se da cuenta de lo que pasó. No lo sé. Me dice:

—Alguien les dio esta dirección, maestro. Esto no le había pasado antes, ¿verdad? Alguna de las otras veces que…

—No —me apresuro a decir, para no oír de las otras veces que he tenido estos problemas.

—Están esperando en la sala. Dicen que no tienen prisa. Como hoy es viernes la señora no está…

—¿Qué señora?

—La señora Juanita —es la persona que viene dos días cada semana a hacer la limpieza; por un momento pensé que se refería a mi mujer, que por supuesto tampoco está: ya sé que nunca puedo contar con ella cuando hay verdaderas dificultades, y ahora mismo debe estar en algún café con sus amigas, hablando mal de mí y de los maridos de ellas—. No viene hoy pero yo los puedo atender un rato. Nada más que no sé. ¿Qué les digo?

—¿Qué les dices? ¿Sobre qué?

Creo que estoy aturdido.

—Sobre el problema —me contesta Rodrigo.

Y, ah, es que precisamente ese es el problema. ¿Qué les dice él? ¿Qué les puedo decir yo?

La mejor manera de proceder cuando hay que buscar texto es, por supuesto, no buscar en Montaigne o en el Apocalipsis. No tengo empacho en reconocer que ya soy un hombre mayor y de la vieja escuela: no aspiro a hacer lo que hacen los jóvenes. De hecho no lo entiendo. No conozco las teorías que ellos mencionan todo el tiempo, no sé distinguir una remake de una intervención (o como se llamen) y Slavoj Zizek (o como se escriba) me parece un charlatán inflado e incomprensible. Uno de muchos. Yo quiero únicamente ayudarme a llenar el espacio prefijado que debe ocupar un artículo. Así que no me atrae la idea de enfatizar mis fuentes de manera obvia. Pretender más sería una soberbia inútil. Más todavía, mis columnas no son para lectores con doctorado en letras o filosofía: son textos sencillos para personas que están leyendo su periódico mientras toman el café de la mañana o necesitan relajarse durante algún trayecto, o bien a la mitad de un día pesado en la oficina. Esos lectores merecen textos que los satisfagan y estimulen tanto como los especialistas en intertextualidad y todos esos terminajos.

De modo que en vez de buscar pasajes cuyo origen pueda distraer del contenido y el sentido general del texto en el que los dispongo, rebusco en publicaciones de poca monta, de escasa tirada, de autores anónimos. Gente que tal vez sólo escribió unos pocos buenos párrafos en su vida y después declinó hasta el olvido, siempre en los márgenes, o que incluso abandonó la escritura para dedicarse a alguna otra actividad.

—Estoy pensando —le digo a Rodrigo, y es la pura verdad. No le digo que no estoy pensando en los hombres que me esperan. Pero es que no puedo. No quiero.

También busco en blogs y otros lugares parecidos. Rodrigo me ha ayudado en esto en el último par de años. Mi figura tutelar,

curiosamente, es Ludwig van Beethoven. Según la leyenda, mientras escuchaba una pieza torpe de algún compositor de su propio tiempo, merecidamente olvidado por el nuestro, Beethoven, exasperado, dijo en voz alta: “Tengo que componer esto”. Tiene todo el sentido del mundo: componer como crear y componer como arreglar, las dos cosas a la vez. Rescatar lo que el colega inepto no supo desarrollar bien y mejorarlo: lograr que alcance la plenitud de su profundidad y su belleza.

Me doy cuenta de que seguimos de pie en el vano de la puerta y me siento incómodo. —A ver, entra —ordeno a mi asistente—. Siéntate —y le señalo los sillones de ratán en los que recibo a mis visitas. Yo regreso a sentarme ante el escritorio. Debo reconocer que es como esconderme tras el mueble. Rodrigo se me queda mirando pero yo evito su mirada.

Quién sabe si la anécdota de Beethoven ocurrió de verdad: no tengo idea de si el juego de palabras (componer/componer) tendrá sentido en alemán. Pero mi trabajo es ese: encontrar el oro entre la paja, sacarlo y darle brillo. También es una actividad creativa. Unos versos mal hechos pueden quedar mucho mejor convertidos en prosa. Una narración puede ser más atrayente en primera que en tercera persona. Los regionalismos que lastran una descripción pueden ser sustituidos por términos más accesibles para públicos amplios. Y quien gana es el lector: fragmentos hermosos o al menos interesantes que no habría podido encontrar de ninguna otra manera le llegan gracias a mí, perfeccionados, en publicaciones serias y bien distribuidas.

—¿Maestro García?

Además, qué remedio, hay que reconocerlo: el lector aprecia más esos textos cuando se los ofrezco yo, que tengo mi prestigio y mi larga carrera y que he dado pruebas innegables de merecer la atención de todos los que me admiran. Eso no se logra fácilmente: se necesitan años, décadas, de publicaciones sostenidas, así como de establecer lazos en el mundo de la edición, en el del periodismo, y entre los colegas escritores. No soy ningún advenedizo, ningún pelagatos. Mis enemigos podrán decir lo que les plazca, pero lograr lo que yo he logrado no es fácil. ¿Era Borges quien decía que a cualquiera le podía pasar escribir una sola vez en la vida? ¡Traten

de hacerlo, señores, una semana sí y otra también durante sesenta años!

—Maestro García —vuelve a decir Rodrigo—. ¿Se siente bien?

Y además hay que decir esto: cuando tengo tiempo, de hecho puedo escribir artículos completos sin ayuda de nadie. Lo he hecho. Es sólo que casi nunca tengo tiempo.

—Puedo decirles que se siente mal —ofrece Rodrigo.

De pronto siento rabia. No es posible que estas peleas miserables me tengan así. El mismísimo Octavio Paz, el más grande literato de mi país, la conciencia crítica de Occidente en el siglo XX, como lo llamó no recuerdo cuál de sus partidarios, se burló de quienes llegaron a acusarlo de plagio alguna vez. Otro de los artículos que me dio Rodrigo recuerda la frase y yo me la he aprendido: "No estoy contra el plagio", escribió don Octavio, "cuando la víctima desaparece. Ya se sabe: 'el león se alimenta del cordero'". ¡Por supuesto que sí! Es el orden natural, que se reproduce en todas las actividades humanas. Y aquí, me tendrán que perdonar todas las "buenas conciencias", yo soy el león. Yo tengo derecho. Toda mi obra me respalda. ¿Quiénes son esos arribistas que quieren cuestionarme a mí? ¿A dónde habrían llegado sus escritos miserables de no ser por mí?

—No —le respondo a Rodrigo, y me levanto. Saco el pecho.

Siento cómo el cinturón me aprieta el vientre. Traigo puesto un suéter tejido que me ciñe demasiado. Hace treinta años me habría visto gallardo. De pronto pienso que realmente estoy muy gordo. Pero aparto la idea y continúo: —¿Qué te han dicho?

Este problema en particular tiene veinte años. En los noventa tuve, digamos, una fase: publicaba artículos en un par de revistas y comencé una serie muy lírica sobre la vida en las ciudades del país. La idea se me ocurrió de este modo: durante un viaje en carretera, nos detuvimos en un parador y en la tienda del mismo había un exhibidor repleto de casetes (sí, todavía se usaba esa tecnología antediluviana). Eran cintas de música regional –mariachi, norteña, etcétera–, todas de artistas desconocidos.

—Quieren hablar con usted —dice Rodrigo—. Antes de hacer cualquier otra cosa quieren hablar con usted.

Se me ocurrió la idea: ¿y si para variar utilizaba canciones en vez de textos escritos? Las letras, por supuesto. Compré todas las cintas, las guardé en una bolsa de plástico y dije a mis compañeros de viaje que me interesaba la música mexicana, lo cual no era mentira.

Ya aquí, en casa, me encerré en este mismo estudio con las cintas y una grabadora, las escuché todas con atención (las cajas no contenían las letras impresas) y rescaté numerosas frases estupendas, de auténtico sabor popular, de las voces horribles que las cantaban y las armonías cavernícolas que las envolvían.

—No quieren empezar metiendo abogado —continúa Rodrigo. Esto me sobresalta.

—¿Metiendo? —digo— ¿A dónde lo van a meter?

—Esto… Meter abogado quiere decir demandar, maestro.

—Ah. Entiendo.

—Pero ellos dicen que no quieren empezar con eso. No quieren hacer todavía una demanda.

—¡Ya entendí!

Y yo que me había olvidado de esos textos. Cada cierto tiempo dejo constancia de mi obra menor, para acompañar a mis novelas, en libros que recogen mis artículos de tal o cual época o tema, pero la verdad es que la tarea de reunirlos y darles forma no es una que me interese. Se la dejo a los editores y a mis asistentes. Rodrigo fue quien reunió este último libro: *Imágenes mexicanas*, y a partir del título su selección incluyó los artículos basados en las cintas. No hubo malicia en ello. Le dije que usara su criterio y, la verdad, el índice me pareció estupendo. Presenté el libro en la Feria del Libro de Guadalajara con gran éxito y se ha vendido bien.

—Perdón, maestro —dice Rodrigo.

Yo me siento mal ahora. Camino hasta los sillones de ratán y me

siento en el de junto al que ocupa Rodrigo. Extiendo el brazo y le doy una palmada en el hombro. Trato de sonreír.

Él sonríe con sinceridad. Pobre.

—Disculpa —le digo—. Es la tensión. ¿Cómo quedamos que se llama el conjunto? El grupo. La banda. ¿Se dice banda? Seguramente tus abuelos decían "conjunto".

No sé nada de música moderna. De ningún tipo. Para mí todo eso se terminó con los Rolling Stones. Lo que ha venido después me parece ruido. Ruido y provocaciones absurdas que no tienen nada que ver con la música en sí, por exitosas que pudieran resultar. Madonna me gustó brevemente en los años ochenta, sí, pero justamente fue por su imagen sucia. Gloria Trevi, en los noventas, hizo lo mismo, en mi opinión. Y en años más recientes me ha sorprendido cierta atracción por Lila Downs, una cantante de origen parcialmente indígena, pero es también por sus rasgos, sorprendentemente armoniosos, más que por sus canciones…

Rodrigo me dice el nombre y no lo escucho. Percibo que habla. No retengo lo que dice.

Y de música norteña yo no reconozco nada. Ni variantes ni géneros ni, por supuesto, nombres. El único que pude recordar en la mañana de hoy, mientras sonaba y sonada el teléfono, era el de Los Tigres del Norte.

¿Quiénes son los que están ahora en la sala de mi casa?

—Me dijeron —continúa; no se dio cuenta de que no lo escuché— que están sorprendidos, maestro.

Yo también lo estoy. ¿Cómo iba a saber, hace veinte años, que se iban a volver famosos? ¿Cómo iba a saber siquiera que seguirían tocando juntos, que no se iban a desintegrar para acabar trabajando en un mercado, o emigrando a los Estados Unidos…, o traficando drogas…?

—¿Eso te dijeron? —pregunto, para ganar tiempo.

—¿Sí recuerda lo que salió publicado? ¿Que alguien buscó la letra

de ellos en internet y encontró la referencia al libro de usted?

¿Cómo se llaman? De pronto esto me parece apremiante. ¿Los Ángeles Azules, me dijo Rodrigo?

¿Existe un conjunto llamado así? ¿O era Los Ángeles Negros? ¿O Rojos? ¿O Verdes?

¿O me dijo otro nombre? ¿Los Alegres de Alguna Parte? ¿La Banda Algo?

¿Los Leones del Norte?

Vamos a admitir algo sin más demora. Estoy aterrado. Soy un escritor, un intelectual. Un tipo de vida sedentaria. Estoy cerca de los setenta años. Jamás fui un hombre de acción. Soy un individuo penoso. Soy una ruina humana. Débil. Todo se lo he apostado a mi obra. Pero mis novelas no pueden nada contra un arma cargada. Y se dice que los músicos del género norteño, sea lo que sea eso exactamente, tienen vínculos con el crimen organizado. Van a tocar a las fiestas de ciertos capos. Son muertos por otros capos, enemigos de los primeros. Tienen relaciones estrechas, pues, con la gente que secuestra personas y los mutila y los mata. Con los plagiarios de verdad.

La gente que me insulta en Facebook no me afecta. No los leo. No los veo ni los oigo. Pero, sí, soy un cobarde y estoy, incluso, empezando a temblar, porque me parece que si Los Leones del Norte, presentes aquí físicamente, imposibles de ignorar, no quieren demandarme…, deben querer algo muchísimo peor. ¿Y cómo les voy a decir lo que pienso, o lo que pensé, de las letras de sus canciones?

En este momento pasa algo raro.

Rodrigo, que no ha dejado de mirarme, tiene ahora una expresión de franca alarma. Y se pasa al sillón en el que estoy y me abraza. Me abraza como un hijo. Un hijo que ama a su padre viejo, enfermo.

—Perdón, maestro —me dice—. Pero mire. No se preocupe.

¡Qué expresión de debilidad es ésta! Serán los Leones del Norte, pero león no come león.

Aparto a Rodrigo bruscamente y me levanto. Pierdo el equilibrio. Otra vez empiezo a temblar.

Rodrigo me lleva.

—No se preocupe. Vienen en son de paz. Y yo les creo. Los conozco. O sea, los he oído. Son buenos.

Abre la puerta de mi estudio. Avanzamos por el corredor. Yo me apoyo en él, en mi pobre y tonto amigo, casi como Anquises en su hijo Eneas. Llegamos a la sala.

Me sorprende que los Leones del Norte, o como se llamen, no visten las chaquetas de colores chillantes que músicos así suelen llevar en las fotos. Tampoco traen puestos los sombreros. Ni traen sus instrumentos. Sí traen botas vaqueras. Eso sí.

Uno de ellos, con cara seria como los otros, está sin embargo tendiéndome la mano.

De pronto, sin pensar, como si la cabeza se me hubiera vaciado de argumentos y de recuerdos y de todo: como si fuera un viejo cualquiera, un corderito y no un gran novelista, un escritor que va a trascender su época, le doy la mano sin mirarlo.

Ø Ø Ø

Alberto Chimal (Toluca, México, 1970).
Estudió en la UNAM, de donde se graduó como maestro en Literatura Comparada. Sus libros de cuentos Éstos son los días (2004) y Manda fuego (2013) obtuvieron respectivamente los premios nacionales San Luis Potosí de Cuento y Colima de Narrativa, y su novela La torre y el jardín (2012) fue finalista del Premio Rómulo Gallegos, uno de los más prestigiosos en idioma español. Otro de sus libros: La partida/La madre y la muerte (2015),

fue seleccionado para el catálogo internacional White Ravens, que cada año reúne los mejores libros infantiles y juveniles de todo el mundo. También ha escrito ensayo, teatro y guión de cine (la película 7:19, con guión suyo y del director Jorge Michel Grau, se estrenó en 2016). Vive en la ciudad de México y, además de escribir, imparte cursos y talleres literarios y tiene mucha actividad en línea desde el sitio literario www.lashistorias.com.mx.

Picota

“¿Qué me van a hacer?”

Ashley se arrepiente apenas sale de su boca la última palabra. ¿Qué otra cosa pueden hacerle sino ésa? Qué estúpida. Demasiadas series gringas con final feliz por el Canal 5. Con todo, el tipo de cabello teñido de naranja y corte estilo Neymar le responde sin dejar de sacar rollos de cuerda de una caja de cartón:

“Te va a cargar la verga.” Él se limpia las manos en su pantalón, de por sí manchado de grasa, como de mecánico. La mire y se ríe: “A tus amigos también, pero a ti más que a todos, morra culera.”

Ella trata de cambiar de posición: tiene las piernas acalambradas y llenas de picaduras de mosquitos. Pero los cinchos de plástico en sus tobillos se lo impiden. ¿Por qué tuvo que preguntar? Si alguien te dice la verdad a la primera es porque no te tiene miedo, porque sabe que la única persona que tendría que estar aterrada eres tú.

Siente el riachuelo de sudor bajar incesante a lo largo de su columna vertebral y anidar entre sus nalgas. Tiene las pantaletas encharcadas y no sólo de sudor. No hay baño y orinar en cuclillas con las piernas atadas no es fácil. Si Tampico en verano, al aire libre, es insoportable, aquel cuarto cerrado, sin ventanas, es una olla de agua hirviendo. El aire caliente la sume en un sueño febril. Se duerme. No sabría decir cuánto tiempo pasa así.

“¿Cómo te llamas?” La mano del tipo que se parece a Neymar

aprieta por debajo de su quijada hasta que la lengua se le sale por entre los labios. Ella piensa en una vaca muerta que alguna vez vio en la carretera rumbo al Mante, con la lengua así de fuera. Tras unos largos segundos, la suelta.

"Ashley Saraí."

Él suelta una carcajada; algunos pedazos de la sopa Maruchan que masticaba aterrizan en la cara de Ashley. La risa le impide hablar. Como no tiene las manos libres para limpiarse, ella sólo puede sacudir la cabeza para liberarse de la pasta adherida a su piel. Para él es hilarante.

"Nombre de putita". Se acerca a ella e inhala. "Hiedes a madres."

Con una serie de movimientos practicados, el Neymar la jala del cabello y la empuja con fuerza para que su cuerpo caiga de boca. Hincado, se abre la bragueta, mueve la pantaleta orinada hacia un lado y levanta aquellas nalgas con las manos. Hace un gesto de asco y la penetra. Con la cabeza ladeada sobre el cartón orinado en el que estaba sentada momentos antes, los ojos de Ashley hacen contacto con los de otro hombre al que escuchó le dicen La Jaiba. Tiene la piel cacariza y colorada, y observa la violación como la misma indiferencia con la que su abuelo inválido ve pasar los carros desde su silla de ruedas cuando lo sacan a tomar el fresco en la banqueta. Ashley cierra los párpados con fuerza hasta que ve chispitas, y las lágrimas se le salen.

Quería un iPhone, el más nuevo. Su mamá había dicho que no, que era fecha que no terminaba de pagar la lavadora en Elektra. Eso era más importante. ¿O Ashley iba a lavar la ropa a mano encorvada sobre el lavadero? No, ¿verdad? Pero su madre no era más que una pinche sirvienta y tenía una mentalidad jodida, igual que su celular pedorro del Oxxo. Seguiría siendo una chacha toda su vida. No tenía aspiraciones. ¿Por qué no sacaba un teléfono para Ashley también en abonos? Vieja tacaña.

Abre los ojos. Sus sentidos van despertando uno por uno, como si percibir todo al mismo tiempo fuera demasiado. Primero, un dolor

generalizado en el área genital la hace estremecer. Son como oleadas de ácido que se generan allí, pero salen en ondas hasta alcanzar el resto de su cuerpo. Después un olor a mierda que flota en el ambiente entra por su nariz y es registrado por su cerebro; la invaden las náuseas y tiene que suprimir el vómito. En tercer lugar llega la certeza de que la fuente de la pestilencia es ella misma y que uno de los dolores bajos corresponde a su ano. Basta bajar la mirada para ver la porquería entre sus piernas. Sus piernas, acalambradas también por la posición. Pero nada de eso importa. Tiene mucha hambre. El estómago arde, araña, se queja contrayéndose en un dolor primigenio que no había experimentado jamás. Nada como cuando iba a la preparatoria y salía con ganas de llegar a casa para ver qué había preparado su mamá. O cuando corría a la esquina para alcanzar al carrito de los trolelotes. No. Esto era un hambre seria. Que mareaba. Que se sentía como un paso más cerca de la muerte. ¿O sería sed? No podía distinguir ya entre las dos exigencias de su cuerpo. Miró a su alrededor. No estaba el chico con pelo de Neymar, pero La Jaiba la observaba sentado sobre una silla de plástico.

"Agua," dice Ashley con la garganta seca. Su propia voz es la de un monstruo.

"Lo que la princesa pida." La Jaiba se pone de pie y sale del cuarto. Ella puede escuchar cómo le pone seguro a la puerta. Está bien. Mientras regrese con agua. Escapar no es una prioridad ahora.

No sabe cuántos minutos pasaron. Se quedó dormida esperando el agua. Pero ahora la puerta se abre y entra La Jaiba. Tras él viene Neymar, balanceando una cubeta llena de agua. ¿No habrá vasos? piensa Ahsley, pero no dice nada. No importa. Nada importa. Es curioso cómo cambia el orden de las cosas. Hace poco lo más importante del mundo era tener ese iPhone nuevo y ahora todo se reduce a beber.

"¿Quieres agua, pendeja, o mejor te doy un teléfono?"

¿Cómo sabe del iPhone? ¿Alguien le dijo? ¿O puede leerle la mente? Ashley no sabe cuál de los dos hombres pronuncia las palabras porque vienen acompañadas de un golpe en cada oído. El dolor así es algo nuevo. El mundo entero se distorsiona en ondas

lejanas. Tras unos segundos, o minutos, quién sabe, lo entiende al fin. Es una broma, un juego de palabras. El teléfono. Así se le dice a los zapes en las orejas. Ella también lo hizo. Con el dorso de la mano duele más, le había dicho El Cuervo, su novio. Y Ashley le había dado con el dorso de la mano a varias de las centroamericanas que, como ella ahora, estaban amarradas sin poder defenderse. Gritaron, lloraron. La miraron con odio. Más tarde le dolería la mano, pero en ese momento ni lo notó. Te ensañas, se había burlado El Cuervo. ¿Por qué golpeaba sólo a las mujeres? No le contestó, pero ella sabía la respuesta. Las golpeaba porque eran bonitas. Eran bonitas a pesar de la jodidez de sus vidas y él las miraba. Lo había sorprendido varias veces.

La Jaiba la toma por el cabello, la hace levantarse y la empuja frente a la cubeta. Sus rodillas se electrizan antes de que las punzadas de dolor lleguen al cerebro. No puede escuchar la conversación entre sus captores porque Neymar mantiene su cabeza debajo del agua al mismo tiempo que La Jaiba se para sobre sus pantorrillas, clavándola al suelo. Se desmaya.

Había llegado a detestar con toda su alma la voz de su mamá cuando le decía que la ayudara a limpiar la casa (no puedo con todo, mija, limpio casas ajenas y estoy muerta), que se vistiera (¿cómo puedes estar en piyama todo el día?), que fuera a la escuela (antes de que la expulsaran de tres secundarias), que se alistara para el trabajo (cuando le dieron el puesto de cajera en Coppel), que no desatendiera a la niña (la única razón por la que ese tipo está contigo). Pero no era verdad. Él la amaba. La amargada de su madre qué podía saber del amor si su esposo cambiaba de mujeres como de bares. Le tenía envidia. Eso era todo.

Vuelve a abrir los ojos. Supone que perdió el conocimiento porque por un momento no sabe en dónde está. Pero todo vuelve poco a poco. Sigue encerrada en el pequeño cuarto, sus manos y pies atados igual que hace un rato, la misma hambre y sed, pero aumentadas. La única diferencia es que su cabello y su blusa están empapados. Un alivio pasajero del calor tampiqueño de verano. Tanta humedad. Con trabajo logra incorporarse y queda en la mejor posición posible considerando las circunstancias: sentada con las

piernas extendidas y la espalda contra la pared. Desde allí puede ver quién entra y sale por la puerta y no tiene que gastar tantas energías en sostenerse.

Ashley se pregunta si su novio estará por allí cerca o si logró escapar. Todo sucedió muy rápido. Pura confusión. Ruido. Gritos. Golpes. A ella la agarraron en un cuarto parecido a éste, sólo que repleto de migrantes. El Cuervo la había puesto a cargo de cuidarlos y mantenerlos "mansitos" mientras él y su amigo se ocupaban de pedir los rescates a las familias. No los mates, pero tienen que saber quién manda. Y ella, como si tuviera un don natural para la tortura, se entregó a su tarea sin pensarlo dos veces. Los llevaba al borde de la asfixia con bolsas de plástico, les aplicaba "el teléfono", les pateaba el abdomen y a veces los quemaba cualquier parte del cuerpo con la punta de su cigarro, sobre todo cuando se aburría de estar encerrada en ese lugar a donde no llegaba la señal de internet. Recibirían mucho dinero. Tendría el iPhone que quería y mucho dinero para ropa nueva. Maquillaje. Zapatos. Crédito para el celular. El Cuervo se compraría una camioneta casi nueva y la llevaría a Monterrey de compras y a una playa bonita, bien, no como la pinche playa de Madero que es para pobres.

También había llegado a odiar cualquier sonido que saliera de su hija. Sus chillidos. El pitido de su voz. Cuando pedía comida. Cuando decía que le ardía la colita porque estaba rosada. Cuando lloraba por los golpes cuando era ella la que la hacía enojar. Cuando estaba enferma y su tos no la dejaba dormir. Cuando su madre le decía que no podía cuidársela y la tenía que llevar con ella. O no podía ir a una fiesta. Cuando la miraba dormir a su lado y sabía que era una realidad que no iba a cambiar. Ya nada era igual. Cuando El Cuervo le hacía más caso a la escuincla que a ella.

Si estuvieran buscando a su novio, ya le habrían preguntado a ella. Hubieran aprovechado la tortura para sacarle información, pero no. Parece que lo hicieron por gusto, sólo porque sí. Bueno, las cosas nunca suceden sólo porque sí. Ashley sabía quiénes eran ellos aunque nadie se lo hubiera dicho. Para cualquiera que llevara viviendo algunos años en el puerto, esas cosas eran bastante fáciles de deducir. Si no estabas con unos, estabas con los otros. No era

ningún secreto para ella que El Cuervo tenía lazos desde hace tiempo con los del Cartel del Golfo. Su mamá también lo sabía y no dejaba de embarrárselo en la cara como una excusa para prohibir esa relación. ¿Pero quién no estaba con los golfos viviendo en Tampico? Era tradición. Era casi obligado. Los vendedores de películas piratas, los ambulantes, los dueños de los teibols, las teiboleras mismas, y los que se dedicaban a conseguir autopartes tomándolas de otros carros, como El Cuervo hacía a veces para completar sus gastos. A veces se ofrecía a descargar algunos de los contenedores con precursores para drogas que llegaban al puerto, pero era mucho trabajo. Había que subir la mercancía a trailers entre la que se escondía la droga y a su novio no le gustaba tanto hacer cosas físicas porque lo hacían sudar mucho, como si no tuvieran ya bastante con el clima, y eso le arruinaba sus camisas vaqueras. Pero de vez en cuando tenía que hacerlo. Era normal. Las parejas de sus amigas hacían los mismo. ¿No podía su mamá entender eso? Todo mundo lo hacía.

El Cuervo. Piensa en él y sonríe sin querer. Está enamorada. Un día de estos van a casarse. Se lo prometió. Dejaría a la idiota de su mujer, a sus hijitas, y se iría con Ashley. Pero primero tenía que salir de allí. Ahora está segura de que lo tienen también a él. Por eso no lo buscan. ¿Qué más iban a hacerle? ¿Hasta cuando la tendrían encerrada? Casi podría no importarle estar allí por más tiempo si tan solo le dieran un poco de agua y comida. Se siente mareada, exhausta, acalambrada. Tiene un dolor de cabeza de una intensidad que no conocía. Se duerme a ratos, abre los ojos, vuelve a perderse. La habitación siempre tiene el foco prendido y es imposible saber si es día o noche. No tiene idea de la hora. Intenta llorar, pero tiene los ojos secos.

Con él era todo diferente. Su madre la hacía sentir un fracaso con todos sus reclamos y exigencias; en cambio él la hacía sentir la mejor. Con él escondía sus ganas desesperadas de morir. Con él suprimía su mal humor, el frenético deseo de gritar a golpear a quien se le pusiera en frente. Si lo descubría hablando con otra podía sofocar su boca enloquecida con una toalla, de ser necesario. Podía desquitarse con la niña después. O con los mugrosos migrantes. Le causa placer el simple hecho de estar en un lugar en

donde él ha estado. Su olor. Saberlo allí. Con él era otra. La que quería ser por el resto de sus días.

La despiertan los tablazos en las plantas de los pies. ¿A qué horas le quitaron los zapatos? El chico con pelo de Neimar parece disfrutar haciéndolo. Ella gime: esos golpes deberían hacerla gritar, pero su cuerpo tiene muy poca fuerza como para hacer algo más. Apenas y se da cuenta; es como si sus sentidos se hubieran marchitado. Ya no puede oler nada. Debería percibir el sudor del Neymar tan cerca; evidentemente suda a chorros mientras la golpea. Pero no puede. Tampoco detecta ningún olor en ella misma. Él mismo la acusó hace poco de apestar. Se había meado, se había cagado encima de su ropa. ¿Por qué no puede oler nada? ¿Se está muriendo?

¿Y el dolor? Puede ver claramente cómo él golpea sus pies, pero fuera de un retumbar por todo su cuerpo, un movimiento incómodo, no siente nada más. Puede ver cómo él abre la boca en repetidas ocasiones, su rostro se distorsiona a veces como si gritara, pero tampoco escucha. Como aquella vez que fue con su mamá a la playa Miramar, de niña, y unas olas la revolcaron cuando ella hacía castillitos de arena en la orilla. Recuerda que giraba y giraba abajo del agua con los ojos abiertos, entre el agua oscura, pero sin oír nada, un silencioso estruendoso como si alguien le tapara los oídos. Cierra los ojos otra vez, mecida por los golpes y el recuerdo de ese día en la playa. Su mamá se asustó mucho y la cargó en brazos apenas las olas volvieron a escupirla sobre la arena. La cubrió de besos y le compró un mango enchilado y uno de esos papalotes que vendían los ambulantes. Todo era más sencillo entonces. Las cosas que ella deseaba eran más fáciles de obtener.

Ashley aceptó la propuesta de El Cuervo a pesar de tener su trabajo en Coppel. Era muy pesado porque tenía que estar muchas horas y ganaba muy poco, pero es si te esfuerzas y haces bien las cosas pronto te darán un aumento, le decía su mamá. Me explotan y mi jefa es una perra, decía Ashley. Es dinero seguro y es trabajo decente, insistía su madre cuando la escuchaba quejarse en la noche, cansada, amenazando con renunciar. Te dan crédito allí mismo y puedes ir ahorrando poco a poquito. Su mamá y sus buenos deseos. ¿Con ese sueldducho de mierda que le pagaban en

cuánto tiempo podría comprar el iPhone? Sobre todo porque apenas cobraba la quincena se le iba en cualquier cosa. Y su madre quería que cooperara con las cosas de la niña y ahorrara. ¿En qué realidad vivía?

Ashley dormita ligeramente, sin soñar, sin abandonarse por completo. No se trata un sopor capaz de alejar al mundo en su totalidad. Aunque tenga los párpados cerrados, las cosas siguen igual que antes. ¿Por qué tendrían que haber cambiado sólo porque ella se volvió a quedar dormida? Le parece escuchar un ruido de urracas a lo lejos. Las envidia. Envidia a todos los seres vivos que siguen sus existencias allá afuera como si nada, como si ella no estuviera presa, hambrienta, apestosa, con sed y terror llenándole la garganta.

No sabe cuántos días han pasado. ¿La estará buscando su mamá? Piensa en ella. Si estuviera en casa podría recostarse en la cama y su mamá la llamaría a cenar. Cocinaba cosas de pobre, los frijoles que ella detestaba, pero a veces preparaba cosas ricas, con pollo o carne. La idea de comida la hace salivar. Si tan solo eso le quitara la sed. Si abre los ojos puede ver el suelo sucio de manera perpendicular a su visión. Ya no puede sostenerse contra la pared. Está mareada, débil. No quiere pensar en cómo luce. ¿Qué diría El Cuervo si la viera? Se daría cuenta de que sin maquillaje no es tan bonita. La dejaría para irse a buscar a otra más linda. Ese es el problema con los hombres.

Lo amaba y por eso se puso a disposición de El Cuervo. Desde que andaba con él no podía dejar de admirar su propia figura en los aparadores de las tiendas. Se sentía libre, deseada, hermosa. Se sentía alguien. Por eso no podía dejarlo. No podía regresar a su vida sin él. ¿No podía mamá entender eso? Era imposible regresar a la escuela, al quehacer de la casa, a que le dijeran que hacer y le pusieran horas de llegada cuando salía con él. Tenía que estar con él. Tenerlo feliz para que no la dejara nunca.

Escucha a lo lejos voces masculinas. Las reconoce. Pertenecen a ése que le dicen La Jaiba y al pelos de Neymar. Como si discutieran del

otro lado de la puerta. No puede entender lo que dicen, sólo que están exaltados. ¿Pelean? La puerta hace un chirrido al abrirse, pero sólo entra La Jaiba. Ella trata de enfocar su mirada, pero ve borroso. Decide dormir. De pronto tiene mucho sueño.

"No te duermas, pinche vieja culera."

La orden llega a los oídos de Ashley al mismo tiempo que el dolor a su cuero cabelludo. El hombre la jala del cabello y la hace incorporarse, solo para dejarla caer segundos después. Su cuerpo hace el mismo ruido que un costal de naranjas. La Jaiba repite aquello hasta que finalmente ella queda sobre sus rodillas. Al parecer es la posición que buscaba, porque cuando la ve así, ya no la vuelve a jalar del cabello. Luego pone frente a ella una cartulina blanca y le entrega un plumón de color negro.

"Vas a escribir lo que yo te diga." Ella lo mira sin comprender. Con el dorso de su mano y todas sus fuerzas, La Jaiba golpea la cara de Ashley. El dolor le recorre todo su cuerpo. Su cerebro comprende todavía menos. Sólo sabe que debe callar, asentir. "No la vayas a cagar porque sólo tengo una cartulina para cada uno."

A ella le queda claro que no puede equivocarse.

Parecía tan sencillo. Los Zetas que eran unos retrasados mentales lo hacían todo el tiempo. Los que eran listos se aprovechaban de la situación, punto. Por eso el mundo les pertenecía. Era la ley de la vida. No serían ellos los únicos pendejos que dejaron pasar la oportunidad. Los centroamericanos tenían que pasar por Tamaulipas si querían llegar a la frontera. Los Zetas los secuestraban desde que entraban al país, al sur, hacían sus tranzas, los mataban o los dejaban ir. En Veracruz los volvían a coger los Zetas jarochos y era lo mismo, con la única diferencia de que el número de migrantes se reducía en cada redada. Lo único que tenían que hacer, dijo El Cuervo, era agarrarlos antes de que cayeran en manos de los Zetas tampiqueños. Él ya sabía por dónde llegaban. Agarrarían sólo a un grupito para empezar, llamarían a sus familiares, pedirían el rescate, tomarían el dinero y los dejarían ir. Ni siquiera los meterían vivos a las fosas como hacían los Zetas. Ellos no eran así. Sólo se quedarían con el dinero y listo. ¿No era

una gran idea?

Los debieron de haber colgado desde la madrugada. La nota del periódico indica que los cuerpos fueron vistos por varios testigos poco antes de las seis de la mañana cuando esperaban el transporte público en Avenida Hidalgo. Los tres tenían cartulinas colgadas del cuello, como baberos gigantes, a excepción del decapitado, que la tenía clavada en el torso desnudo. Como entró norte desde un día antes, los cadáveres se mecían con el viento bajo el distribuidor vial que levanta la Avenida Hidalgo sobre el bulevar Loma Real. De lejos se perdían las sogas que los sujetaban y parecían volar. Fue la vecina la que le trajo el periódico. Las noticias malas siempre tienen alas. Doña Meche no puede dejar de pensar en un libro de español de Ashley, de cuando iba en primaria y le pedía ayuda para hacer las tareas. El tema era el de los refranes. No hay mal que por bien no venga. ¿Qué bien podía venir de esto? La última vez que vio a su hija fue hace tres días. Doña Meche no dejó de rezar para que el Santísimo se la devolviera. En el puerto, la gente o se desaparecía para siempre, o aparecía tras unos días, muerta. La vecina entró con el periódico de la tarde y sin decirle nada lo puso frente a Meche, que comenzaba a palmear la masa de los bocoles para la merienda. Las noticias malas…

Esto les ba a pasar a todas las ratas ke se metan con los zetas.

Imposible saber quién era el dueño de aquel cuerpo sin cabeza. Tal vez aparecería más tarde en alguna hielera, no muy lejos del puente. Era común que lo hicieran así. Les gustaba repetir sus modos o no tenían mucha imaginación, pensó Doña Meche.

Avranse a la verga los ke apollen a los putos del CdG. Atte, Z4 y Z12

Ese mensaje cuelga del hombre que andaba con su hija. Ése que le decían El Cuervo. Doña Meche traga saliva. Las malas compañías. Dime con quien andas y te diré quien eres. Nunca le gustó ese tipo. Si todo mundo sabía en lo que andaba. Y Ashley, Ashley tan necia.

Me isieron lo ke yo les ise a ellos. Así kedé x puta y rata.

Su hija desnuda salvo por sus pantaletas sucias. Las piernas chorreadas, el cabello cubriéndole la cara porque la soga había echado su cabeza hacia adelante, como si ella misma tratara de leer el letrero que le cubría los pechos. Y la letra. La caligrafía que tantas planas llenó cuando aprendía a escribir. Cuando le gustaba estudiar. Cuando la obedecía. Aquella era su letra inconfundible.

Su hija.

Su hija.

Su hija.

Ø Ø Ø

Liliana Blum
Nació en Durango en 1974. es autora de las novelas El monstruo pentápodo (Tusquets, 2017), Pandora (Tusquets, 2015), y Residuos de espanto (Ficticia, 2013), así como de los libros de cuentos No me pases de largo (Literal Publishing, 2013), Yo sé cuando expira la leche (IMAC Durango, 2011), El libro perdido de Heinrich Böll (Editorial Jus, 2008), The curse of Eve other stories (Host Publications, 2008), Vidas de catálogo (Tierra Adentro, 2007), ¿En qué se nos fue la mañana? (ITCA, 2007), y La maldición de Eva (Voces de Barlovento, 2002). Liliana estudió Literatura Comparada en The University of Kansas y tiene una maestría en Educación, con especialidad en las Humanidades, por el ITESM.

Manifiesto por un neocorrido

Un día mis papás regresaron.

Yo estaba en la esquina de Revolución y Barranca del Muerto, esperando un taxi. Llovía, y una pareja de novios simulaba besarse a un lado de mí. Por fin un taxista se detuvo. En cuanto abrí la puerta el chofer desvió el rostro. Debí sospechar.

En el momento en que entraba sentí un golpe en la nuca: los enamorados, hombre y mujer, se sentaron conmigo, a diestra y siniestra. Me pegaron con una macana.

Iba a reclamarles cuando los reconocí: eran mi padre y mi madre.

Algo cambiados, pero esencialmente eran ellos.

Sentí que iba entrando en un espejismo.

Mi madre había adelgazado un poco, mientras que mi papá usaba el mismo bigote y el mismo copete. La misma brillantina. Sus modales eran un poco más rudos, acaso por las presiones del oficio. Esto es un asalto, ordenó, Quieto y cooperando.

Como nunca hubo buena comunicación entre nosotros terminé por quedarme callado: mi padre era así.

Siguiendo una orden de mi progenitora (que siempre tomó las decisiones importantes) el taxista tomó una vía rápida y le dimos la

vuelta a la ciudad. Entretanto mi madre apoyaba un cuchillo muy afilado debajo de mis costillas. Un cuchillo para limpiar peces, siempre le gustó cocinar.

Extrajeron mi cartera y mi padre rugió: ¿Quinientos pesos? ¿Sólo cargas quinientos pesos, cabrón? A continuación me aplicó una técnica correctiva que no sé de dónde aprendió. Cuando vivíamos juntos jamás fue tan violento, es más: nunca me pegó.

El tercer o cuarto golpe me dio en un parietal (vi un resplandor negro) y estuvo a punto de hacer que perdiera el sentido: ¿Qué no sabes que uno no debe salir a la calle con tan poco dinero?

Para que yo aprendiera la lección fuimos a un cajero a sacar mis ahorros. ¿Y qué le iba a reclamar? A un padre se le escucha y respeta.

Y ahí vamos, paseando de noche por el Periférico, deteniéndonos en diversos cajeros automáticos para saquear mis ahorros. Luego tomamos Viaducto.

Daban las doce y seguíamos paseando, Mamá, Papá y yo, como una familia feliz.

¡Ah, qué nostalgia me da!

* * *

Para entonces yo tenía la impresión de que un banco de niebla me impedía ver directamente la realidad. Como apenas si podía sentarme derecho comprendieron que no intentaría nada y la vigilancia se relajó. Pero llegó un momento en que nos estacionamos junto a otro cajero automático y mi padre dejó la puerta entreabierta. Reconocí la calle Insurgentes, a la altura del eje 3; vi una parada de metro que me esperaba con los brazos abiertos

y la niebla se retiró, animándome a dejar el vehículo. Cuando me preparaba a saltar me encontré con los ojos del taxista, que me examinaba por el retrovisor. Sin dejar de mirarme estiró un brazo, cerró la puerta y colocó el seguro: Ya se iba este compa –y mi madre se rió:

Qué se iba a ir, si aquí está como en casa.

Entonces el conductor subió el volumen de la radio y oí claramente un corrido.

Uno de narcos.

Conté hasta diez, pero la canción era eterna, y mi padre no tenía para cuando volver del cajero.

Todo tiene un límite. Pero el corrido no.

Carajo, me pregunté, ¿pusieron un corrido para asaltarme o me asaltaron para ponerme un corrido? Y como mi padre no regresaba me aclaré la garganta y pregunté si podían sintonizar otra cosa.

Supongo que toqué algún punto sensible, porque el taxista se dio media vuelta y me apuntó con un desarmador.

Es que, le dije, a fin de cuentas el que está pagando por esto soy yo.

* * *

(Hay veces en que uno piensa cosas, pero no las dice. Otras dice, pero no las piensa. Cuando uno tiene un desarmador apuntando a su cuello no razona de la misma manera. Juro que, palabras más, palabras menos, intenté razonar: *Mire, le dije, no es que no me gusten los corridos, tan solo los que están escritos en octosílabos. Quiero decir:*

no soporto los corridos que hablan de narcos, nada más los que hablan de narcos. Entre el corrido y el narcocorrido me quedo con el primero. En lugar de narcocorridos predecibles y mal escritos necesitamos un neo-corrido más inventivo y perdurable. Quien ha escuchado un narcocorrido los ha escuchado todos: la realidad está en otra parte, y el narcocorrido no la refleja por completo. En cambio el Corrido está allá, en una esquinita del Bar del Universo: cuando tiene algo qué decir, cierra los ojos e imagina su propia y pequeña realidad. De ocho en ocho sílabas la va soltando, apoyada por tuba o acordeón, bajo sexto y bataca:

Un domingo estando errando / se encontraron dos mancebos/ metiendo mano a sus fierros/ como queriendo pelear.

Año de mil novecientos/ muy presente te tengo yo/ en un barrio de Saltillo Rosita Alvírez murió./ Su mamá se lo decía:/ Rosa esta noche no sales / Mamá no tengo la culpa/ que a mí me gusten los bailes.

Volaron los pavorreales/ rumbo a la sierra mojada/ mataron a Lucío Vázquez/ por las mujeres que amaba.

Voy a cantar el corrido/ del salteador del camino/ que se llamaba Porfirio/ llamado El ojo de vidrio/ Lo tuerto no le importaba/ pues no fallaba en el tiro.

O bien:

Salieron de San Isidro/ procedentes de Tijuana/ traían las llantas del carro/ repletas de yerbamala / eran Emilio Varela/ y Camelia la tejana.

* * *

Si algo bueno tiene el corrido es que no pierde tiempo en reflexionar sobre los sentimientos de sus personajes: los muestra en acción y se burla de ellos. Como dijo el Piporro: “Cuando un hombre derrama lágrimas/ es porque está llorando”. El corrido va a lo profundo. Con ironía o no. A lo mejor es por eso que se escuchan mejor en carreteras y cantinas, cuando uno está a punto de hacer un viaje de ida o uno de vuelta. A veces, en ciertas circunstancias, nada acompaña mejor que un corrido.

En cambio, los narcocorridos se quedan en la superficie, el elogio superficial. Por ello son la cosa más aburrida que existe: ¿los oirán los sicarios en horas laborales? En mi opinión se necesita una renovación de sus contenidos. Temas que no ha abordado el narcocorrido:

El fin de la historia.

Nociones de narratología.
La vida en tiempos del liberalismo.
Mímesis.
Falacias patéticas.
La posmodernidad explicada a los niños.

¿Existe un pensamiento propio de la novela?

La metafísica hoy.
Calentamiento global.

Abajo los corridos machacones, y los narcocorridos que no descubren un territorio artístico novedoso, que cuentan la misma historia de siempre.

Rechacemos el mal corrido.

Narración efectiva, no distracción.
Larga vida al neocorrido.
Haga suya nuestra causa.)

* * *

Cuando el taxista se quitaba el cinturón de seguridad mi padre volvió del cajero.

No le gustan los corridos, dijo mi madre.

Mi padre me miró con disgusto.

Mi madre lo secundó (siempre se apoyaron entre ellos). Pensé que iban a reprenderme como hacían en mi infancia, cuando rechazaba la sopa, y ellos insistían por mi bien:

Escúchelo.

No me gusta.

Que lo escuche, le digo.

No quiero.

No se levanta hasta que escuche el corrido.

Pero en lugar de eso mi padre me miró como diciendo: Pinche hijo tan fresa, nomás para eso te mandé a una escuela privada, para que renegaras de tu origen. Y volvió a sacar la macana mientras mi madre me sujetaba las manos. El taxista arrancó.

Me corrigieron con amor y firmeza, como debe hacer un padre con su hijo. Hasta el taxista participó. En eso estaban cuando nos alcanzó una patrulla.

Agáchate, agáchate, me decía ella.

No, levántate, me ordenó él.

¿Me agacho o me levanto?, les pregunté yo. No puedo hacer las dos cosas.

Como cada vez que les planteaba una pregunta incómoda, mis padres guardaron silencio y el taxista se estacionó. El policía bajó de su patrulla y se asomó por la ventana. Meneó la cabeza y les dijo:

¿Qué pues? ¿No les dije que no quería verlos aquí?

Es nuestro hijo, oficial; dijo ella: Lo estamos sacando a pasear.

Sí, cómo no, dijo el policía.

Nomás traía esto…

Mi padre le extendió el dinero que habían conseguido quitarme hasta ese momento. El policía se lo guardó en el pantalón y les dijo: A chambear a su zona.

El taxista arrancó.

Pasado el susto, mi padre sacó la macana y volvió a pegarme: Todo esto fue por culpa tuya, cabrón; nos traes mala suerte.

Estaban muy enojados.

Me ordenaron cerrar los ojos. Entonces mi padre sacó una hoja de papel y la apoyó sobre mi muslo derecho. Allí escribió: "¿Dónde lo tiramos?". Luego le pasó el papel a mi madre, que escribió sobre mi muslo izquierdo algo que no supe descifrar. La rabia desfiguraba su letra, por lo general muy cuidada.

Dieron una instrucción al taxista, que aceleró.

El estéreo tocaba *El hijo desobediente*. Me acuerdo como si fuera ayer: esa historia de horror extrañísima, el relato de una tragedia que se ve venir pero no puede impedirse, contada como si el cantante disfrutara de ese horror inmenso. Me dije: Esta canción es lo último que voy a oir.

Escuché que mi padre le quitaba el seguro a su pistola y sentí que ahora sí me iba a desmayar. ¿Todos los que van a morir escucharán una melodía como ésa?

Teoría: cuando van a matar a alguien primero le ponen *El hijo desobediente*.

El taxi entró a una calle oscura y desierta.

Ordenaron: Bájate.

Chíngatelo, dijo mi madre.

En la puerta había un dibujo de La Santa Muerte.

Bájese.

Quise obedecer pero me temblaron las piernas.

Entonces mi padre me apuntó con la pistola, y animado por semejante estímulo dejé el núcleo familiar.

Caminé con las manos en alto hasta que topé con pared.

El hijo desobediente estaba por terminar.

Adiós papá, adiós mamá.

Ya con ésta me despido.

En eso oí un arrancón y abrí los ojos. Estaba en la colonia Guerrero, frente a un taller mecánico, entre charcos de aceite y autos oxidados.

Pensé: No lo puedo creer, me abandonaron mis padres.

Al caminar hacia la avenida encontré el papel con que intentaron ponerse de acuerdo. Pensé en hacer algo con él, quizás una carta al padre, o una denuncia de mi madre y sus actividades ilícitas.

¿Denunciar a papá o a mamá?

Hice las dos cosas, aunque ellos me advirtieron que tomarían represalias.

Soy un hijo desobediente.

Ayer vi una foto de mi madre en los diarios. El titular indicaba que era una de las criminales más buscadas y peligrosas. No me extraña ni tantito. Donde quiera que esté, le deseo mucha suerte. Mi santa madre.

De vez en cuando mi padre me llama y me dice: Te vas a morir, cabrón delator. Yo hago lo que haría un hijo maduro y sereno: finjo que no lo he escuchado, cuelgo y enciendo la tele. Entonces me pongo a pensar quiénes me han asaltado en el último año: un carterista, dos ex policías e incluso mis padres: hay que ver qué bajo ha caído el país.

Ø Ø Ø

Martín Solares
Nació en 1970 en Tampico, una pequeña ciudad a sólo 15 minutos de Paracuán, Tamaulipas. Es crítico, profesor y editor y estudió un doctorado en París. Ha sido galardonado con el Premio Nacional de Literatura Efraín Huerta, el Premio Nacional de Cuento Infantil Juan de la Cabada y el Premio Bellas Artes de Ensayo Literarios José Revueltas 2016. Su más reciente novela es No manden flores. Los minutos negros ha sido traducida al inglés, francés y alemán.

Salir adelante

Abría la gaveta de Micaela y aquel olor se remediaba del encierro. A colonia guardada y a polvos para esconder el rostro: el rosa chicle desvanecido como un rubor falso y el lipstick usado para retenerse la boca en la cara desprendían un olor dulce y sintético. Se notaba que el cuarto ya era suyo, en el tocador y las paredes se extendían los signos de quién era y de cómo haber llegado a la ciudad fundó su otra historia. Tenía una foto donde estaba con un traje chillón, su sandalia de tractor pisaba el borde de una hierba rala y su cabello le daba la espalda al paisaje en miniatura, realmente parecía al alcance de la mano, todo eso retenido en un portarretratos de calamina, al lado de un florero, sobre su buró, frente a la cama individual en la que dormía y se desperezaba a la mañana siguiente. Quizá la foto en el buró, frente a ella, era parte de la confrontación. Verse a sí misma pero sin lograr reconocerse como antes, preservar el registro material del desvío: entre Yajalón y Tuxtla un desapego de seis horas fraguándose en el trayecto, seis horas de laderas y cambios de follaje en los que la curvatura de la voz también le iba cambiando, porque no era lo mismo hablar en chol, el muyuk takin gesticulante, que llegar a la ciudad, ver el reverbero de los cientos de postes eléctricos desde la butaca del Cristóbal Colón, clase económica, a la terminal con su explanada de cemento llena de gente, gritos, órdenes, tropiezos, pasajeros, micros abriéndose a bocinazos, para después desplazarse en combi a la colonia, caminar el tramo de la Sedena, sacar la llave, y decir “Buenas noche, ya vine”. Tenía acento, hablaba español brusco, se comía las eses, fracturaba la oración como si en vez de hablar se defendiera. La

foto en el buró ocupaba un ámbito de su persona pero Micaela ya era distinta. En Tuxtla no usaba blusas con ribetes ni enaguas hasta los tobillos trabándole el caminar. Las sandalias tipo tractor eran sustituidas por unos zapatos de charol cerrados que si le oprimían el pie, al menos le daban libertad de ponerse pantalones y andar más ligero, sin sentir que se le acababan los pasos. Pantalón de mezclilla o faldas tipo lápiz y camisetas austeras de algodón metidas en el pretil. Pasadores a los costados del pelo que ya no se veía abatido sino terso, no porque en Tuxtla usara un mejor champú sino porque el pelo en la foto estaba empañado por el polvo: tenía el mismo color, negro resina, pero no densidad. Del clavo de la pared en su cuarto pendía una gorra con la leyenda ZOOMAT, souvenir de su primera visita al zoológico.

Terminábamos dañadas por el recorrido bajo el sol cuando salíamos de paseo. De esas excursiones me gustaba todo, el zoológico, un parque, una piscina, o una ida al borde del río, con el puente devorado por el óxido y el agua punzante, verde, dando suaves golpes en la orilla. Me gustaba porque el sol hurtaba mi piel para hacerla arder y la insolación era aliviada cuando el viento remitía el pulso latiendo dentro. Eso en cuanto a las sensaciones físicas. En un plano más genérico, esos viajes en familia los fines de semana me daban un sentido del placer tan solo porque las horas erraban su curso, nos suspendían en un limbo cuyo máximo atributo era atrancarnos en un nudo que nos evitaba volver y cruzar los bancos de esa neblina insistente en carretera, los veloces contornos publicitarios dejados atrás, la pausa confusa del peaje, el olor a pastizales quemados, el aire tronando nuestras ropas dentro del coche, o la lluvia rielándose contra los cristales. Vapor que le hacía empaño a las ventanas y que era posible manchar con nuestra bruma de aliento. El alma se mira en el aliento, me dijo Micaela. Si no creciste de la forma en que yo lo hice no entiendes y si no entiendes lo mejor será que no juzgues: no lo sentenció de ese modo pero así me miró. Entonces la mancha se desvanecía, dejando solo un círculo vago, luego el alma era solo un punto y después nada. Esas salidas aplazaban los lunes. A los lunes les seguían los martes, los miércoles, los jueves antes de alcanzar los anhelados viernes. Hubo sábados y domingos de quedarse en casa, pero esas excursiones eran tremendas y Micaela, desde que llegó a vivir con nosotros, preparaba el lonche, llenaba los termos y se subía al

Volkswagen, con su gorra y sus zapatos tenis. En su pueblo las mujeres no usaban gorras ni tenis. O descalzas o con sandalia de hule haciendo un sonido pegachoso pero tenis no. No gorras amansando el pelo, tampoco. Mi madre le regaló unos tenis Pana blancos. Yo usaba tenis tres días a la semana cuando me tocaba deportes, pero odiaba los lunes, que empezaban con el rumor de la ducha. En el inicio de semana mis padres dejaban de existir y a mí me tocaba ceder a la infelicidad insistente que la escuela iba consolidando en mi ánimo. Micaela se perdía en sus deberes, su fortaleza impenetrable, la cocina; de cuatro a ocho pm se iba al DIF, a un costado del parque.

A sus treinta años, Micaela iba al DIF porque quería obtener el certificado de la primaria. Si yo aborrecía la belleza inútil de mi aula, ella en el DIF me confinaba a ser la del error: ¡Pero si es muy buena tener maestra, aprenda palabras, tenga diploma y ser alguien y sale adelante". Usaba esa frase, sale adelante, que a mi entender se refería a su pasado, como si este fuera un lugar del que podía entrar y salir con presteza. Pero Micaela, de hecho, iba a su pasado cada dos meses y se despedía de él para volver a la ciudad, donde la esperaba su ropa de ladina, el DIF, los quehaceres de la casa, los paseos, yo.

Que fuera a instruirse, con sus blusas austeras y sus zapatos sin tacos rumbo al DIF, constituía para mí una traición. Yo no quería que cursara la primaria, sino que estuviese las tardes conmigo. Para ver televisión juntas o tendernos en el frío de la baldosa y mirar el desorden con que se despeñaban las estrellas, porque en mi recuerdo falso, o en mi deseo por compañía, las estrellas se despeñaban sobre mi mundo de tonterías, en tanto ella se largaba al DIF porque el suyo era el de los deberes y el de una trama encubierta. No le gustaban las cosas fáciles. Las cosas no eran sencillas afuera, lo supe después.

"No vas decir a nadie", me advirtió. Unas palabras honestas fraguaron el pacto. No iba a decirle a mis padres que Micaela no estaba conmigo de cuatro a ocho pm, porque ellos se iban muy temprano y llegaban a las nueve de la noche y Micaela se daba apuro para estar en casa a la hora, como si hubiera estado a mi lado y no en el aula bajo ese ventilador de techo que no removía el

sofoco sino que lo deshilaba como si fuera una bola de lumbre sobre las cabezas de las estudiantes, en su mayoría mujeres que llegaban ahí para salir adelante, porque creían, igual que Micaela, en el progreso. Sé lo de los ventiladores traqueteando a ritmo porque ella me llevó varias ocasiones al DIF y me colocó en las sillas petaconas del fondo, igual a un bulto, hasta que le dije basta. “Pero si aquí hace tus tareas”, fue su rezongo. “Pero yo no quiero”, le habré respondido. “Se ve que no somo igual”, me habrá devuelto el gruño. “Pero si tú no eres más que una criada”.

Todas esas fluctuaciones eran resultado de los destinos impuestos por el gremio magisterial de la sección 40. Mis padres eran maestros rurales en el pueblo de Micaela cuando la trajeron. A ellos les tocó por fin el cambio de zona, de la zona rural a la urbe. Le habrán embadurnado con promesas los oídos, convenciéndola de que en la ciudad se vivía mejor, después le encajaron los quehaceres que ambos, por horario, no podían cumplir. Micaela la nana para no dejarme al garete. “Vamos al mercado” y nos perdíamos entre carteles amarillentos CINCUENTA LA DOCENA y plegarias en rótulos fosforescentes DIOS, CONCÉDEME LA SERENIDAD PARA ACEPTAR LAS COSAS QUE NO PUEDO CAMBIAR. “Vamos a la Granda” y me tocaba esperarla entre los estantes llenos de cierres, botones, hilos y alfileres: me gustaba mirar los remolinos de las telas hasta quedarme bizca. Esas bisuterías donde Micaela compraba baratijas brillantes, velcros, parches, pequeños contenedores llenos de estrellas, pájaros de diamantina, miniaturas que iba pegando con silicona para hacer broches. En las vitrinas Micaela se observaba, acomodando y removiendo su peinado. “¿Sabes cómo vas caminando? Esta eres tú”, le decía y ella se miraba en la vitrina siguiente, atenta a esa contrincante que se imponía en el reflejo.

Espulgábamos unos elotes en la banquina cuando ella vio el portón abierto del DIF y me ordenó “Crucemo”. El DIF era un centro público donde se impartían talleres. Mecanografía, cocina, peluquería, corte y confección. En los últimos salones estaban los alfabetizadores. Los baños siempre se los hallaba sucios, con las puertas llenas de rayones marcados a puño, los rodetes sin papel, las letrinas con una costra negra en los remates. Había un área de

juegos infantiles: resbaladilla y un arco giratorio a donde me subí para esperar a Micaela cuando tomó su primera lección. Los ojos y mi pecho mareados, las ramas renunciando a los árboles, el suelo sin poder alcanzar los cordones de mis zapatos, eso me pasó al girar en el balancín del DIF, en el lapso en que Micaela garabateó su cuaderno. Sólo una vez llevó al DIF uno de sus jubones con filetes. Me dijo que las demás la vieron igual a un animal exótico. Por eso optó por camisa y pantalón o falda de tela neutra. Una tarde me habló de usar aretes. Dónde se adquieren esos conocimientos, no sé, pero esterilicé una aguja con agua hirviendo y fui ensartándola hasta que aquella oreja empezó a sangrar. Curé con alcohol y merthiolate, horas después Micaela tenía en el lóbulo una perforación.

Por la cruel influencia que ejercen los hábitos, empecé a acostumbrarme a su presencia. Era la hermana, la muchacha soltera, la pariente anómala y compartíamos en general no sólo el tiempo sino esos hurtos mutuos que ocurren entre inquilinos. Me asustaba el ruido de los animales que surgía del predio de la noche, las chicharras o los sapos en los yermos cercanos, pero Micaela movía el cerrojo y yo daba un salto de la estera de ratán o de la baldosa o del colchón, donde me hundía para ver tele y esperar.

–Ah, ya llegaste.

–Buenas noche.

–Buenas noches, tienes que agregarle la ese, ¿o qué aprendiste hoy?

–Ya va empezar el muina.

–Tú aprendes, yo dejo de aprender. Ahora podemos tomar café con pan. Sírveme café con pan. O hazme enfrijoladas.

Era mi forma de vengarme. Ella chascaba la lengua en señal de enojo y se iba a poner café a la olla, le agregaba canela para retener el sabor en la taza. La veía con la fascinación con que se mira a un alquimista rodeado por el fuego. O pintaba en el plato frijolis con queso, empanadas blandas, hervidas o fritas, panes redondos y semicrudos, y me los servía con esmerado desdén. Y después de un silencio trajinoso, de no mover los labios pero como si los moviera,

su forma de hacerme sentir culpa, yo claudicaba sorbiendo el café para llamar su atención.

–¿Qué te pasó en el brazo?

–Sufre un accidente.

–Cuéntamelo.

–Mi marido quemó con un lámpara de querosén.

–No.

–Juro, se quema el nailon y ese tufo aun lo tiene en la nariz.

–Se quemó el nailon. Lo tienes en la nariz.

–Se quema.

-¿Tu marido? ¿Tienes marido, como mi mamá tiene marido?

–No digas nunca.

–¿Y dónde está él?

–Cerca de mí, pero en otra parte.

–Dónde.

–En otra parte.

–Los maridos no suelen andar por ahí.

–El mío en otra parte.

–Entiendo.

–No entiende. Quiero decir que mi marido no es de este mundo.

–¿Entonces está muerto?

–No está muerto, es un decir que no es de este mundo.

–Y si no es de este mundo, ¿cómo te quemó?

–Se distraía. Y me quema.

–Bueno, ya lo dejaste.

–¿A quién?

–A tu marido.

–Yo no diga eso.

–Dijiste que tenías marido y te quemó.

-No. No me quema nadie. Yo sin marido estoy –corrigió. El rostro se perdió en una tristeza impersonal. Una tristeza antigua, el parpadeo se le volvió un poco áspero. Fue de ese modo, estoy segura. Tal vez los contornos de la conversación no fueron aquellos pero lo dijo. Sé que estábamos en la cocina con sus hornallas prendidas y que las frutas yacían en la fórmica, una pigmentación estática que sólo la mano prieta de Micaela podía reanimar. Una alucinación verla trabajar en la incandescencia del patio, manipulando la tierra de las macetas, arrancando o sembrando raíces, combatiendo las plagas. Eso por un lado. Puede que los grillos estuvieran del otro, escuchándonos hablar o desviando la charla hacia un punto que la haría irrecuperable. Tal vez no me sirvió café ni yo sorbí como la maleducada que era, tampoco me preparó enfrijoladas o sí, pero la precisión del recuerdo me la arrancó otro momento semejante en fragilidad a ese. Puede que me sacara la mugre de debajo de las uñas o que me despiojara, porque después yo le daría a nuestros ratos una relevancia urgente, como si escarbar en esas horas, desatarlas del nudo, sacarlas del carrete, pudieran devolver a Micaela a la tierra.

O la vi fumar en el quicio. Lió un canuto, lo encendió e inhaló reteniendo todo lo que pudo, antes de meterse a la sala. Le vi la cicatriz en el brazo y le pregunté cómo pasó y su respuesta fue un mirar ausente porque no me vio a mí sino a un punto fijo dentro suyo, que ella iluminó con una linterna para asustar el hecho innombrable.

–No habla de eso.

–Deberías.

–No pueda. Cosas se va. Cosas se entierra hasta que crezcan lombrices encima.

–Lo dices como si nada.

–Sí.

–Y hasta con orgullo.

–No orgullo, orgullo es otra cosa.

Resumiendo: no quería hablar, supongo que su español la maniataba. Pero este recuerdo además expelía mentira porque nunca la vi fumar por segunda vez como para creer que los cigarros eran parte de sus estrenados hábitos urbanos. Suponía demasiado la transformación de ser una india chol perteneciente a un bosque alto, oscuro, que la instruyó en el conocimiento de la posición de las piedras, y de repente bajar a la ciudad para cambiarse el atuendo, modular la voz antes taimada y ahora emigrante, suponía demasiado, eso, como para encima verla fumar. Era probable, cómo no. A lo mejor confiarme el hecho innombrable o compartir un secreto me hizo desarrollar un rápido juicio para imaginarla con tenis y gorra, con pantalón, camisa, zapatos de charol, fumándose un cigarro después de volver de una clase, confesando más escenas que como tierra suelta se desmigajaba del portarretratos y lo excedía: un marido odiado con fe, la historia de una cicatriz, quién sabe cuántas anécdotas acumuladas en los lindes de su cabeza la abrían a más pasados y futuros posibles. Una desconocida para su propia familia en el pueblo, para mis padres, para mí, una extraña incluso para sí misma, como cuando se quedaba con la boca entreabierta, suspirando entre ronquidos suaves y espaciados, sin poder vigilarse: ella era ella pero otra y nunca podría mirarse.

El más reconstruible de los recuerdos vino, sin embargo, cuando acabó el verano y ella no volvió. Un hombre estancó su camino, antes de que ella tomara el autobús de regreso a Tuxtla. La subió a

una camioneta y en el asiento de atrás, la blusa de un chifón tan chillante, fulguró aunque nadie pudo notarlo. Le subió la falda de lana, quitó los calzones, le separó las rodillas, la zamarreó. Luego la empelotó y la amarró a un árbol de maluco. En la nuca la sangre se le fue apelmazando. Por ese colgajo que, cuando la encontraron, olía como el demonio, se le desvaneció el mundo.

Las orillas del paisaje se descosieron. Micaela pensó que quizá se debía al cansancio y la sed, porque donde había subidas ahora había bajadas y donde había bajadas sus pies descalzos subían por la tierra tachonada. Al principio el movimiento de las piernas fue lento pero humano, una velocidad que ella pudo seguir. Después subió y volvió a bajar y siguió subiendo hasta que se detuvo y quedó extática mirando el horizonte, agachó la cabeza y empezó a respirar buscando oxígeno. Cinco días anduvo sin poder hallar el asiento de siempre, pasillo o ventana, el autobús rumbo a Tuxtla que le hacía sentir una libertad y un agotamiento anticipados. Cinco días buscó el camino y cuando lo atisbó se dio de topes con los bordes de las cosas que le brotaban al paso, igual a astillas. En el trastabillo despertó a quienes ya la empezaban a buscar. Quizá nunca la encontraron. Tal vez ni siquiera la buscaron de veras. Su espacio habrá invadido el nuestro o al revés.

La primera en notar la falta fue mi madre. Micaela debía estar con nosotros a más tardar la noche del domingo y no llegó. Tomó el teléfono y dejó un recado en la única garita de Yajalón. El encargado de la garita le dio el recado a la madre de Micaela y después la señora caminó a la garita para devolver el llamado. Micaela salió a mediodía, con su mochila rumbo al margen de la población comunal, donde pasaba el autobús.

–¿No estará con su marido? –pregunté más tarde.

–Cómo sabes.

–Ella me lo ha contado, díselo, que la busquen donde él.

–Micaela no era casada.

–Fue la otra noche, le dije por qué tienes esa cicatriz y ella habló de un accidente con querosén.

–Pues no la hallan.

–Las cosas que no se hallan son más pequeñas que un cuerpo, no un cuerpo.

La tercera noche entré a su cuarto y los objetos, enteros, intactos, vigilantes. Cómo era posible que no estuvieran ni enterados. ¿O sabían? ¿Contenían la espera en su interior, en cualquier momento iban a reventar? Abrí el tocador y salió violento el tufo a naftalina, a sus polvos para ocultarse el rostro, el carmín esparcido para tajar el pómulo hacia abajo, el bilé para estancar bien la boca con que pronunciaba sus palabras de estreno. “Micaela cómo se dice cama en chol”. Esos sonidos salían toscos o como un zumbar de moscas. “Y cuaderno”. Y parecía que estaba haciendo gárgaras. “Y vestido” “Vestido caso hay”. En el tocador estaban sus tenis, tan blancos que parecían dos algodones flotando entre sus chuncheles. La ropa doblada en el perchero, los ganchos abandonados. Era como si las blusas compradas en los almacenes Granda que se ponía para ir al DIF estuvieran vivas. La gorra con el logo del ZOMAT en el clavo. Terminé arrancándolo de su lugar y lo tiré a la basura, de puro descontento.

–Vení, ¿cuáles querés? Llévatelos, yo de momento no les tengo utilidad –escuché que me decía.

–Dónde estabas.

–Si acá.

–¿Dónde te metiste?

Y oía sus sandalias de tractor abandonando unas huellas claras sobre la baldosa.

Mi abuela viajó para cuidarme en lo que mi madre resolvía los horarios. La semana entera fue difusa, las rutinas se torcieron, algo se desmembró. La casa nos tenía a nosotros pero la domesticidad se quedó medio huérfana, incompleta, impregnada de una dulzura

loca. Se notaba el empeño de los demás tratando de enmendar un universo roto que, con la ausencia de Micaela, nos había descubierto su precariedad. Vi a mi mamá poniendo frijolis en el cazo, cociendo verdolagas, enferma de neurastenia, encima tenía que preparar sus gráficas. Vi a mi papá con el porrón de agua al hombro, pues el agua de la llave no se dejaba beber y Micaela se encargaba de esos mandados, de cocinar y de abastecer la despensa. Aún con ellos, la cocina reflejaba una soledad absoluta. En menos de una semana, la abuela me enseñó en qué sitio tomar la micro, la ruta para unir el punto entre la escuela y la casa, aunque de la Avenida Central a nuestra calle todavía debía recorrerse un largo tramo. La muerte de Micaela inauguró una madurez prematura. Cursaba primero de secundaria y supuso crecer por estupor. El primer periodo menstrual y esa sangre en el cuello de Micaela que olía, así lo dicen, como el carajo. Entre un hecho y otro, sentirme insignificante o por fin saberlo. De esperar a que ella me sirviera la cena a quedarme sola por las tardes. De guardar un secreto mutuo a creer que necesitaba revelarlo, por si eso juntaba los cabos. Pero no. Durante cinco días, de ella no otorgaron gestos ni las piedras.

–Tenía marido, él fue.

–No tenía, nadie sabe quién la mató.

–Iba al DIF, tomaba clases de cuatro a ocho.

–Eso no es verdad.

–Yo la acompañé.

–Ahora resulta que la Micaela era otra persona.

Era. Una existía allá en su pueblo y se hermoseaba acá de otro modo. La ladina que se dio mañas para no desaparecer acá y allá pero que terminó acá y allá, desvanecida. Que fuera otra persona no obraba razón para que alguien no le permitiera volver.

–Hija de la perra o qué, usando teni y pantalón, barba y bigote te falta y barajes naipes, dónde se ha visto, así me hablaba lo marido.

–Micaela eres muy mentirosa. Dijiste que no estabas casada.

–Si no me creas tú, ¿quién?

–Puro embuste.

–Si lo nombre es porque exista. No emborraches, pero no entiende, bebía de eso, no deja su cuchillo. Vení, no peliemo, pero seguíamo peliando, lo mismo. Lo marido ordena lo que hay que hacer y eso no. El hombre entra en los otro, se saca ahí los zapato o no se los saca, allí toma el trago o no lo toma, pone los pie en la mesa o no los pone, hace ruido ahí o no lo hace, lo ama o lo odia o para nada, domina o no lo domina y te dice andá, vení, que te parés, que no andés en distintos lugar, que cortés el aire, los camino son estrecho.

Habrá soltado una carcajada ronca. Le habré visto el pendiente de plástico en la perforación que le hice con la aguja hirviendo. Pero lo dijo. Tal vez no estábamos en la cocina sino yo en mi estera de ratán y ella en el borde del colchón, las dos esmeriladas por el reflejo del televisor prendido. Mirábamos telenovelas. Yo veía telenovelas y ella escribió en su cuaderno:

El DIF

Tiene árboles, tiene fuegos, tiene resbaladilla, el salón tiene lámpara, tiene mesabanco, tiene lápiz, tiene borrador, tiene maestra, tiene gis, el pizarra tiene nube, tiene baño para hombre y otro para mujer, tiene flor, tiene materiales, tiene salón de corte, tiene salón de cocina, tiene salón para aprender peinado, tiene amigas, tiene cancha para jugar, afuera está la iglesia, tiene quiosco, al lado del puerta se pone el señor del elote, el elote cuesta a dos peso, la campana de la iglesia suena en la misa de seis".

A los cinco días alguien vislumbró su contorno al lado del árbol de maluco, dio aviso para el reconocimiento, vino el velorio. Hablaban de que a la fulana y a la zutana les había pasado lo mismo: les enredaban el cabello en un tronco y se quedaban dando vueltas, sin poder regresar. Yo no fui al entierro, porque no todos mueren. Me resistía a creer que la muerte fuera solo un objeto de contemplación. En una reacción infantil me puse a comer galletas saladas Ritz, una tras otra, humedecidas por la Fanta de fresa hasta

que tuve arcadas y vomité. ¿Y qué pasa ahora? ¿En qué termina todo? ¿Termina todo? No pregunté. Sólo mis padres emprendieron viaje. Le pusieron una mortaja esponjosa con volados colorinches. Ya para qué. Si con la blusa chillante nadie pudo verla. Mamá con la mirada perdida en los pies de las viejas que rezaban, hasta que se distrajo porque yo le recordé algo, eso me contó. Cuando ya era un hecho y las bocas pudieron gritar hartas de andar especulando, el marido empezó a merodear mi cabeza.

Cerraba los párpados y altiro brotaba él, la arrastraba a Micaela del pelo por un decrépito pastizal sembrado de maleza y huía. Yo me apuraba pero justo al írmele encima se me achicaban los brazos y no lo podía alcanzar. Hasta esa tierra impenetrable era protectora con sus bestias. Luego al buscarla a ella, ni mú. Emprendí la vuelta, ¿a dónde?, si todo estaba al revés: luna y cielo descolgados, el camino calvo dilatándose hacia arriba. Las cosas tenían otras formas pero al menos alcancé a reconocerlas. Avancé pero puede que retrocediera, porque entonces Micaela se me puso al parejo, te estaba buscando, le dije. La cara la tenía pálida, había perdido el brillo característico en los mofletes, se le apagaron los ojos. Murmulló dentro no me quedo, ya vámonos ya. Sus palabras se expandieron más allá de las suaves laderas. Arriba, unas nubes rojas se volvieron lacias. Abajo, pequeños insectos me asediaron las pantorrillas desnudas. Le vi su blusa del color de la amatista, qué linda tu ropa, le dije y se puso a contarme que linda la blusa, era, pero que ponerla con el justán y andar descalza, no. La blusa amatista, de una tela ondeante, cubría su figura rechoncha. Me pidió que nos diéramos prisa, debíamos llegar donde estaba su cuerpo para poder unirse a él porque no quería quedarse ahí para siempre. Vámonos yendo al camión, esto está muy inhóspito, y ella, es que antes voy pasar por mis últimas mudas y me voy despedir. Y yo, pero si ya no ocupas nada. Y ella, nosotros sabemo lo que es abandonar lugar, dijo, y habló de que había algo más vasto y profundo, que la tierra era cosa de respeto, que si la dejabas se las cobraba, igual a como estaba haciendo el marido, insistente con que la ciudad iba a destruirla y a contagiarla de las impurezas y en cambio el pueblo se regía por la mecánica celeste y la armonía. Qué armonía va a haber, eso no aquí, le rezongaba ella, a mí la blusa me gusta y mis teni y mi cachucha y aprender la escuela, quedarme es ningún lado. Su hablar entrecortado no admitió interrupciones.

Llegábamos a su casa de bareque, montada sobre una loma, los postigos batían contra el viento, los postigos viejos, la acción se aceleraba y ya estábamos en el interior. Una camisa abierta en el respaldo de una silla, la penumbra más densa por el foco de bajo consumo. En la mesa, un enorme tigre de bengala de estambre negro. Parecía un universo sagrado, salvaje y también fosco, sin desgaste, habitado por los que ya habían sido devorados, los que habían amanecido tiesos, un reino perdido. El marido volvía a cruzarse. En el vano de la puerta, su presencia se impuso, nos llegaron sus ruidos necios. La cara de Micaela se le puso inédita, el pelo se le miraba como en el portarretratos, percudido. Me vio, nos vio, nos vimos. En el acto de cruzar, venia la discrepancia.

Ese fue el sueño más obvio, sin desenlace. Uno elaborado que me daba la ilusión de control sobre el otro. En ese otro sueño, que tenía menos elementos pero se repetía de manera casi obsesiva, me quedaba dormida en la estera de ratán donde solía esperarla, mientras ella terminaba la clase del DIF y se apuraba para llegar a tiempo y seguir largando la mentira. No sé por qué no quiso decírselo a mi madre, nada le habría costado contar lo del certificado. Tal vez sentía eso mismo, cuando no miraba de frente sino al suelo, iluminada por una vergüenza inabordable, enredada en sus propias sombras. Las pocas veces que la acompañé al DIF, aun cuando fingí aburrimiento para joderla, me invitó latas verdes de Sprite. Le gustaba el Sprite y la Fanta de fresa con galleta Ritz. Ese sabor dulce y salado ensanchándose dentro de mi boca, tan repetible y fácil. Con ella me sentía libre de embarrarme las manos cuando comíamos patas de pollo y me limpiaba en su ropa. Echaba de menos que encendiera la radio a pilas: la obligué a escuchar FM donde pasaban baladas de los ochenta; a mí me tocó resistir la AM con su música chichera, incomprensible para mis gustos. Extrañaba su cara de maldad al soltarme la amenaza: de abrir la boca, nada de frijolis ni de lavar mis platos. Sus formas moviéndose calmas, con una esperanza que nadie le dio y nadie le quitó cuando se largaba al DIF, sus modos fugitivos de comer marquesote al volver, de guardarse el dinero que mi padre olvidaba en la mesa, su manera de infiltrarse y de tomar posesión sobre nuestras vidas. Desleal, fuerte indómita, austera, curtida, arrogante, arisca, nómade, sobre todo cuando decidió dejar su pueblo, que la petrificó debajo de su luminosidad seca.

–Hazme de comer –le habré dicho para furecerla.

–Estoy haciendo mi plana.

–Tengo hambre.

–En un hora.

–No puedo esperar.

–Pues hazla tu cena tú.

–¿Cómo?

Y ella terminaba regateando un “Nada”, dándome la espalda, notablemente más morena que la mía. No sólo sentía su rechazo sino que Micaela me devolvía al olvido en que me había encontrado. Las enseñanzas de mi escuela no servían, eso aprendí. Nunca tenía lápices, perdía las libretas o anotaba en ellas falsedades cuando me tocaba escribir algún trabajo sobre los choles o los tojolabales o los tzotziles y era incapaz de relacionar esa historia con la de Micaela. Que ella lo supiera, quería llamar su atención, eso era todo. Ella en permuta abría el placar, donde esos olores se desataban del encierro, una mezcla empalagosa y acre. Se ponía una bolsita de flores en el corpiño a modo de perfume. La olía como si la viera. A veces la llamaba “Aparecida”. Lo olvidé hasta que una tarde le dije que no sé por qué la llamaba de ese modo. “Es porque yo aparecí”, respondió.

Cuando tuvimos que sacar sus pertenencias, descubrí mi collar extraviado. Casetes del cantante Raphael, un reloj pulsera con agua en la mica que compró en la fayuca, un pañuelo de bolsillo y varios jabones Maja. Unos listones, amarillo, naranja, rosa, para adornar las trenzas dejadas de usar. Me la imaginé husmeando los cajones de mi madre y probándose sus sacos, sus medias con costura, sus paños de raso salmón. La adoraba falsamente. Hasta en los peores momentos le prodigaba un “Qué hermosa es tú”. “No seas zalamera”, me burlé. De ella, de sus pestañas caídas, de sus ojos intraducibles, sin correspondencia con el conjunto del rostro. No iba a delatarla. Su misterio seguiría intacto conmigo. Frente a ese espejo adosado al ropero se mudaba la piel o se ponía el bilé sobre

sus labios lentos o se deshacía regañándome en su idioma: una plegaria inentendible, una maldición, como si quisiera raspar algo, no, como si estuviera amenazando, aunque los sonidos se endulzaban y justo ahí enmudecía de golpe.

Digo que el sueño se volvió recurrente: su territorio era el de la transformación de las cosas sin motivo, el de las visiones y las reacciones. Pasó durante los primeros meses, mi madre advirtiéndome "cuando crezcas lo olvidarás". Porque ese cúmulo de carencias, enojos, ese desorden emocional no emprendía desarraigo. Dormida en la estera de ratán o en la cama, me despertaban los pasos cruzando la pandereta. En los pies se me alojaba el miedo, veía la nómina de oscuridades roer mis tobillos. Era el marido, se me echaba encima, me abría, me rajaba, reventándome el cuero. El sexo me quedaba abierto como un bicho rojo y carnudo, con una sangre negra que se derramaba por fin entre mis pellejos rendidos. Este sueño sumaba truculencias, me hacía ganar timidez, lastraba mi sentido de realidad. A veces el hombre entraba a plena luz de la tarde, cuando ya de regreso me tocaba esperar a mis padres, maestros frente a un grupo de niños que merecían más tiempo que yo, trabajo gracias al cual ellos podían comprar la despensa cada quincena para que la hija tuviera energía de ir a la escuela y en el futuro pudiera salir adelante.

A ti no te rajen como corvo, ¿de qué vas quejar tú?, murmullaba Micaela, su voz recia imponiéndose sobre la de él, fuerte la erre, un poco más "aparecida", como si hubiese dado un paso adelante, consintiendo que la mano del marido me jalara y me hiciera gritar en balde porque nadie podía escuchar mi corazón abrumado. Entendía mi propia desamparo, mi condición de muerta insepulta. Sus murmullos eran suficientes para hundirme en la resignación y el descontrol. La tarde se iba cerniendo, el grito apenas lograba cortar el silencio como para confirmar que estaba despierta o al menos podía escapar. Me dolía el apretón de brazo, me ahorcaba, no podía respirar, ardía cuando la mano con el cuchillo cortaba dentro y aun juntando las piernas, cubriéndome, sentía la fricción. Era una mano con cuchillo malo y me decía "Quieta, mierda", luego los tajos dejaban manar un continente tibio. Ni siquiera tenía fuerza para blandir un golpe. Ellos adentro, afuera, la circunstancia de más espantosa intimidad que había compartido con alguien nunca. Pero

la realidad del sueño parecía disolverse, una manera de ablandar esa repugnante verdad, y volvía a reconcentrarme en la vertiginosa observación del marido, su respiración más densa que la mía, el olor asqueroso que hacía hombres a los hombres, según yo, su saliva meciéndose en su lengua antes del tarascazo. Y me quedaba ovillada, imposible de mover en la estera de ratán o dentro de la sábana limpia o granizada con lamparones de alimento, hundida en ese colchón que recibía los meos de mi incontinencia, la mente sin tiempo, las tripas torcidas, los ojos rotos por el resplandor afilado de la tele, hasta que me hundía en el último golpe y llegaba ese como desgano o nausea y venía el apagón.

Ø Ø Ø

Nadia Villafuerte
Nació en Tuxltla Gutiérrez, Chiapas, México, en 1978. Es autora de los libros Barcos en Houston, ¿Te gusta el látex, cielo? y Por el lado salvaje. Fue becaria del FONCA en la categoría de Jóvenes Creadores en 2003 y de la Fundación para las Letras Mexicanas en 2003.

Luces azules

Para Mariana

SIMÓN, ÉSE, BIEN TRISTE QUE ESTUVO. Y aunque uno sea machín, ¿verdad?, pues tampoco halla de a cómo contener los lagrimones y ahí van saliendo, espesos, dolidos, negros como el que tengo tatuado aquí ¿sí lo wachas? Pero peor las rucas, ellas sí que tiran el lloradero como huracán, como el Gilberto ¿te acuerdas? Como si quisieran destruirlo todo. Ahí estaban su jefa y las huercas, sus carnalillas, también la morra con la que iba a acantonarse, todas como si dijeran "nel, esto es de a mentiras", pero igual "no, pues sí es cierto" y sus pinches ojotes crecidos, retehinchados, y a su morrilla le temblaban las manoplas como si anduviera en el bajón, bien ojete: dolía nomás de ver que les dolía.

Luces. El chorro amarillo de un arbotante contra el verde de un ficus enano, contra la negrura de un cielo sin estrellas. Chorro desparramado sobre hormigas nocturnas que salen de una hendidura en el concreto, que marchan por la banqueta y suben a masacrar con paciencia al ficus. Chorro reluciente sobre la savia desangrada en las mandíbulas.

Pero lo más culero, carnal, lo que más apretaba acá, de neta, era que el Fede y el Pato y el Yon y el Fresa estuvieron tocando todo el puto rato. Bueno, el pinche Fede ya después no pudo y yo hice el relevo en la guacharaca: complicado de a madres que es tocar ancanona. Yo por eso disculpo al Fede, ese vato es resensible y sí estaba cabrón seguir. El pinche Yon dijo que le faltaron huevos, pero nel, ése: el Chema era camarada y una cosa son los huevos y otra, lo que uno trae aquí adentro. Y pues qué, ¿tú qué pedo? Si uno no es un risco, ¿verdad? Ahí está, a ver si ahorita que venga el Yon también le dices: para que le baje de yemas. Aunque, chingá, te va a decir que eres un pinche fresita, que mejor te calles o te revienta.

Luces. El hilo verde emanado por el Faro del Comercio surca Monterrey. Se enreda entre los cables de electricidad, ilumina el humo de las chimeneas. Ondas acopladas por encima de las casas. Láser que se refleja en las costras de los muros, en el descarapelado sostén de los edificios centenarios.

Pura colombia, ése. Puro paseo triste. El Pato rifándosela en el acordeón, haciéndolo llorar como a todos. Pinche Pato. Pura cumbia lagrimera allí a ladito del pozo; a cercén, ése, con todas las tumbas dándonos vueltas. Tocándole al pinche Chema para que se alivianara y, de pasón, a los demás muertos. ¿A ti no te gustaría que hubiera música cuando colgaras los calcos? ¿Verdad? Pues a huevo, cuantimás porque el Chema era colombia. No de esos vatos que sólo le pegan al Kalimán y traen guangos los tramos y el flequillo bien peinado, sino colombia de ley, desde huerco. Nosotros nectábamos rock y esas ondas en inglés aunque no supiéramos ni qué vergas decían. Bueno, el Lora es otro toque porque él canta en español y además –wacha, maestrín—ése carnal dice las netas al tiro, derecho. ¿Si te has clavado? A ése camarada no se le hace de tortuga para decirles rateros al gobierno: ahí está la de “Carretera de cuota”. ¿Si la has oído?

Luces. Hervidero de luciérnagas por avenida Garza Sada, por Constitución, por el asfalto y la mente de Alfonso Reyes. Luciérnagas a noventa kilómetros por hora. Zumbándoles de sesgo a las bardas que

delimitan la Revolución Proletaria, que demarcan las colonias, que prohiben a las luciérnagas adentrarse en las terracerías del cerro.

Nosotros oíamos de esas rolas. A veces acá una de los Tigres o de los Cadetes, pero casi nel porque eso es para rucos o para la raza fresilla que sí tiene para mercarse su sombrero y sus botucas. Bueno, también para la banda chera. Pues, simón: les hablan de caballitos y madres de ésas que hay en los ranchos y pues les ha de cuadrar que les canten de lo que viven. Pero aquí, ¿cuáles vacas, verdad? A la mera y a los rucos por allí es porque les gusta, porque les llegan los recuerdos, ¿verdad? Ei, mis jefes se descolgaron para acá del ejido, por allá del sur, por Mier y Noriega. ¿Sí conoces? ¿Verdad que está bien culero? Ei, ni agua hay. Y con eso: pues ésta ya pifó, píchate otra helódia, ¿no?

Luces. Danza de butano, combustión que calca las protuberancias del rostro antes de encender la hierba seca. Luego sólo queda el punto rojo trazando constelaciones en el vacío, en la recámara alfombrada, en la calle de tierra. Cada línea llega a su sol al dar la bocanada.

¡Ah, sabroso, chingá! Pero ya me puse a divagar, verga. Te decía que nosotros nectábamos de esas ondas y un día que estábamos aquí en la esquina pisteando llegó el pinche Chema, que en paz descanse, con una cinta: era el mismísimo Celso Piña, ése. Y nel, al inicio todos acá con nuestras jetas de qué pedo. Como que rifaba, pero calladitos porque luego lo agarran a uno de rebane. El Chema nos preguntó si estaba chingona: todos nos hicimos patos. ¡Ea, qué bueno que no anda este camarada por aquí porque luego se agüita!: le pusimos así porque siempre se hace wey. ¿Tú no conoces vatos así? Ahí está. Sólo cuando ya está muy prendido o bien pasto, entonces sí se aplica. ¡Cómo hay raza, verdad? Oye, pues sácate los tabacos para acompañar la guama, ¿no? ¡No se haga pato, ése!

Luces. Semillas de vacío rociadas sobre la capital neoleonesa. Hacia occidente, distantes, antesala del camino al cielo de Chipinque. Al centro: el puño empuñado de estrellas. Sobre las lomas: ramerío de cables ilegales coronados de bombillas, zarza ardiente.

Y pues ya después de un ratón aceptamos que estaban con madre las rolas. Y para qué te hago el cuento largo, ése: nos hicimos colombias. Así como me ves. Nos pusimos a talonearle para sacar el varo de los instrumentos. Porque el pinche Chema, que Dios lo tenga en su gloria, nos convenció de que había que formar un grupillo: pues ésta era la música de la raza, el Celso es de la Campana y Chema también nos dijo que ya había otros morros tocando acá: sobre lo que nos pasa. Y allí anduvimos hasta la Del Valle, lavándole sus carrotes a la banda burguesa. Nos pusimos a vender chicles acá en Garza Sada como si fuéramos huercos. El pinche Yon, que le da por dárselas de machín, se puso de tragafuego y pues los demás también porque así era como se sacaba más feria... No mames, ése, cómo que por qué no nos pusimos a jalar: pues porque no nos dan jale, carnal, si lo ven a uno acá con dibujos: le hacen el fuchi. Sí jalamos un rato en la obra, pero es una chinga y se saca menos lana.

Luces. Azules y rojas. Atacando en círculos. Cercando al prófugo desde la torreta. Amagándole salidas. Tatuándole las faltas. Luces pesadillas. Luces el error de ser quien eres. Luces agazapadas tras el interruptor de corriente. Luces al acecho dentro del vehículo. Dentro el monstruo que propiciará la fuga y acorralará entre luces. Luces.

Ya con el acordeón de segunda, lo demás fue panal conseguir. Todos, a huevo, queríamos darle a las teclas pero ninguno sabía ni qué vergas: el Pato fue el que la movió. Yo le calé en todos los instrumentos, nomás que soy rebestia, ése: hasta con la guacha pierdo el ritmo. No se ría, vato, que luego lo pongo a usted a que le ponga: ¿a ver qué tranza? ¿Eh? Bueno. Pero te contaba que después de un putero de tiempo ya por fin nos aprendimos unas rolas y pues nos lanzamos a los camiones, ahí por el Tec por en el centro. Luego acá en las fiestecillas de las rucas y hasta hemos tocado dos veces en un salón Star. ¿Qué? ¿Que yo qué? Nel, vato, yo sólo le hacía de coros al Chema. Ese wey le rugía con harto sentimiento. Neta, se ponía uno chinito de las de acá, bien reata. Lo hubieras oído. ¿A ti te late la colombia o qué? Ándale, morro, es que eres fresilla, ¿verdad? Simón. Pero para que veas que soy raza, te voy a lendear unas cintas para que te claves. Van a ser en empréstamo, ¿eh?:

luego me las retachas.

Luces. Instantáneas cual relámpago o disparo. Relámpagos sin lluvia ni corriente eléctrica. Hirientes desde su estallido, desde su trueno que retumba en los cristales, desde su aroma incendiario. Luces sepulcro. Relámpagos que crearán algunos ríos por donde la sangre irá fluyendo. Y se acercarán las moscas con tiento, sacudirán sus patas, se pondrán a beber y a dejar sus huevecillos, ya que las luces se hayan ido.

Nel, ése, tampoco creas que es la historia acá de película del grupo machín que iba a ser retefamoso y se lo cargó la chingada: Nel, somos maletones; con ganas, pero maleteros. El coto es porque le estuvimos tocando al chema en su entierro, ¿verdad? El Yon le pegó a la cantada. Aúlla reculero el vato pero a quién le iba importar: éramos sus compas. Allí sobre el pinche terregal del panteón, sin creer que ahí mero estaba el Chema, carajo. Como una bola de jotetes a la chille y chille. Pero es que uno se pone bien niña, carnal. Así como en las pinches películas de ésas que les gustan a las morrillas: donde todo es harto sentimiento por cualquier pendejada y luego las huercas se enamoran del güero de la pantalla. Así mero. Hasta imaginarme al Chema a ladito del pozo, en cuclillas, cajueleando una vacha. Y bien sonriente el puto, burlándose de lo culero que tocamos, de que hubiéramos arrojado las limas encima del ataúd. Neta, a uno le da por pensar mamadas. ¿A ti se te ha muerto algún compa? ¿Simón? Pues entonces también te a tocado, ¿no?: que te imaginas que llega y lo saludas de nuez como cualquier otro día.

Luces. Luce el amanecer después del velorio. Luz de combustión atómica, solar, luz de loza, luz que cae como una plancha sobre las lápidas. Luz que juega sobre un acordeón que llora. Luz que acompaña a la tierra cuando va a tapar el pozo y se queda ahí, quieta, adentro, como si quisiera colarse en la madera.

De regreso del panteón ni el pinche Pato ni el pinche Yon quisieron dejar de cantar. El jefe del Chema nos ofreció tirada en su taxi: que sí cabíamos, bien apretadillos pero cabíamos. Le dijimos que nel,

que mejor se llevara nomás a las rucas y a las huercas: también a la morra del Chema. Nos queríamos quedar allí a la puerta cantando pero el puto tumbero, o como se llame el pendejo ése del cementerio, quién sabe qué vergas hociconeó que ya el Fede había sacado la punta para rebanarle su pinche barriga cervecera. Lo detuvimos, pues para qué chingados: a los pinches imbéciles hay que tirarlos a lión. Así que le caminamos hasta la parada del 127. Y nos trepamos. Y estuvimos tocando toda la ruta. Hasta que nos bajaron. En la terminal. Y nos trepamos a otro camión. Y volvimos a cantar sin pedir un pinche peso. Y la raza agarraba la onda de que no era por la feria. También los choferes. Y ahí estuvimos tocando de camión en camión, de terminal a terminal todo el puto día, de un lado al otro, tratando de contener los lagrimones que de cuando en cuando salían desparramados. Tocando recio, maciso, sin descanso. Hasta que el último camión nos tiró anca San Nicolás y nos regresamos a la Revu caminando, todos silenciosos.

ø ø ø

Luis Felipe Lomelí
Nació en Etzatlán en 1975. Ingeniero físico, ecólogo de zonas áridas y filósofo de la ciencia. Obtuvo en el 2001 el Premio Nacional de Bellas Artes por Todos santos de California y, en 2004, el Premio Latinoamericano de Cuento "Edmundo Valadés" por El cielo de Neuquén, entre otros. Parte de su obra ha sido traducida a diversos idiomas y sus últimos títulos son Indio borrado y Okigbo vs. las transnacionales y otras historias de protesta. Es miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte.